Narrativa
El beso del lanzador de cuchillos
Y OTROS RELATOS DE AMOR
Nicolás Zambrana
Rialp

Narrativa
El beso del lanzador de cuchillos
Y OTROS RELATOS DE AMOR
Nicolás Zambrana
Rialp

El beso del lanzador de cuchillos

y otras historias de amor

Nicolás Zambrana Tévar

EDICIONES RIALP

MADRID

© 2024 by Nicolás Zambrana Tévar

© 2024 by EDICIONES RIALP, S. A.,

Manuel Uribe 13-15, 28033 Madrid

(www.rialp.com)

Preimpresión: produccioneditorial.com

ISBN (edición impresa): 978-84-321-6649-5

ISBN (edición digital): 978-84-321-6650-1

ISNI: 0000 0001 0725 313X

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir, fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

«En el verdadero amor no manda nadie; obedecen los dos».

(Alejandro Casona,

Los árboles mueren de pie)

ÍNDICE

Prefacio

El beso del lanzador de cuchillos

Té verde

El arbitraje

Josiah y Lucy

Facones sobre la hierba

El novio de mi hermana

El caballero del jergón de paja

Serenata

La reina de la fiesta

PREFACIO

Yo estaba amodorrado frente a la tele, cansado de esquivar la interminable ráfaga de anuncios. Hice un esfuerzo, no sé por qué, me desperecé e intenté fijar la vista en la pantalla. De repente apareció un pequeño ferry que atracaba en un pequeño puerto. Del reluciente barco descendía un veinteañero con una varonil barba de tres días, vaqueros y camisa blanca, seductoramente abierta hasta el pecho. El chico echaba un vistazo a su alrededor y, sin más preámbulos, desplegaba un mapa sobre la mesa de un chiringuito, a la que estaban sentadas dos jóvenes, delgadas y atractivas, tomando unos botellines de cerveza. Las chicas intercambiaban una sonrisa cómplice y a continuación se veía a los tres montados en una especie de mini-jeep descapotable, surcando una carretera costera por un soleado paisaje de ensueño. A partir de ahí se sucedían a toda velocidad varias escenas con los tres pasándoselo bomba: lanzándose al mar desde unas rocas, tomando el sol en un acantilado —con una cerveza—, untados de barro… En un momento dado una de las chicas decidía dar un paso más y se quitaba el sujetador delante del chico, dando a entender que "algo" empezaba entre los dos. Más tarde las chicas traían de vuelta al chico hasta el transbordador y la chica del sujetador desmontable le daba al chico un beso en la boca como despedida. Un segundo más tarde el anuncio hacía un flash forward y se veía al chico, tiempo después, bajar del mismo barco, tomar una botella de cerveza de la misma marca y llevársela al ojo como si fuera un catalejo. Entonces se manifestaban de nuevo ante el chico las imágenes de ese inolvidable verano en que conoció a aquella chica misteriosa.

Bueno, pues si eso es una historia de amor, este es un libro de setas.

EL BESO DEL LANZADOR DE CUCHILLOS

—Estoy buscando una chica muy fea para que sea mi ayudante.

—¿Y tú quién eres, prenda?

Un coro de harapientas comadres saludó la pregunta con risas y retortijones de tripa.

—Soy el mejor lanzador de cuchillos del mundo.

La mujerzuela que había preguntado le hizo a T. Fidel un mohín obsceno desde el suelo y dio otro bocado a su mendrugo. En cambio, las mendigas que la rodeaban se callaron súbitamente, mirando con descaro al delgado desconocido y a su joven acompañante. En verdad que la mujer era feísima y que habría sido una ayudante perfecta —pensó T. Fidel— con tal de que tuviera agallas.

—Vámonos, jefe —dijo Eduard con voz queda.

T. Fidel dio un suspiro inaudible y, sin sentirse ofendido, dejó que Eduard le tomara del brazo para sacarlo de allí y continuar juntos la búsqueda por los alrededores del puerto. Era cerca de la medianoche en los mal iluminados amarraderos. Tal vez la oscuridad y la certeza de que la gente normal ya estaba durmiendo facilitaba que muchos pobres diablos salieran de sus escondrijos.

Hacía más de dos horas que T. Fidel había terminado su espectáculo. En su camerino había echado el resto recibiendo con una esforzada sonrisa los dos o tres ramos de flores que le entregaban algunas admiradoras descocadas. El subidón de adrenalina que le acompañaba en cada actuación estaba dejando de hacer efecto y el sudor que empapaba su amplia camisa, debajo del plateado chaleco, se enfriaba rápidamente. Sin llegar a sentarse y para no prolongar la embarazosa situación, T. Fidel había

agradecido cansadamente los halagos y había quitado importancia a la dificultad de los ejercicios, mientras el joven Eduard, acostumbrado a las señoronas que flirteaban inútilmente con su jefe, metía algunos bártulos dentro del baúl y devolvía los cuchillos a sus fundas. Eduard pensaba sin duda que al menos uno de esos ramos debía ser para él, que era el que se había arriesgado a quedar ensartado como una anchoa. Cuando la última dama y el último dandy cerraron la puerta, T. Fidel se desplomó ante el espejo. Había dejado de ser "El Gran Sándor, Duque de la Muerte" para convertirse, sencillamente, en T. Fidel.

No había caso. Cada vez que T. Fidel despedía a una ayudante, Eduard se dejaba convencer a regañadientes, con ayuda de alguna gratificación extraordinaria, para jugarse el tipo durante un par de semanas, que siempre se prolongaban. Es cierto que nunca había pasado nada, pero cuando oía venir las dagas que silbaban hacia él, cuando escrutaba la inexpresiva cara de su jefe que se aprestaba a un nuevo lanzamiento con los ojos vendados, Eduard se juraba por lo más sagrado que si salía con vida volvería a ser mancebo en el ultramarinos de su padre. Al menos nadie ha muerto nunca por apilar latas de conserva —se decía—, mientras que él mismo era el que se encargaba de afilar la bella colección de armas blancas de T. Fidel y sabía que cualquiera de ellas podía cortar en dos un pañuelo de seda que cayera flotando en el aire sobre sus bruñidas hojas.

En verdad que había que encontrar una solución definitiva, se repitió T. Fidel. Incluso si Eduard aceptara el puesto de manera permanente, el público quería ver a una mujer en peligro de muerte, no a un hombre. Aunque no lo había compartido con nadie, T. Fidel había reflexionado largamente sobre el particular, sin encontrar una explicación satisfactoria. Una hipótesis razonable era que tanto a hombres como a mujeres les resulta más agradable contemplar a una mujer que a un varón. A los hombres porque son hombres y a las mujeres porque son más sensibles a la belleza. Otro posible motivo era que cuando lograba clavar todos los puñales en la madera sin lastimar a la chica era, en realidad, como si estuviera salvándola. No se respiraba ni por asomo la misma tensión en el teatro cuando era Eduard quien salía ileso de la avalancha de metal. Los hombres estaban para salvar a las mujeres y las mujeres para que las salvaran los hombres. Y a la gente le gustaba creer que eso

era así tanto encima del escenario como en la vida real.

Sin embargo, estaba el problema del corazón. De su corazón. T. Fidel era un soltero impenitente y, aunque hacía tiempo que había pasado de la edad de merecer, con frecuencia se sentía solo en las habitaciones de hotel, en los vagones de tren, en los camarotes de barco. Casi a diario, mientras sorbía su expreso después del almuerzo, cuando aún quedaban algunas horas de asueto antes de que se alzara el telón, T. Fidel repasaba la lista de oficios a los que podría aspirar y que le permitirían una vida más sedentaria: herrero, cerrajero, asesino profesional… No obstante, cuando llegaba el momento de pagar la cuenta, T. Fidel salía de sus hogareñas ensoñaciones y se decía que lo único que sabía hacer era lanzar cuchillos y que, probablemente, era lo único que seguiría haciendo hasta el fin de sus días… o hasta que la miopía lo aparcara en un asilo de ancianos.

El problema del corazón. Le había pasado dos, no, tres veces con anterioridad. Su ayudante era en ocasiones demasiado guapa, o demasiado lista o demasiado alegre y T. Fidel había creído enamorarse de ella. Cuanto más notaba que le incomodaba estar sentado a su vera, cuanto más le costaba apartar la vista de su breve uniforme de lentejuelas, cuanto más se la imaginaba dando de comer a un recién nacido, más le temblaba a T. Fidel el pulso antes del siguiente disparo, más segundos transcurrían mientras apuntaba y más rápido le latía el pecho viendo lo lejos que estaba ella y lo pequeño que parecía el blanco al que Eduard la había atado con firmes correas de cuero.

Definitivamente tenían que ser feas o algún día habría una desgracia. Se puede escalar el Everest con un amigo del alma, pero no con tu prometida. Se puede marchar a la guerra con un buen general, pero no con la madre de tus hijos. Además, ya había comprobado que ninguna compañía de seguros se decidía a emitir una póliza que cubriera tamaño riesgo. Fue Eduard quien al final diagnosticó el problema y quien propuso la solución. La necesidad agudiza el ingenio y el joven Eduard tuvo que pensar rápido porque cada vez que T. Fidel despedía a una ayudante con la que se había encariñado a él le salía una úlcera o se le abrían las anteriores. Tenían que ser feas, muy feas, había dicho Eduard. Idealmente, feas

y con mal talante. Sólo así podría T. Fidel conversar con ellas sin enternecerse, durante las largas esperas en las estaciones de ferrocarril. Sólo así su patrón podría mirarlas a los ojos sin pestañear y clavar una enorme faca gitana a un centímetro de su cuello y a veinte pasos de distancia.

Que las ayudantes fueran feas solucionaría la papeleta y, en realidad, al público le daría igual —seguía perorando Eduard— porque con maquillaje y buena voluntad cualquier mujer es una princesa. Además, a partir de la quinta fila los espectadores ya no podían distinguir con exactitud las facciones de los artistas; a partir de la tercera fila, en realidad, si había un foso con orquesta.

—Esta, jefe, esta —dijo Eduard.

T. Fidel lo miró con mala cara porque esta vez Eduard había alzado demasiado la voz y quizá la chica lo había oído. Una cosa es ser fea y otra que te lo recuerden. Luego, con cierto sonrojo que la penumbra del triste farol no dejaba percibir, T. Fidel trató de fijarse en la criatura que estaba acurrucada entre la pared de un siniestro barracón y dos enormes barriles. Sí, era fea y era valiente, porque les estaba mirando a ambos con educación, como se mira a alguien que te detiene por la calle. Sin sentirse humillada, a pesar de lo humillante de su situación.

La chica le dejó hablar mientras T. Fidel sacaba una pretenciosa tarjeta de visita con ribete dorado, le describía el empleo y le hacía la oferta. La chica ni pestañeó cuando T. Fidel se explayó sobre la extrema distancia a la que realizaba sus lanzamientos, ni sobre los diferentes grados de riesgo, dependiendo del prestigio del teatro, de la plaza y del contrato con el empresario de turno. La chica continuó en silencio, como cavilando la propuesta. T. Fidel, tal vez penetrando en sus pensamientos, añadió que no era esa clase de espectáculo, que no había nada que pudiera ofender a una mujer decente. Entonces, apoyando una mano en el suelo, la chica se levantó de las tablas sobre las que iba a pasar la noche, dobló la harapienta manta en la que se había envuelto y tomó en sus brazos al perrito que dormía en su regazo. Luego se quedó de pie un tanto desafiante hasta que Eduard, en un raro gesto de piedad y sentido común, le pasó su propio abrigo por los hombros e hizo ademán de dar la vuelta. Y en verdad que era fea, se felicitó T. Fidel mientras

caminaban de regreso al hotel. Entonces Eduard se paró, como recordando algo de repente y, dirigiéndose a la nueva ayudante, añadió:

—Perdona, ¿cómo te llamas?

—¿Y eso qué importa? —respondió ella sin detenerse.

Esto tomó por sorpresa a Eduard que, pensándolo un segundo, se dijo:

—Es verdad. No importa. Su nombre no importa. Mucho mejor así.

A partir de esa noche Eduard respiró aliviado y volvió a ocuparse únicamente de la logística, reservando ahora siempre dos habitaciones en cada ciudad a la que llegaban. Una para él y su jefe y otra para quien ahora aparecía en los afiches como Mademoiselle Francesca.

Barcelona, París, Bruselas… Eduard constató que el caché de T. Fidel estaba subiendo y que las crónicas de variedades que con tanto cuidado recortaba cada mañana rebosaban cada vez más entusiasmo, a pesar de que la palabra “extraordinario” sonaba muy diferente en húngaro que en francés. T. Fidel se merecía esta creciente fama, se decía Eduard mientras encolaba los recortes sobre las hojas de cartón del álbum. Su jefe parecía haber hallado en la ayudante una musa del peligro. Alguien cuya hierática presencia le estimulaba a ejercicios cada vez más arriesgados, cada vez más originales y sorprendentes.

En el West End de Londres T. Fidel había hecho levantar de sus asientos a toda la audiencia con lo que Eduard bautizó, ante un enfervorizado periodista, como “el torbellino mortal”, en el que T. Fidel, de espaldas a la ayudante, se giraba como un rayo hacia derecha e izquierda, lanzando con cada mano estiletes florentinos que agarraba por la punta. En Roma había hecho desmayarse a más de una aristócrata sofocada mientras corría hacia un extremo del escenario y luego volvía repentinamente sobre sus pasos, paso a paso, lanzando en cada zancada un yagatán malayo o una cimitarra turca que iba tomando de unos recipientes colocados en paralelo a lo largo de su camino. En Moscú habían conseguido que un

ingeniero borrachín y sin trabajo les fabricara lo que Eduard denominó “el molino satánico”: una noria fácil de montar y desmontar y a la que se podía ajustar en vertical una tabla circular de dos metros de diámetro, a la que amarraban a la ayudante. Eduard accionaba una manivela que daba vueltas y vueltas a la tabla, a velocidad cada vez más vertiginosa, de manera que llegaba un momento en que la figura de la ayudante quedaba completamente difuminada, sobre todo para el público, a quienes no les cabía en la cabeza cómo, en esas circunstancias, T. Fidel podía apuntar con un mínimo de acierto.

Y a todo esto la ayudante no pestañeaba, ni profería una queja, ni un lamento contenido. Ni una sola vez Eduard había adivinado en su rostro una mueca de terror, ni la palidez de su rostro era más intensa antes o después de que él ajustara las correas y se apartara prudentemente hasta que terminaba el número, para después ir arrancando de la madera uno a uno los cuchillos. La ayudante se limitaba a acompañarles a ambos en silencio de un teatro a otro, de una ciudad a otra, vistiéndose y desvistiéndose sin aspavientos, sin lamentarse, alimentándose con un sorbo de sopa y un bocado de carne, recuperando un poco el color que sin duda había perdido después de vivir en el arroyo quién sabe cuánto tiempo. Después de cada actuación los tres volvían al camerino y, cada vez con más frecuencia, los ramos de flores que llegaban eran tanto para T. Fidel como para la ayudante, que los agradecía con una leve y silenciosa inclinación de cabeza, lo cual aumentaba aún más el halo de misterio y de futuro martirio que todos veían en ella.

—Qué pena —se decían aquellos caballeretes achispados al ser despedidos de la habitación—, si no fuera porque esta chica morirá cualquier día de estos, yo le propondría matrimonio.

Una vez, después de la apoteosis de Londres y con un día o dos antes de volver al continente, recibieron en el hotel la visita del arrogante administrador de un excéntrico Lord inglés, que les prometía una pequeña fortuna si pasaban un fin de semana en su palacio solariego, divirtiendo a unos cuantos invitados tan excéntricos como él. Eduard insistió en que aquello era una bicoca y esa misma tarde, más cansados que de costumbre, tomaron un tren hacia el interior del país. En la estación les recogió un coche

descapotable con un chófer negro que lucía un turbante indio. El trayecto fue agradable porque brillaba un desacostumbrado sol y cada prado de vacas que pasaban se asemejaba a un jardín para tomar el té con las visitas. La ayudante parecía beberse aquel paisaje delicioso y aspiraba con paz la brisa que provocaba la moderada velocidad que traían. En un momento dado cerró los ojos y se reclinó en el asiento sin dejar de acariciar a su perrito, que aparentaba seguir dormido en su seno desde el día en que T. Fidel y Eduard la conocieron.

La llegada a la finca y al palacio los dejó boquiabiertos. Tan imponente era, en su severa elegancia, aquel edificio blanco plantado en lo alto de una colina, dominando tantas hectáreas conquistadas hacía mil años por los aguerridos antepasados normandos de este amanerado aristócrata con smoking blanco y pañuelo rosa al cuello, a pesar de no ser más que las cinco de la tarde. El Lord dio un pequeño grito de placer cuando los tres entraron en el majestuoso recibidor con reluciente suelo de mármol. Estrechó con ambas manos la de T. Fidel y agitó los brazos en una burda imitación de los lanzamientos del maestro, a quien decía haber visto el día previo en Londres, pero también en París y en Ámsterdam. Con una familiaridad absurda rodeó a T. Fidel con el brazo derecho y con el izquierdo asió otra copa de champán, después de apurar los posos de la que traía cuando bajaba por las anchas escaleras.

Sorprendido, T. Fidel se dejó arrastrar, pero cuando llevaban ya subidos unos cuantos escalones giró la cabeza y vio cómo el administrador, con la barbilla exageradamente erguida, dirigía a Eduard y a la ayudante hacia el exterior de la casa, mientras un mayordomo tomaba el equipaje de T. Fidel y se disponía a seguir a su amo hacia las habitaciones de los invitados, en el piso noble de la casa. Al parecer Eduard y la ayudante contaban como criados y se les había reservado un par de frías habitaciones en el ala correspondiente. Eduard tenía un poco de ira pintada en la frente, pero a la ayudante no parecía molestarle el cambio de planes. A quien sí le molestó fue a T. Fidel que, aun a riesgo de molestar al generoso cliente, dijo con firmeza que aquellas personas eran miembros de su equipo, no sus sirvientes. Si a él lo llevaban arriba, a ellos no podían dejarles abajo. El aristócrata pareció sorprendido,

pero sólo en la medida en que alguien que desayuna coñac puede sorprenderse de algo. Soltó una chillona risita y chasqueó los dedos en dirección al administrador que, sin mover un músculo de la cara, chasqueó los dedos a su vez y aparecieron otros dos mayordomos para acompañar a Eduard y a la ayudante hacia las estancias superiores.

La representación de aquella noche también fue un éxito, a pesar de la escasez de público y de lo poco entregados que estaban, debido a la abundancia de cócteles antes, durante y después de la magnífica cena. El Lord había ordenado disponer un gran círculo de hachones apagados frente a la entrada principal de la casa. Cuando todos los invitados se hubieron situado en un lado del círculo, el Lord dio un par de palmadas y desde detrás de un arbusto apareció corriendo el chófer negro vestido como en un cuento de las mil y una noches. El chófer encendió lo hachones con una antorcha y se retiró otra vez corriendo a su arbusto, del que ya no volvió a salir.

T. Fidel realizó tan sólo algunos de sus ejercicios más antiguos y menos complicados, no sólo porque le parecía que las condiciones de seguridad no daban para más sino porque consideró, acertadamente, que aquel público de damas ricachonas y artistas desempleados no estaba en disposición de admirar nada y sí de que alguien les ayudara a ponerse el pijama.

Al día siguiente los tres fueron los únicos en levantarse a tomar el opíparo desayuno que encontraron servido en un salón un poco más pequeño que el comedor de la noche anterior. El administrador les firmó un cheque por la cantidad acordada y se lo dio a T. Fidel sin mirarle a los ojos, mientras garrapateaba cifras en un enorme cuaderno de contabilidad. El mismo pobre chófer, con la misma cara inexpresiva, les llevó de vuelta a la estación y desde allí regresaron a Londres, más que aliviados de que hubiera terminado su pequeña aventura en la campiña inglesa. Además, durante el trayecto, Eduard no paró de imitar la afectación del Lord y las extravagancias de sus invitados, así como la rigidez de los mayordomos: que si parecía que se habían tragado un palo de escoba, que si había que haber probado a atar al Lord a la tabla… T. Fidel y la ayudante no pararon de reír y aquella fue la primera vez que Eduard pensó que las cosas podían terminar mal, al darse

cuenta de que su jefe y la ayudante no sólo se estaban riendo. También se estaban riendo juntos.

Un mes después El Gran Sándor y sus colaboradores se encontraban en Constantinopla. Su fama nunca había llegado tan lejos. Habían tomado un comodísimo barco en el luminoso puerto de Marsella, donde hasta las empinadas y retorcidas calles olían a mar. A pesar de que el tiempo los acompañó, Eduard se mareó fuertemente desde el inicio y permaneció casi todo el tiempo dentro del camarote que compartía con T. Fidel. Por este motivo, el Duque de la Muerte y Mademoiselle Francesca pasaron muchas, demasiadas horas en compañía uno del otro, desayunando, almorzando, cenando juntos, disfrutando de unos lujos a los que a decir verdad ninguno de los dos estaba acostumbrado. Tomando el sol en las tumbonas cubiertos con unas monísimas mantas de viaje, paseando en cubierta, respirando el salado Mediterráneo, siendo saludados por las otras parejas de elegantes viajeros, que veían en ellos a un desacostumbrado pero encantador matrimonio formado por quienes probablemente eran un afortunado viudo cincuentón y una jovencita no demasiado agraciada.

La noche antes de arribar a la capital de la Sublime Puerta, Eduard se encontró un poco mejor y subió a cenar con el resto de los pasajeros. A pesar del ayuno prolongado y de que todo estaba delicioso, Eduard no disfrutó con la comida porque vio, ahora ya claramente, que el asunto no iba nada bien. La ayudante había perdido un poco de timidez y respondía a las preguntas y a los comentarios de T. Fidel como si hiciera largo tiempo que se conocieran. Lo que es peor, su jefe la miraba directamente a los ojos sin pizca de desagrado, a pesar de que la habían elegido a ella, entre otras muchas, para evitar eso precisamente.

En la primera actuación, de las cinco que tenían programadas, Eduard se maldijo por haber dejado a T. Fidel tanto tiempo solo con ella. A pesar de que al final todo fue como la seda y de que el público aplaudió con rabia, Eduard pudo constatar que no se estaba llamando a engaño: en cada lanzamiento T. Fidel dudaba un segundo más de lo necesario; después de cada ejercicio respiraba más profundamente y al tomar a Mademoiselle Francesca de la mano, antes de que bajara el telón, Eduard vio claramente que T.

Fidel la miraba como se mira a un bello jarrón de porcelana que uno teme romper.

Mientras estaban en el camerino recogiendo las cosas y haciendo balance de la noche, tocó suavemente en la puerta y entró sin ninguna ceremonia un hombre de tez aceitunada, con el pelo negro, densísimo y ensortijado, tanto en la cabeza como en el rostro. Era fornido y de estatura media y venía acompañado de otros dos hombres fornidos y de estatura media, que esperaron fuera mirando al pasillo, con la espalda vuelta hacia la habitación. El hombre se excusó por su intromisión y sacó su tarjeta, donde no ponía más que Gulbenkian, Import-Export. Continuó de pie y confesó ser el mayor admirador del Gran Sándor en el Imperio Otomano. Dijo y redijo que para él sería el mayor honor si los tres se dignaban a cenar con su más seguro servidor en uno de sus propios restaurantes de lujo, que él había cerrado para esa noche y que abriría exclusivamente para ellos. Fue tal la ridícula vehemencia de aquel individuo que T. Fidel dijo que sí, después de mirar a Eduard y a la ayudante, que no salían de su asombro.

Efectivamente, el restaurante estaba cerrado al público, pero, por dentro, las mesas desiertas contrastaban con las decenas de lámparas que se habían encendido como en cualquier noche y cuya luz se multiplicaba gracias a los grandísimos espejos que prácticamente tapizaban todas las paredes, así como al bien encerado suelo de madera y a los miles de trozos de cristal de las gigantescas lámparas de araña. La melodiosa música del cuarteto que tocaba sobre un pequeño escenario a medio metro del suelo, en un extremo del salón, sonaba definitivamente distinta que los otros días, puesto que la ausencia de comensales modificaba la acústica del local.

Después de que varias doncellas vestidas a la europea se llevaran sus gabanes, los cuatro se sentaron en una amplia mesa colocada justo en el centro, alrededor de la cual habían retirado todas las demás y ahora había un enorme espacio vacío por donde empezó a circular un pequeño ejército de camareros, también vestidos al modo occidental y cuyas maneras rivalizaban con las de los graduados en las mejores escuelas de hostelería. Al tiempo que el anfitrión confesaba haberse tomado la libertad de preparar un

programa de aperitivos, de bebidas y de platos de degustación, los camareros fueron dejando diversas botellas sobre la mesa, ofreciendo primero al misterioso Gulbenkian y, tras la señal aprobatoria de este, a la ayudante que, después de los días alegres pasados en el crucero, ahora había adoptado otra vez su original actitud callada y sombría, quizá apabullada por el homenaje de que estaban siendo objeto.

¡Y qué manjares, qué carnes humeantes y especiadas, qué sabores desconocidos que Eduard se esforzaba en comparar con los encurtidos y escabeches de su padre!… con gran demérito para estos últimos. ¡Qué vinos, qué licores, qué dulces árabes cuya miel tan sabrosa se escurría por los dedos! Y, por último, qué puros tan aromáticos y qué sueño tan apetitoso le estaba entrando de repente a T. Fidel, harto de escuchar los halagos que el armenio no se cansaba de dirigirle.

Cuando los cigarros estaban a medio consumir y las tazas de café vacías, Gulbenkian aprovechó el silencio de la sobremesa y, entornando los ojos, dirigió a T. Fidel una mirada inescrutable.

—Maestro —comenzó— usted conoce “los ocho ángeles del infierno”, ¿verdad? Ponerlo en duda sería ofensivo por mi parte.

T. Fidel se incorporó en su asiento y recuperó en un instante la serenidad y los reflejos que los vapores del alcohol habían adormecido. “Los ocho ángeles del infierno”. El ejercicio legendario que todo buen lanzador de cuchillos codiciaba como un niño codicia descubrir la isla del tesoro. La proeza máxima cuyo origen se perdía en la noche de los tiempos. La gesta que unos atribuían a los hashashin nizaríes, otros a los ninjas del Japón Tokugawa y algunos menos a los jagunços del norte de Brasil.

Sí, T. Fidel respondió que sí conocía “los ocho ángeles del infierno” y que no creía que fuera posible llevarlo a cabo, que él mismo había pasado seis meses viviendo en una cabaña de la selva negra, tratando de refinar su puntería lo suficiente para lanzar a la vez las ocho pequeñas dagas, sujetando cada una entre los huecos de ambas manos. Imposible, definitivamente imposible.

Gulbenkian escuchó en silencio con los ojos entornados y, cuando T.

Fidel acabó de hablar, continuó en silencio durante unos segundos, mientras la ayudante miraba a ambos espantada y se fijaba a su vez en que los guardaespaldas de Gulbenkian, que habían desaparecido al llegar al restaurante, aparecían de nuevo y se situaban bloqueando la puerta de la calle el uno y la de la cocina el otro. Gulbenkian entonces comenzó a hablar lentamente y en voz baja, lo que contrastaba amenazadoramente con su anterior y despreocupada locuacidad.

—Naturalmente, maestro, es imposible —concedió el espléndido armenio.

Continuó diciendo que él mismo, en su juventud, había escuchado la leyenda de labios de su mentor, un sicario que lo tomó bajo su protección y al que finalmente tuvo que degollar por su propia mano. Afirmó que, aunque nadie en toda Turquía podía lanzar los cuchillos como él, nunca había sido capaz de enfrentarse con éxito a "los ocho ángeles del infierno". Sin embargo, ahora que era dueño —directa o indirectamente— de todos los negocios deshonestos de Constantinopla y también de muchos de los honestos, había decidido comprobar si "los ocho ángeles" eran sólo un cuento para asustar a niños o si había en ellos un atisbo de realidad. Obviamente, sólo el mejor lanzador de cuchillos del mundo y la ayudante más osada podían salir con éxito de la empresa y esos eran, según todos sus informes, los que estaba allí sentados frente a él.

Gulbenkian chasqueó una vez más los dedos y uno de los camareros salió de las sombras trayendo consigo un pequeño y bello cofre de metal. Gulbenkian se aflojó el nudo de la fastuosa corbata de seda que cerraba el cuello de su camisa e introdujo en su pecho una mano velluda. Sacó una gruesa cadena, al cabo de la cual había una pequeña pero sofisticada llave de acero que introdujo en la cerradura del cofre. El interior estaba forrado de terciopelo y de él sacó ocho pequeños cuchillos sin mango que sopesó sobre la mano y cuyo filo probó con gusto sobre su propio pulgar, depositándolos luego uno a uno sobre la mesa. A continuación, extrajo del mismo cofre un enorme zafiro azul ya tallado, lo miró al trasluz con orgullo y lo dejó sobre su propio pañuelo perfumado, que había cogido del bolsillo de la pechera y que había desdoblado

cuidadosamente sobre la mesa.

Gulbenkian entonces, en voz aún más baja, le dijo a T. Fidel que ese zafiro azul sería de él —de ella— dijo mirando a la ayudante, si en la representación del día siguiente conseguía realizar con éxito el ejercicio. Luego se detuvo y añadió que además del zafiro recibiría un millón de francos suizos.

—Imposible, es imposible —insistió T. Fidel con los ojos fijos en las decenas de vasos y copas que había ante él.

Gulbenkian juntó las manos en actitud de oración y dio un pequeño suspiro mirando los gruesos gemelos de brillante que sobresalían de sus puños. Desentrelazó las manos y, volviendo a mirar a T. Fidel, dijo que lo sentía mucho pero que ya había hecho una apuesta al respecto con el jefe de la policía de Constantinopla y que, como seguramente comprendería, en su posición no podía permitirse desairar a la autoridad competente, ni tampoco mostrar ante ella ningún tipo de flaqueza.

Gulbenkian entonces chasqueó los dedos una vez más. Los dos gorilas se acercaron a la mesa como una exhalación y, sujetando al atontado Eduard por ambos brazos, lo izaron del asiento y escaparon igual de raudos con él por la puerta de la cocina. El perrito de la ayudante, que se había puesto a ladrar, se lanzó hacia los secuaces de Gulbenkian y mordió a uno en el tobillo, para ser despedido de una patada e ir a estrellarse contra una de las mesas. T. Fidel se puso en pie como un rayo nada más ver el movimiento de los guardaespaldas, pero Gulbenkian también se había levantado, dejando caer con estrépito la silla hacia atrás y sacando de su chaqueta un enorme revólver que apuntó a la sien de la ayudante, después de colocarse rápidamente a su espalda y de rodear su cuello con su gigantesca mano izquierda.

En ese momento T. Fidel empezó a preparar mentalmente el ejercicio. Se vio de pie en el escenario frente a la ayudante, la única persona del mundo a quien el miedo a herir podía significar, precisamente, la posibilidad de que la hiriera. Conocía a la gente como Gulbenkian y se maldecía ahora por no haber sabido percibir su mortal habilidad, oculta tras su lengua de serpiente. Debía haberlo reconocido como un modisto famoso reconoce

inmediatamente a otro. Debía haberlo reconocido porque él había estado tantas veces a un paso de convertirse en otro Gulbenkian, pero siempre había resistido la tentación.

De la cocina volvieron los dos guardaespaldas sin Eduard. Gulbenkian se volvió a disculpar hipócritamente, alegando que había tenido que planear este pequeño incentivo en caso de que T. Fidel desconfiara de su propia destreza. Sin embargo, estaba seguro, repitió, de que dicha destreza era suficiente y de que a la noche siguiente todo se habría resuelto a la entera satisfacción de ambas partes. Dicho esto, soltó a la ayudante y, sin dejar de apuntar a T. Fidel y sin dejar de sonreír, se metió de nuevo por la puerta de la cocina.

El Gran Sándor y su ayudante quedaron de pie frente a frente, a ambos lados de la mesa, en el restaurante vacío. A través de los cristales que daban afuera se veían las calles de Constantinopla que volvían a la vida conforme se acercaba la mañana. Entonces la ayudante recogió del suelo el cuerpo sin vida de su perrito, dio la vuelta a la mesa y se agarró del brazo de T. Fidel. Las dos doncellas aparecieron como por ensalmo y sin decir ni mu les ofrecieron sus abrigos como si hubiera sido una noche más. El maître también salió de alguna parte y, deseándoles que hubieran pasado una velada agradable, los acompañó hasta la entrada. Después de traspasar el umbral del restaurante y todavía un poco aturullados, T. Fidel y su ayudante comenzaron a caminar sin saber adónde. Entonces regresó corriendo el maître y, entregándoles el cofre, dijo:

—Se olvidaba usted esto, señor.

T. Fidel se desembarazó de la ayudante, que seguía callada, casi sin respirar y colgada de su brazo, y tomó el cofre de las manos del sonriente maître. Cuando este hubo vuelto al interior del restaurante la ayudante intentó cogerlo de nuevo, pero T. Fidel la rechazó y reanudó su marcha en solitario.

El laberinto de calles de Constantinopla era una descomunal jaula de grillos enojados, una monstruosa sartén donde se freían a la vez miles de huevos que flotaban en un mar de aceite chisporroteante. Sin embargo, los gritos de los mercaderes, pronunciados en mil lenguas distintas, no hacían mella en los oídos de T. Fidel que, aun

sin haber estado antes en la ciudad, parecía saber a dónde se dirigía. Caminó y caminó, pasando a través de pequeños y grandes bazares y sólo se detuvo una vez para comprar, por un par de monedas que le dio sin regatear al sorprendido tendero, la redonda tapa de esparto que cubría una gran cesta llena de salvado.

Luego T. Fidel continuó su camino sin prestar atención a nada hasta dejar atrás el centro y luego los arrabales. Llegó a un bosque y se internó en él tanto como pudo, para estar seguro de que no se encontraría con nadie. Una vez allí eligió lo que parecía un pequeño claro y palpó lo duro de la corteza y el diámetro de los troncos. Rompió una rama que salía a la altura de su cabeza y, del pezón que había quedado unido al árbol, colgó la tapa de la cesta que acababa de comprar. A continuación, dejó el cofre en el suelo, se despojó de sus ropas y se quedó en camisa, que se desabotonó hasta el pecho para estar más cómodo, dejando al descubierto algunas cicatrices que revelaban un pasado que ahora le había salido al encuentro.

Se puso en cuclillas y abrió el cofre. Allí estaban todavía las ocho dagas malditas junto con el zafiro, que también estaba maldito, con toda seguridad. Dejó la joya en el interior del cofre y tomó las dagas en sus manos. En realidad, no eran dagas, eran más bien trozos de excelente metal forjado y sin empuñadura, una sola pieza que podía agarrarse cómodamente por un extremo evitando la hoja, que en verdad estaba tremendamente afilada. Se irguió y sopesó dos de ellas sobre la palma de las manos. Estaban perfectamente equilibradas. Se metió siete de ellas en el cinturón, a la espalda, y se alejó del árbol con la octava en su mano derecha, contando mentalmente diez pasos. Entonces se giró como una exhalación y la lanzó contra la diana. Dio en el centro mismo, naturalmente. Probó luego a lanzar las otras, una tras otra, realizando el mismo giro rápido y dando también en el blanco. Era un mero ejercicio de calentamiento, necesario pero que no revelaba nada sobre la dificultad de lo que Gulbenkian exigía.

Durante las siguientes dos horas, mientras el calor de Anatolia empezaba a caer sobre el bosque, T. Fidel fue haciendo pruebas, atreviéndose cada vez a más, lanzando con ambas manos a la vez, acostumbrándose a los nuevos cuchillos y a la nueva manera de

lanzarlos, que exigía sostenerlos con firmeza entre los nudillos. No iba nada mal, pensó. Sólo un par de veces había tenido que buscar las armas entre las hojas caídas alrededor del árbol, por haber errado el tiro. Al final, con el sol ya en lo más alto, se alejó los veinte pasos correspondientes y se llenó las manos con los ocho diablos. Respiró profundamente, alzó ambos brazos por encima de la cabeza y disparó. Sólo cinco de ellos se clavaron en la tapadera de esparto. Las siguientes pruebas no fueron mejores. T. Fidel cayó de rodillas, desesperado. No sólo no era capaz de domar aquellas bestias, sino que aquella noche tendría enfrente a la única mujer de la que realmente se había enamorado y cuyo amor, lejos de darle más seguridad, le hacía más torpe y la ponía a ella en peligro.

Cuando tocó en su puerta de regreso al hotel, T. Fidel le confesó que no se sentía capaz, que no era lo suficientemente bueno y, en fin, que ella era parte del problema. Entonces la ayudante se sentó en una silla y T. Fidel, del modo más natural, se arrodilló ante ella, descansando la cabeza sobre sus rodillas. Ella metió los dedos entre sus cabellos y, muy despacio, como se habla a un niño a punto de llorar, le dijo que aquella noche iba a ser como todas las demás noches, que ella se iba a poner ante la tabla y que él iba a disparar contra ella y que nadie iba a sufrir ningún daño. Luego le hizo ponerse en pie y lo mandó a su cuarto a que durmiera una buena siesta, se lavara, comiera algo y lo dispusiera todo para la actuación.

Esa noche, cerca de las diez, el teatro estaba lleno a rebosar con lo más florido de la nobleza otomana, con los más ricos de entre los comerciantes cristianos y con la nata y la crema del cuerpo diplomático. La voz se había corrido de que algo fabuloso iba a ocurrir y los hombres esperaban fumando en los pasillos y antesalas mientras las mujeres escuchaban el aburrido repertorio de canciones de opereta que formaba el abreboca de la velada. Al anunciar los ujieres que comenzaba el plato fuerte todos se apresuraron a regresar a sus butacas, a limpiar los monóculos y a graduar los anteojos.

T. Fidel y su ayudante fueron recibidos con una gran ovación y nadie, o casi nadie, notó que los artistas no sonreían, siquiera falsamente, como era de recibo. Tampoco nadie, o casi nadie, notó

la ausencia de Eduard, pero algunos se extrañaron de que no hubiera nadie para amarrar a la chica a la tabla y de que ella se plantara allí de pie, sencillamente, con los brazos en jarras. T. Fidel comenzó con unos ejercicios sencillos que la gente recibió con gusto, pero sabiendo que lo mejor estaba por venir. Lo más importante para T. Fidel era la mirada de la ayudante clavada en la suya, sin parpadear, como pidiendo más, como tomándole de la mano para cruzar a la vez un puente colgante que se bamboleaba sobre el abismo.

Llegó el momento que todos esperaban sin saberlo y T. Fidel echó un vistazo a su alrededor, fijándose en un palco aparentemente vacío, de entre cuyas sombras se alzaba un hilillo de humo demoníaco. Tomó entre sus dedos firmemente los ocho ángeles del infierno, se acercó a la tabla y volvió a mirar fijamente a su amada. Luego contó veinte pasos, se dio la vuelta, apuntó a la par que alzaba bien altos ambos brazos y disparó. Todos los cuchillos dieron en diferentes partes de la tabla, a ambos lados de la ayudante, algunos casi rozándola. A continuación, como dejando escapar un ronco rugido que hubiera contenido durante años, T. Fidel empezó a tomar todos los cuchillos, espadas, sables y hachas que le quedaban. Los fue arrojando enfurecido y todos se clavaron sobre la tabla, perdonando la delgada figura de la chica. El maleficio se había roto. T. Fidel cruzó el escenario y besó a la ayudante y la apretó contra sí y la apretó y la apretó mientras el teatro se venía abajo con los interminables aplausos del público.

TÉ VERDE

—Papá…. ¡Papá!

—…¿Quéeee?

—¿Este o el rojo?

El Corte Inglés de Castellana lo mareaba. Demasiadas luces, demasiados espejos. Demasiados cosméticos imprescindibles. Demasiadas fotos de famosas con mirada seductora y brillante cutis bronceado. Demasiada ropa interior acechando a sufridos maridos cuarentones. Demasiado tiempo lejos del televisor, en una desaprovechada mañana de sábado. Gonzalo se sentía amenazado y buscaba a tientas la mano de su hijo pequeño. La falta de sueño y una tensión mal contenida se traslucían en su rostro rígido, en unos ojos que trataban de encontrar un lugar seguro, en el modo de sujetar a Gonzalito cada vez más fuerte.

Inquieto y harto, Gonzalito se soltó al cruzar un pasillo y corrió hacia la sección de bañadores donde había distinguido, a lo lejos, varios emocionantes maniquíes vestidos de submarinista. Gonzalo pensó en gritarle, pero se contuvo al ver a un dependiente grandullón y se contentó con ir a grandes pasos hacia el niño.

—¡Papá! ¿Este o el rojo?

Gonzalo se detuvo a mitad de camino, hizo un esfuerzo por concentrarse y recordó que estaba allí para comprarle a su hija mayor el prometido vestido de graduación. La puesta de largo por decirlo así, aunque tendría lugar en el desangelado comedor del colegio y no asistirían chicos. Muy poco glamour. Gonzalo se dio cuenta de que jamás había mirado dentro del armario de su hija y de que, si se ponía a pensar, no conseguía recordarla en otra cosa que no fuera el uniforme de diario o el babi de prescolar.

—No. Mejor el azul marino.

—¿…Seguro?

—Seguro.

Naturalmente, no estaba seguro de nada, pero rojo sonaba demasiado atrevido. Además, no es que Gonzalo pudiera distinguir el rojo del azul, porque era daltónico. Daltónico, pero daltónico de los buenos. Vamos, que, de pequeño, para ponerse kétchup y no mostaza tenía que chupar primero el pitorrito del bote sin que su madre lo viera y ante los mohines de asco de sus hermanas.

Un bromista en la oficina le había dicho una vez que ser daltónico tenía sus ventajas. Por ejemplo, nadie podía acusarle de ser racista puesto que para él no tenía sentido la expresión “personas de color”. El chiste había suscitado grandes risas porque la gente ya llevaba varios gin tonics. Lo cierto es que ojos que no ven, corazón que no siente y como Gonzalo no sabía bien lo que eran los colores, nunca los había echado de menos. Como un sordo de nacimiento que no extraña la voz de su madre.

Sin relación alguna con su defecto visual, Gonzalo había crecido con otro problema que, digan lo que digan, es más grave en los hombres que en las mujeres: el miedo. Un miedo que lo volvía inseguro en cuanto ponía el pie en la calle, que le hacía estremecerse cuando alguien le tocaba en el brazo, en la cintura, en la cabeza, que de niño le hacía refugiarse en la monótona disciplina del colegio y que ahora le llevaba a evitar a los amabilísimos dependientes del Corte Inglés.

Si nos ponemos legalistas, no se trataba de un miedo insuperable, que le nublara el entendimiento y redujera su responsabilidad en impensables trifulcas de bar. Era más bien un miedo que le hacía sufrir, un miedo lastre del que nunca había sido plenamente consciente. Un miedo que le hacía atiborrarse de cereales en momentos de agobio, que le llevaba a asombrarse de la despreocupada seguridad con que los demás se desenvolvían en cada desafío diario: contar las vueltas de la compra, preguntar direcciones a un desconocido, enfrentarse a un rostro aburrido tras la ventanilla. Un miedo que, sin una potente radioterapia, habría

producido metástasis. Un miedo náufrago que, a punto de ahogarle, había encontrado su delfín chillón.

Ocurrió durante la fiesta de cumpleaños de alguien que conocía a alguien y como el chalé era grande, cuantos más vinieran mejor. Un desinhibido compañero de clase, que solía hacerle de carabina, lo había abandonado para probar fortuna con unas de magisterio. Ahora Gonzalo intentaba pasar desapercibido como un perrito al que dejan atado a la puerta del supermercado. La esquina que le servía de búnker era discreta. Todos podían verlo, pero nadie tenía por qué mirarlo y él se limitaba a dar pequeños paseos desde la ventana hasta una mesa con un gran cuenco de panchitos, manoseando su vaso de plástico mientras calculaba el tiempo que faltaba para poder ir de nuevo al baño.

Más tarde apareció María. Llegó como si tuviera llave, como si la casa fuera suya, como una antigua y querida amiga que regresa del extranjero. Venía riendo, naturalmente, rodeada de más chicas que también reían, con la risa sonora y sincera que no provoca envidia ni desdén, sino la alegría de ver a gente alegre. El recibidor, la cocina y el largo pasillo que daban a la amplia sala de estar estaban abarrotados, pero a Gonzalo le pareció que los invitados iban abriéndole paso mientras ella repartía leves besos y blancas sonrisas.

El serio complejo de inferioridad de Gonzalo habría juzgado arrogante tal exceso de confianza, esa certeza de estar siempre entre amigos, de que no hay nada que temer, de que no hace falta mirar el reloj cada dos por tres. Pero en María era distinto. En ella era la seguridad del niño que se lanza a la piscina porque sus padres ya están dentro, que recorre las páginas de un libro buscando dibujos, sin acordarse de que todavía no sabe leer.

Guapa lo era un rato, pero, sin ofender, cualquier chica joven es guapa. Cualquier mujer bien maquillada es guapa. La estrategia de María parecía la de dar por descontado que se fijarían en ella y despreocuparse por completo de su aspecto externo. Claro que no dejaba de ser una estrategia y, en realidad, María iba siempre cuidadosamente despeinada. Desarreglada a la perfección.

Sin pretenderlo, Gonzalo se quedó embobado, a lo lejos, pero María

se dio cuenta. El amor es un acto de la voluntad y, como la voluntad, es observable pero indemostrable. Sin embargo, la atracción sí es algo físico, empírico, de lo que sesudos científicos deben de publicar miles de libros. Por eso Gonzalo nunca dudó de que su mujer lo quisiera, pero nunca supo qué es lo que aquella chica vio en él esa noche en que, pudiendo elegir a cualquiera, eligió al tontorrón que sorbía Fanta junto a la ventana.

—Pues a mí me gusta el rojo —dijo su hija descolgándolo de la percha y ajustándoselo al cuerpo con ambas manos, delante de un espejo adosado a una columna.

Gonzalo claudicó diciéndose que rojo no era necesariamente frívolo, mientras traía de vuelta a su refunfuñante hijo pequeño.

Pagó el vestido en la caja, se metió el ticket en el bolsillo y los tres se fueron a buscar una hamburguesería en el centro comercial. Gonzalito corría de un lado a otro. Se suponía que él era el experto y la idea de las hamburguesas había sido un soborno para que los acompañara sin montar el numerito. Sin embargo, no encontraron nada y se metieron en una especie de cafetería que era lo más parecido a un McDonald's en las tres plantas que visitaron antes de que, con los pies hinchados, Gonzalo se plantara e hiciera valer su condición de padre.

Dejó que Gonzalito comiera por los ojos y, a los postres, él se contentó con pedir un té verde.

—¿De qué clase? —dijo el camarero, dándoselas de entendido.

—Cualquiera —respondió Gonzalo un poco fastidiado.

—Tiene que elegir de la carta —insistió el otro abriéndole la sólida carpeta por el final y poniéndosela delante con evidente aire de superioridad.

Sencha, Gyokuro, Genmaicha, Hojicha, Bancha… Nombres pretenciosos para una franquicia fundada en un pueblecito de Nueva Jersey. Tras un pequeño bufido Gonzalo puso aleatoriamente el dedo en algún lugar de la lista mientras Gonzalito y su hermana pedían helados cuyas apetitosas fotos creaban unas expectativas

imposibles de satisfacer.

Unos minutos después Gonzalo soplaba suavemente sobre el borde de una funcional taza de cristal transparente, mojando los labios de tanto en tanto para no abrasarse. Poco después la hija levantó la mirada y dijo:

—Es del color de los ojos de Mamá.

—¿Qué?

—El té. Ese era el color de los ojos de Mamá.

Gonzalito no oyó lo que dijo su hermana o no lo comprendió o fingió no comprenderlo, pero a su padre le recorrió un escalofrío por la espalda Al cabo de unos segundos se le humedecieron los ojos, dejó la taza sobre la mesa y sintió una pequeña opresión en el pecho. Su hija lo notó y volvió a su helado, que terminó en silencio.

Más tranquilo, Gonzalo puso ambas manos alrededor del vaso y miró dentro. Nada. Verde o no verde, para él era lo mismo. Acercó los labios al borde y ahora dio un buen trago, disfrutando de la quemazón que aquel verde le producía en la lengua, en las encías y en la garganta, imaginándose que su mujer le daba un pellizco cariñoso por no prestar atención en la cocina.

—¿Nos podría traer la cuenta, por favor… y la carta?

—¿La carta? ¿Quieren pedir algo más?

—No. La cuenta y la carta, por favor. Tengo que ver una cosa.

Aquel té cuyo color él no podía distinguir era el de unos ojos en los que él se había mirado durante más de diez años. Unos ojos que creía conocer a la perfección pero que sólo ahora descubría que eran verdes. De un verde especial. Del verde de unas hojas traídas desde una plantación asiática de nombre impronunciable. De un verde tan exótico y anodino que sólo podía ser el de los ojos de su mujer. Un verde caliente y nutritivo, doloroso pero reconfortante. Un verde para tomar todos los días. Un verde de dificultades reales que se resuelven juntos. Un verde de paz.

Aquella noche su insomnio fue más listo que la trazodona y en realidad él no quería dormir. No quería yacer en la cama envuelto en un silencio que amplificaba el ruido de sus pensamientos. De madrugada el tiempo transcurre a otra velocidad, ni más rápido ni más lento y después de tomarse un paracetamol y visitar mil veces el refrigerador, a Gonzalo le vino el consuelo repentino de pensar que quizá su punzante jaqueca era una apropiada y justa forma de duelo. Un sufrimiento real y no de plañidera a sueldo. Se durmió por fin tratando de recordar los nombres de la lista que trajo el camarero.

La semana entrante fue de trabajo intenso pero mecánico, ideal para entumecer el corazón y la cabeza. Al sábado siguiente Gonzalo propuso a sus hijos que volvieran al Corte Inglés y al mismo restaurante. Los hijos se sorprendieron por el desacostumbrado dispendio y porque sólo con mucho esfuerzo lograban despegar a su padre del sillón. Sin embargo, al llegar encontraron el sitio cerrado. Es más, cerrado para siempre. Movido a otra parte. Clausurado, vete a saber qué.

—Hija, ¿te acuerdas del nombre de té que pedí el otro día?

No, no se acordaba y se culpó de ello recordando la impresión que había causado en su padre lo que ella le había dicho. Lo agarró del brazo, cogió de la mano a su hermano pequeño y entraron en un McDonald's que, después de todo, estaba sólo unos metros más allá.

Al volver a casa Gonzalo se sentó ante el ordenador y su hija se sentó a su lado sin que se lo pidiera, pero sin que tampoco la rechazara. De entre todos los motivos para sentir vergüenza, sentirla por amor era quizá el más disculpable y sentirla al lado de su hija mayor el más fácil de aceptar, sobre todo porque Gonzalo notaba que ella había empezado a ocupar el lugar de su esposa, a ser la señora de la casa, la hechicera cuya magia consiste en que un apartamento sea un hogar y no un cuartel.

Era asombroso la cantidad de frikis del té verde que había en internet. Cientos de páginas y foros en español y en inglés. La historia del té, la elaboración el té, la preparación del té, los beneficios del té, el ritualismo del té. Al parecer, Amazon Prime, tenía un amplio catálogo y prometía traer tu pedido esa misma

tarde. Sin embargo, no estaba nada claro que fuera la variedad del sábado anterior. Además, Gonzalo lo que quería era encontrar una tienda en Madrid a la que pudiera ir en coche, pagar en efectivo y llevarse a casa lo que necesitaba. Un tipo de té de cuyo nombre ni siquiera se acordaba. Tras cinco minutos le cedió a su hija el ratón y la silla. Pues sí, en Madrid también había tiendas de té. Tiendas de gourmets o tiendas naturistas o tiendas que sólo vendían té o que vendían té y cachimbas para tabaco oriental o té y libros esotéricos o té y comida china liofilizada.

En el curso de las siguientes semanas y durante las vacaciones de Navidad, Gonzalo y su familia conocieron lugares recónditos de la ciudad donde los tres habían nacido, en barrios donde nunca habían puesto el pie. La hipótesis era que si la hija escuchaba el nombre del té que su padre había pedido en el Corte Inglés, se acordaría. Claro que con cada día que pasaba las posibilidades de que la memoria le fallara se hacían más grandes y ella lo sabía. Gonzalo también, pero se negaba a aceptarlo. Gonzalito les acompañaba encantado porque su padre había decidido que, hasta que tuvieran éxito, le iba a comprar al renacuajo tantas porquerías azucaradas como quisiera.

Cuando llevaban más de siete tiendas visitadas ambos se maldijeron por no haber empezado buscando otra cafetería de la misma cadena. Encontraron una rápidamente, pero comprobaron que los tés verdes habían desaparecido de la carta de postres e infusiones. Tal vez los ejecutivos de Nueva Jersey habían claudicado. Tal vez el té verde ya no era lo suficientemente cosmopolita o las ventas habían bajado o simplemente la gente corriente lo que quiere es café con leche. Y no, en ese restaurante no tenían copia de la carta anterior ni nadie se acordaba de los tipos de té que habían ofrecido durante los seis meses anteriores. En realidad, raro era el camarero que aguantaba tanto tiempo.

La búsqueda continuó por los soportales de la Plaza Mayor, por los puestecillos del Rastro, por los polígonos industriales de Fuenlabrada. Cada vez volvían a casa con dos o tres bonitas cajas de metal o de madera y se pasaban la tarde hirviendo agua y probando con distintas concentraciones. La hija no quería mentir en algo tan importante y confesaba cada vez que no, que esa no era la tonalidad que buscaban: el color de unos ojos que eran su primer recuerdo ya

olvidado, lo primero que vio al nacer junto al calor de unos pechos que rezumaban leche.

Pero Gonzalo no cejaba porque quería beberse aquellos ojos. Aquellos ojos que lo despertaban sonriendo las mañanas de domingo. Que lo tranquilizaban antes de un examen. Que ansiaba besar cuando ocurría algo malo y cuando ocurría algo bueno. Aquellos ojos que despedían sosiego. Aquellos ojos que eran los ojos de su mujer.

Viendo la pena de su padre y el callejón interminable en que se habían metido, la hija mayor hizo un esfuerzo adicional y se quedó en secreto un par de noches ante el ordenador, buscando una solución definitiva. Creyó encontrarla cerca de Pamplona, donde al parecer había un almacén cuyo nombre aparecía una y otra vez en los foros de aficionados. Si no estaba allí no estaba en ningún sitio.

Coincidiendo con un puente y con los incipientes síntomas de una nueva y pequeña depresión de su padre, la hija reservó una habitación para los tres y se marcharon un viernes por la tarde. Cenaron bien en la Plaza del Castillo y por la mañana cogieron de nuevo el coche para llegar al sitio, que en verdad era impresionante. Enormes góndolas con profundos estantes y todo tipo de cajas que expedían una deliciosa mezcolanza de aromas desde que se cruzaba la puerta.

Dejando a su padre curiosear sin rumbo entre los anchos corredores del establecimiento, la hija mayor se acercó a un hombre mayor con gafas que llevaba una sobria corbata y un chaleco de punto y que hacía anotaciones en un cuaderno mientras señalaba con un lápiz y parecía contar para sí con los labios entreabiertos. Parecía experto y un hombre bueno y la hija se confió a él. Le habló de la cancelada lista de la cancelada franquicia y, mira por dónde, el hombre se sonrió porque había sido él el proveedor de la cadena. El hombre fue hasta el mostrador, cuchicheó algo al oído de su mujer y desapareció en la parte de atrás. Regresó con una serie de folletos que abrió delante de la hija. Ante sus ojos aparecieron decenas de nombres y, tras dudar unos instantes, el dueño del almacén señaló cinco o seis como los tés verdes de la carta que la franquicia había estado ofreciendo. Los fue pronunciando uno tras otro y la hija mayor reconoció el que buscaban. La chica emitió una pequeña

exclamación, pero se tapó la boca, temerosa de que su padre la hubiera oído. Sin embargo, la alegría duró poco porque, inmediatamente, el dueño frunció los labios y aseguró con pena que no les quedaba de ese tipo. Tampoco esperaban que llegara más en los próximos meses. La hija se lo agradeció y, pasando su brazo por el hueco del brazo de su padre, regresaron al coche.

Era un bello atardecer, pero todavía había suficiente luz. Al pasar por un campo de cultivo la hija se fijó que en la linde del campo comenzaba un bosque tupido y tuvo una corazonada. Le pidió a su padre que parara en el arcén y los tres salieron al aire libre. Empezaba a hacer frío y la hija forcejeó con Gonzalito para que se pusiera el anorak. Encontraron un caminito y, sorteando algún que otro charco, llegaron al bosque. La hija no pudo identificar los árboles que tenían delante, pero la mágica combinación del tipo de hoja y la intensa luz roja del sol que moría en el horizonte pirenaico hicieron que estuviera completamente segura.

—Papá.

—¿Sí?

—Este es. Este es el verde. El de los ojos de Mamá.

Cogido por sorpresa, el padre soltó de la mano a Gonzalito y con algo parecido al alivio que se siente después de una buena llorera, se internó en el bosque alzando ambos brazos, para poder acariciar las hojas de las ramas más bajas. Cerró los ojos y se imaginó sin esfuerzo que ponía su frente sobre la frente de su mujer mientras esta dormía, con cuidado de no despertarla. Aspiró el perfume del jabón con que se limpiaba la cara y escuchó el acompasado susurro de su respiración. No pudo decir cuánto tiempo estuvo así, recordando con viveza sobrenatural, pero cuando su hija lo tomó de nuevo del brazo era casi de noche.

Entonces volvió a abrir los ojos y se dio cuenta de que había oscurecido. Ahora el color de las hojas ya no podía por fuerza ser el mismo, pero a Gonzalo le pareció bien que la experiencia hubiera durado tan poco. El final de aquella loca búsqueda de un color tan efímero, tan escurridizo, le revelaba que él no podía y aun no debía congelar a su amada en una taza de té durante el resto de su vida.

Su esposa, toda ella y no sólo sus ojos, lo esperaban a él para abrazarlo de nuevo algún día. La soledad de hoy no era más que el precio del reencuentro mañana. Quizá comprendiéndolo, su hija lo tomó con dulzura por los hombros e hizo que girara en redondo.

—Ya está, papá. Volvamos a casa.

EL ARBITRAJE

Me llamo David Ortega, tengo treinta y cinco años y me acaban de nombrar socio de un importante despacho internacional de abogados. Equity partner, no socio a secas, así que ya no cobro un sueldo sino una participación en los beneficios de la firma, que son de infarto. Me dedico sobre todo al arbitraje internacional, a pelear en secreto batallas que pueden costarle el pan a miles, a veces millones de personas.

Nunca he pensado que mi vida pudiera transcurrir por caminos distintos de los que me he ido trazando. Terminé el bachillerato en un buen colegio, con buenas notas y la seguridad inconsciente de que podía conseguir todo lo que me propusiera. Estudié E3 en ICADE y, tras licenciarme, pasé un año en Londres realizando un máster y perfeccionando mi inglés. Allí mismo fui reclutado, nunca mejor dicho, y a continuación regresé a Madrid donde vivo solo, en un amplio apartamento del barrio de Salamanca.

Estamos celebrando mi ascenso en una de las salas de reuniones de la oficina. El suelo es de gruesa moqueta y absorbe el ruido de nuestros pasos. Las paredes de un lado están forradas con estanterías de madera de tono claro, funcionales, pero elegantes y llenas de archivadores blancos de plástico con el logotipo de la empresa. A lo largo de la habitación hay una gran mesa, también de madera, a juego con las estanterías. El azul de los sillones que la rodean es el mismo que el de la moqueta y el del logotipo. Encima de la mesa, la señora María ha repartido, traídas de una conocida tienda de delicatessen, multitud de bandejas de cartón con toda clase de canapés, pequeños bocadillos y croquetas. En varios lugares hay grandes vasos de cristal, unas cuantas botellas de vino, latas de cerveza, Pepsi-cola y Kas.

Casi todos los presentes están a mi alrededor, felicitándome, sosteniendo vasos y sin hacer mucho caso a la comida. Yo me muestro alegre y hablador. Hago chistes. No me doy en absoluto

importancia y no se hacen referencias demasiado directas a mi reciente designación, porque sería de mal gusto. No me siento apabullado ni cohibido. Debo comportarme como lo exige la situación, con naturalidad y distensión. Sin embargo, si tuviera que entrar en este mismo momento en una sala de audiencias e interrogar durante dos horas a un perito experto y hostil, podría transformarme inmediatamente en un genio de la dialéctica, duro e incisivo y elevar o disminuir mi tono de voz sin apasionamiento según lo exigiera el argumento correspondiente.

Son las ocho de la noche. Llevamos veinte minutos de celebración. Suena un teléfono móvil que alguien ha dejado encima de la mesa. El tono del teléfono es una melodía clásica pero popular, que nadie reconoce como la de su propio aparato. La música se me antoja ridícula por el sonido electrónico y frío que la interpreta y por el hecho de que se repite sin parar una y otra vez. Por fin, llega el dueño. Es Harald, un joven abogado alemán, alto, delgado, con gafas redondas y pelo lacio, que no se disculpa al recoger el teléfono. Tan sólo se retira unos metros y empieza a hablar en inglés con un fuerte acento.

Ya no consigo volver realmente a la conversación. En mi cerebro sigue sonando la estúpida tonadilla. Me resulta familiar, sé su nombre pero no consigo materializarlo. Habitualmente soy capaz de dejar de pensar en lo que sea, a voluntad, y concentrarme en lo que estoy haciendo. Esta vez no es así. Miro a cada uno de mis interlocutores y, por la entonación, por los gestos, descubro cuándo debo mostrar asombro, cuándo debo reírme, etc. Pero mi memoria trata de poner nombre a la composición, porque sé que dicho nombre está asociado a una persona que conozco y no consigo recordar quién es.

Terminado el cóctel regreso a mi despacho. Ya no escucho la música por dentro. Me concentro en un escrito, en el que trato de defender lo indefendible. Es lo que toca. No soy un cínico. Me alegro cuando debo sostener una causa justa. Se van apagando las voces a mi alrededor. Ya nadie llama por teléfono. Es demasiado tarde. Y los que pueden o ya no pueden más, se van yendo a sus casas. Es la hora en que las camisas empiezan a oler mal y a estar pegajosas. La hora en que te aprietan los zapatos de cordones. Es también la hora

en que se puede trabajar con más paz.

No me apuran los plazos de entrega y, cuando dan las once, relleno la hoja de ordenador donde se calculan las horas que he trabajado y para qué clientes. Me levanto de mi sillón. Estoy cansado, pero podría seguir al pie del cañón toda la noche si hiciera falta, y otro día y otra noche también. Me pongo la chaqueta. Paso a la habitación de al lado y, sonriendo, deseo buenas noches al infeliz que sigue allí. Voy a la entrada y me pongo el abrigo, largo, de loden, que cojo de un armario del mismo estilo corporativo que el resto del mobiliario. Bajo por las señoriales escaleras —el edificio, de sólo cuatro plantas, es un antiguo palacete de la calle Fortuny— y saludo al guardia de seguridad del turno de noche, que me saluda a su vez con bien entrenada simpatía.

Comienzo a andar. Siempre voy andando a mi piso, que no está lejos. Sólo tengo que atravesar la Castellana hacia la parte este de Madrid. El frío de la calle me despeja. Vuelvo a escuchar la melodía. Ahora, inmediatamente, recuerdo el título. Se trata de la "Para Elisa". Por eso no podía sacármela de la cabeza. Elisa fue compañera mía durante los seis años de universidad y mi novia durante los dos últimos. Ella empezó a trabajar nada más terminar y yo me marché a Londres. No lo dudé. Era lo que convenía a mi carrera y no se me ocurrió que hubiera nada más importante. Naturalmente, me daba cuenta de que Elisa me quería en Madrid, pero, de modo natural, puse esa consideración en un lugar muy secundario.

Al principio nos llamábamos a diario y chateábamos. Luego yo fui fallando de tanto en tanto a nuestra cita telefónica y ya no me conectaba al ordenador con la frecuencia acostumbrada. Estaba muy concentrado en mis estudios y, cuando recibí la llamada del socio director del despacho, contratándome, instintivamente me di cuenta de que Elisa era un lastre.

No me sentí mal por ello. Lo único que contaba era que la dura etapa de formación a la que me había sometido desde niño llegaba a su fin y había dado sus frutos: una gran oferta de trabajo. Mis padres, mis profesores, estarían orgullosos. Lo demás estaba supeditado a esto y tenía una importancia relativa.

Paso por el Corte Inglés, donde compro un plato precocinado, que calentaré en el microondas, como hago siempre. Me fijo en una chica joven, que va acompañada de un tipo trajeado, un poco mayor que ella. No sé por qué, les sigo con la mirada hasta la salida. Llego a mi apartamento. Como rápido y me siento ante el televisor sin cambiarme de ropa. No presto atención al estúpido concurso. Pienso en Elisa. No hago ningún esfuerzo por alejarla de mi imaginación. No estoy acostumbrado a arrepentirme de lo que he hecho y su recuerdo no me suscita culpa o remordimiento. No obstante, repaso durante un rato los buenos momentos que pasé con ella.

Me voy a la cama. Estoy tranquilo, como siempre y no tardo en dormirme.

Me despierto. Miro mi reloj, que está a mi derecha, sobre la mesilla. Aún falta mucho para la hora habitual de levantarme. En mi cabeza flotan unas imágenes, que lucho por retener. No suelo soñar o no suelo acordarme de mis sueños, pero esta vez es diferente. La impresión que ha dejado ha sido muy intensa, aunque no puedo descartar que mi imaginación esté ahora rellenando algunos huecos olvidados rápidamente, tras abrir los ojos.

Estoy en un teatro o en una ópera. Lo sé porque el suelo está cubierto por filas de butacas y en las paredes hay varios pisos de palcos. No puedo decir cuánta gente hay a mi alrededor. Tampoco puedo decir si hay actores sobre el escenario. Estoy sentado en la platea, en el extremo de una fila de asientos. En el otro extremo está Elisa, también sentada. No distingo cómo va vestida. La miro tratando de llamar su atención, pero ella no gira la cabeza. Tres hombres se acercan a ella por el pasillo. Le preguntan algo o le dan algún mensaje. A continuación, empiezan a reírse y a darle pequeños empujoncitos en el hombro. Sé que ella está molesta, aunque no dé ninguna muestra de ello. Quiero gritarles que la dejen en paz, pero me da vergüenza que alguien, entre el público, me llame la atención, así que mi reconvención es un mero susurro. Haciendo un gran esfuerzo me levanto de mi asiento y trato de caminar hacia Elisa entre las rodillas de mis compañeros de fila. Me tropiezo con cada uno. No me dicen nada, pero mi embarazo es mayúsculo y pido perdón constantemente. Además, siento las

piernas muy débiles y apenas puedo avanzar. Elisa sigue en su sitio, con los tres hombres a su alrededor. Termino por no poder caminar o a lo mejor es que no me atrevo a ello.

Me vuelvo a dormir, al menos durante unos minutos. Al levantarme recuerdo todavía menos detalles del sueño que cuando desperté de madrugada. Me ducho, me visto, me perfumo y salgo a la calle. Hace sol y fresco. Llego al despacho. Pulso el botón de encendido en el ordenador y voy a la cocina de mi planta a tomar un café con galletas. Lo que siempre suelo desayunar. Me gusta venir de los primeros. Me gusta la calma de las habitaciones vacías durante la primera media hora de la mañana.

Abro mi correo electrónico. Tengo muchos e-mails. No importa, los iré contestando uno a uno si merecen contestación. Además, no parecen urgentes. Abro el documento sobre el que estoy trabajando y los documentos de los abogados de menor rango, que han preparado borradores que habré de revisar e incorporar al texto base.

Dan las once. Me avisan de la llegada de un mensajero con varias cajas a mi nombre. Bajo a verlas a portería con un abogado joven que acaba de incorporarse. Son seis cajas, de medio metro cúbico cada una. Me fijo en el remitente y reprimo una palabrota. No hemos sido lo suficientemente rápidos. La empresa a la que queríamos morder nos ha mordido primero. Le digo al pasante que pida ayuda a los bedeles y lleve todas las cajas a la sala de juntas de nuestra planta, para empezar a evaluar el tamaño del desastre. Regreso a mi despacho. El escrito en el que estoy trabajando va a tener que ser modificado profundamente: pretendíamos ser los perros y vamos a ser el zorro. Habitualmente soy capaz de afrontar cualquier revés con calma, sin preocupación, con objetividad. Ahora se me viene a la mente Elisa, como un niño que piensa en las vacaciones en vez de concentrarse en los deberes.

Me traen al despacho un grueso carpesaro donde está el escrito de demanda. Me dicen que el resto es, sobre todo, documentación contable. Pido que se hagan y se distribuyan varias fotocopias y que me devuelvan el original. Cuando lo hacen me pongo a leer. El índice no está muy bien construido y me tranquilizo bastante. El lenguaje es pedante, rebuscado, más propio de un juzgado que de

un arbitraje, donde se busca la verdad desnuda, o al menos eso decimos. A la hora de comer me pongo de nuevo la chaqueta y bajo a la tienda de sándwiches. Me compro uno, de carne, un yogurt y un botellín de agua mineral. Vuelvo a mi despacho y me encierro durante veinte minutos mientras almuerzo con algo de parsimonia, mirando de vez en cuando la pantalla del ordenador.

A las siete convoco una reunión con los otros dos del equipo. Discutimos la estrategia. Les pido que para mañana a mediodía tengan, cada uno, una propuesta para el esquema de la contestación a la demanda. Sigo trabajando, subrayando el escrito enemigo y tomando notas. Pasan las horas. Sorprendentemente, noto el cansancio. Me doy la vuelta y miro por la ventana. Dos o tres personas pasan por debajo del aro naranja de una farola. Vuelvo a lo mío durante unos minutos, pero no hay manera. Cedo a la tentación e introduzco en Google el nombre y apellidos de Elisa, combinándolo con el de la auditora donde sé que tuvo su primer puesto. No obtengo ninguna información útil. Me voy a casa.

No ceno. Tan sólo me como algunas tostadas de pan integral que tengo en la alacena desde hace tiempo. Es lo único que hay en la alacena. Me pongo el pijama y me acuesto.

Estoy sentado en la cocina de casa de mis padres. El suelo y las paredes están recubiertos de azulejos blancos, como yo lo recordaba, pero estos desprenden una cierta luminosidad, que envuelve todo el cuarto en una neblina extraña. Elisa está poniendo sobre la mesa cosas para desayunar. Va vestida como solía ir a clase, con jersey holgado y vaqueros no muy ceñidos. Lleva el pelo recogido con varias horquillas.

Yo agarro un vaso de leche. Es extraño, porque no me gusta la leche sola y mucho menos fría. El vaso parece pesado y resbaladizo. Se me cae al suelo. No se rompe, pero se derrama toda la leche. Elisa sigue frente al fregadero y aparentemente no se ha percatado del accidente. Yo me asusto mucho y voy corriendo al cuarto de baño, donde desenrollo varios metros de papel higiénico. Vuelvo a la cocina y me pongo a secar el suelo, alzando la mirada una y otra vez, para ver si Elisa se ha dado cuenta. Sin embargo, hay demasiada leche. El papel higiénico se empapa. En vez de ir a por más, continúo repasando el pequeño charquito con la gelatinosa

pulpa, a sabiendas de que no sirve de nada. Creo que en ese momento me despierto.

No me gustan mucho los esquemas de escrito que me han pasado mis asistentes. Hay que ir al grano, no irse por las ramas. El demandante no tiene razón por esto, por esto y por esto. Nosotros sí la tenemos por esto, por esto y por esto. Y dejarse de florituras. Ahora he de informar al cliente de lo que vamos a hacer. Quizá debería haberlo hecho ya, porque les debe de haber dado un síncope al ver ante su puerta las mismas seis cajas que llegaron aquí. Sin embargo, no quería hablar con ellos sin tener las ideas claras. Mi email es claro y conciso. No oculto que no nos lo esperábamos y que hubiéramos estado más cómodos del otro modo, como demandantes. Sin embargo, nuestra posición es sólida y gran parte de la investigación realizada sigue siendo útil. Lo envío. Me doy cuenta de que es uno de los primeros correos electrónicos que mando sin tener que enseñarlo primero a un superior, para que añada su toque maestro. Empezamos a dar cuerpo a nuestro escrito, adaptando lo que ya teníamos. Salgo a comer a un restaurante cercano, con los dos del equipo, para hacer piña. A las ocho de la tarde llega un mensaje del cliente, con copia al socio de Londres. Están enfadados. Dicen que debíamos haber previsto lo que ha pasado. Incluso mencionan la posibilidad de que haya que dejar entrar a otro despacho si nosotros no estamos a la altura. Es peor de lo que temía. Mañana me llamará el socio de Londres —el cliente es suyo— y con la mayor de las delicadezas me echará una bronca soberana. Pasa Harald por delante de mi despacho. Oigo cómo suena su móvil y me descentro totalmente. Paseo la vista por mi mesa y veo la revista del despacho, que nos llegó hace poco desde Londres. Paso las páginas. Intento comprobar si, en alguna foto, hay alguien que no aparezca sonriente. Fijo la atención sobre una especie de nota necrológica. Se trata de un socio de la oficina de Ámsterdam. Tenía 52 años y se había jubilado con 48. El artículo dice que sus compañeros le recuerdan como alguien atento a los detalles y que nunca perdía el control sobre la situación. Deja una compañera sentimental, un hijo de un anterior matrimonio y tres casas: una en Ámsterdam, otra en la Riviera Francesa y un piso en Londres. Sigo trabajando. A las dos menos cuarto me voy a mi apartamento.

Estoy en una sala con mesas y sillas. Podría ser mi despacho, pero no lo es. Hay varias personas charlando. Yo estoy conversando con Elisa. La conversación parece muy animada. Ella sonríe. Cada cierto tiempo le digo que siento mucho haberla dejado y ella dice que no importa, que da igual. Y sigue hablando. No sé de qué. En un momento dado saca un cigarrillo, lo enciende y se pone a fumar. Yo quiero irme porque me da mucho asco el tabaco, pero creo que sería una falta de educación, sobre todo después de haberla abandonado y de que ella no me guarde rencor. Así que empiezo a taparme la nariz con ridículo disimulo. Elisa sigue soltando humo y más humo, hablando sin parar. Me debato entre mis enormes deseos de irme y mi deber de quedarme. Siento una angustia muy grande.

Es sábado. La llamada de la City no fue tan terrible. Estas cosas pasan, me ha dicho John. Debemos mandar otro email al cliente mostrándonos muy seguros de nuestra posición y terminar cuanto antes el primer borrador del escrito. Las toneladas de páginas de Excel son paja para distraernos —asegura— aunque conviene estudiarlas bien. Que le tenga al corriente. Tengo otra reunión con los míos. Acordamos pedir ayuda a los de fiscal para interpretar los números. No almuerzo. Sólo bebo un refresco. Las horas de la tarde se hacen pesadas. A las siete apenas queda nadie. Doy permiso a los juniors y me voy yo también. Mañana será otro día. Llego a casa y me ducho. Llamo a Elena. Sale el contestador. Habrá salido ya. Ahora será imposible dar con ella. Me dejo caer en el sofá y me pregunto quién es Elena: ¿es mi amiga, mi novia o simplemente una tía con la que me acuesto de Pascuas a Ramos? Pulso el mando a distancia y selecciono dos películas que ya he visto. Creo que no aguanto mucho delante de la pantalla.

Me encuentro en una pequeña estancia con pupitres. Estoy sentado en uno de ellos, frente a algunos apuntes subrayados con lápiz y rotulador. También hay estanterías con libros. Reconozco el sitio. Es la sala de estudio de mi facultad de Derecho. No sé qué hago allí porque creo que nunca me quedé a estudiar después de clase. Prefería hacerlo a solas, en mi propia casa, en mi propio cuarto. Viene Elisa. Me dice que vaya con ella a algún sitio. Le digo que enseguida, en cuanto acabe de memorizar unos párrafos más. Elisa se va, pero vuelve poco después. Me dice que por favor vaya con ella. Yo le digo que sí, que por supuesto, pero que tengo que

terminar unas cosas. Elisa se va y al rato viene de nuevo. Está llorosa. Me dice que necesita que yo la acompañe y yo le digo falsamente que sí, que ya termino. Ella se va, pero vuelve llorando a moco tendido. Le vuelvo a asegurar que la acompañaré, pero que ahora no puedo.

Es domingo y me levanto tarde. Hace muy buen día. Me pongo ropa cómoda y salgo a la calle en dirección al despacho. No recuerdo el último fin de semana en que no fui a trabajar. Me detengo en una cafetería y hago una mezcla entre desayuno y almuerzo. Camino por Serrano. Entonces la veo. Es Elisa. Estoy al otro lado de la calle, pero la distingo bien. Está un poco más gruesa pero la redondez de la cara y su abrigo oscuro le dan un no sé qué de señorial. Por lo demás, no ha cambiado en absoluto.

A su lado hay un hombre no muy alto, delgado, con algo de tripa, entradas en el pelo y calva en la coronilla. Elisa empuja con energía un carrito de niño, grande, con ruedas todoterreno. El carrito tiene un pequeño escalón con ruedas en el que va subida una niña de unos cuatro años. Lleva un abrigo azul celeste, con cinturón y medias de color hueso. Es rubia y tiene un lazo rojo en el pelo. Pegado al hombre va un niño un poco mayor que viste un barbour y pantalón corto con calcetines azules subidos hasta la rodilla. Va muy repeinado.

Entran en la iglesia de los jesuitas. Deduzco que viven cerca y que les debe ir bastante bien, a no ser que hayan heredado un piso en esa zona tan cara. Cuando desaparecen por la puerta espero un par de minutos y entro tras ellos. Ha comenzado la Misa de once. Hace siglos que no voy a Misa.

Trato de localizar a Elisa y a su familia. Les encuentro en uno de los bancos del final, junto a una columna. Elisa está sentada con un bebé en brazos. El bebé tiene una especie de traje de bautismo, blanco, y un gorrito de punto para la cabeza. Elisa se lo quita en un momento dado y le acaricia la frente con los labios. Se leen las lecturas por una pobre megafonía. No entiendo ni una palabra de la homilía. La niña está de pie sobre el reclinatorio, dando pequeños saltitos. Su madre la regaña, pero ella no hace caso. Al final se tropieza y se da con la cabeza en el banco de delante. Elisa le pasa el bebé a su marido y sienta a la niña en sus rodillas mientras la

abraza y le frota con las manos el lugar del golpe. Llega el momento de la colecta y el hombre le da una moneda al niño y otra a la niña. Ellos las echan en una cestita de mimbre que pasa de mano en mano. En la consagración se arrodillan todos menos Elisa, que sigue sentada, sosteniendo al bebé. Al darse la paz, los cuatro se intercambian besos en la mejilla y me doy cuenta de que Elisa sonríe al hombre al acercarse a su cara. Van a comulgar el niño, el hombre, llevando de la mano a la niña y Elisa con el bebé echado sobre su hombro. Yo me doy cuenta de que no podría comulgar, aunque quisiera. Antes de que el sacerdote termine de decir el "podéis ir en paz" la gente se levanta y comienzan a hablar en voz alta mientras se dirigen a la salida. La mayoría deben ser vecinos de la "zona nacional", bien vestidos y bastante mayores, salvo algunas familias con chavales pequeños. Elisa y los suyos se quedan en el sitio, sentados durante un rato. La niña y el niño se acercan a una estatua de la Virgen que hay al lado del altar y besan sus pies y los del Niño. Me marcho.

Llego a la oficina. Hay bastante silencio, más que otros domingos. Entro en mi despacho y me siento en mi mesa. Enciendo el ordenador y abro mi carpeta, que ayer dejé justo en medio de todos los papeles. Comienzo a leer por donde lo dejé. Elisa. Paso de página. Elisa. Encuentro la cita de un artículo doctrinal que me había propuesto leer y que le había pedido a una abogada de primer año. La llamo por teléfono, dando por supuesto que estará en su despacho. Me dice que me entregó el artículo en mano, ayer mismo. Es verdad. Me pongo a buscarlo. Abro un cajón. Elisa. Desplazo unos papeles. Elisa. De repente rompo a llorar. Me cojo la cabeza con las manos y rompo a llorar. No en silencio sino sollozando con fuerza, sin poder controlarme, mientras en mi cerebro estalla una y otra vez la misma pregunta: ¿para qué?, ¿para qué? Se abre la puerta y la abogada me dice que me trae otra copia del artículo. Se calla de repente, al darse cuenta de mi estado. Deja el artículo sobre la mesa y sale de la habitación, cerrando la puerta con cuidado.

JOSIAH Y LUCY

Josiah sólo se acercaba al pueblo una vez por semana. Iba a caballo, con el resto de los trabajadores del rancho donde se dejaban los riñones de lunes a sábado, sacando las reses a pastar, comiendo bistecs fríos a mediodía y bebiendo café aguado por las noches. Pero el sábado por la tarde Josiah cobraba su sueldo de peón contratado por horas; se ponía una camisa y un pañuelo limpios y dejaba en el establo los gruesos zahones de cuero que vestía para cabalgar. Entonces él y sus compañeros se bebían entre todos una botella de güisqui, para entonarse, mientras trotaban alegres por el camino de tierra. Media hora de cabalgada entre gritos y fanfarronadas sobre quién lo pasaría mejor en la única noche libre que tenían cada siete días.

Su llegada al pueblo no atraía demasiado la atención de sus habitantes, a pesar del polvo que levantaban y del estruendo de sus vozarrones achispados, pues había muchas partidas de jinetes que, como ellos, venían a desfogarse desde las haciendas vecinas. Apenas descabalgaban, ataban las riendas de los caballos junto a un abrevadero, a la puerta del saloon, pero Josiah no entraba allí inmediatamente. Primero iba a la oficina de correos y realizaba un giro postal, enviando algo de dinero a su madre, que vivía más al este. Siempre que lo hacía se prometía a sí mismo escribirle también una carta, promesa que olvidaba a renglón seguido. Desde allí cruzaba la calle y entraba en el único banco del pueblo. El banco apenas daba intereses sobre los depósitos, pero sí los aseguraba en un cien por cien, lo cual era más necesario, a juicio de Josiah, considerando que aquella oficina sólo estaba protegida por un escuálido oficinista desarmado, el gordo sheriff y dos ayudantes nombrados a dedo, tan desharrapados como él. En el banco, Josiah dejaba casi todo el dinero sobrante, que no era mucho, pero con el que al cabo de unos años pensaba comprar tierra y así convertirse en un hombre de verdad. No obstante, se guardaba en el bolsillo unos pocos dólares: lo justo para unas copas de matarratas.

Josiah no subía nunca al primer piso del saloon. Su madre se lo había hecho jurar sobre la Biblia y él era un poco religioso, un poco supersticioso y un poco tímido. Así que se limitaba a permanecer sentado, dando pequeños sorbos a su vaso sin llegar nunca a emborracharse, mientras veía a sus amigos dejarse las pestañas en las mesas de juego.

Esa noche todos sabían que había llegado un nuevo cargamento de chicas y estaban expectantes. Ya anochecido, cuando el licor llevaba corriendo varias horas y los hombres habían olvidado que eran hombres, las nuevas adquisiciones comenzaron a bajar por la escalera. Las saludó un alarido espantoso y una docena de sombreros lanzados al aire. Llevaban vestidos de fiesta hechos por aprendices de modistilla a partir de patrones de revistas, con amplios y vulgares escotes, peinados que se habían hecho unas a otras y la cara embadurnada con muchos gramos de pintura y afeites.

Josiah no gritó. Ni siquiera levantó la vista, al principio. Se había acostumbrado a ver a las chicas revolotear entre las mesas sin prestarles atención y las más veteranas sabían que a él no había que hacerle zalamerías. Pero en esta ocasión la curiosidad fue más fuerte y comenzó a echar miraditas de reojo entre la repentina invasión de faldas, ligas y medias, aspirando sin querer la fuerte mezcla de perfumes baratos, que se sobreponía incluso al pestazo del tabaco. Algunos se levantaban ya de las sillas en las que estaban repanchingados o desencajaban con esfuerzo el codo que habían atornillado a la barra del bar. Asían del brazo a la primera que veían libre, le decían un piropo basto y se encaminaban con ella a las habitaciones de arriba.

Josiah apuró lo que quedaba en su vaso y vio que la botella que tenía delante también estaba vacía. La partida de póker que estaba siguiendo se había interrumpido, así que paseó por el local su mirada aburrida, reprimiendo bostezos. En una esquina, de pie, muy cerca de la pared, casi tratando de ocultarse detrás de una columna, había una chica muy joven y menuda, vestida ridículamente. El maquillaje la hacía parecer algo mayor de lo que era, pero aquellos labios pintados de fucsia y la sombra de ojos de mujer fatal contrastaban fuertemente con su mirada de cordero

degollado. Por todo peinado llevaba una especie de montaña sostenida por horquillas, con el único propósito de sumar algunos centímetros a su escasa estatura. El vestido, evidentemente, no había sido cortado para ella y alguien le había dado cuatro puntadas para intentar adaptarlo a su delgado cuerpecillo. Los huesudos hombros sobresalían por arriba de manera muy poco atractiva y ella debía subirse los tirantes continuamente, pues no poseía envergadura para que se le sostuviesen solos. Finalmente, una cinta de color diferente que el vestido intentaba ceñírselo, provocando muchas arrugas en torno a la cintura.

La chica tenía la vista fija en el suelo y no la levantaba apenas, como si creyera que, por no tener aquel antro en su campo de visión, no se encontraba realmente allí. Por esa razón, porque no se iba a fijar en él de todas formas, Josiah se puso a mirarla sin pudor, como se mira a una hermana. La chica estaba jugando con un vaso que alguien había tirado al suelo, haciéndolo rodar bajo su diminuto pie como si fuera un diábolo.

Detrás de Josiah, un maloliente y obeso cincuentón sin afeitar estaba gritando con voz de cazalla, completamente borracho. Tenía gruesos bigotes y su chaleco y pantalones estaban casi blancos de polvo. Josiah, asqueado, estaba por cambiarse de mesa, pero en ese momento vio cómo, entre risotadas, el hombre empezaba a dar zancadas inestables hacia el rincón de la chica. Sin saber lo que hacía, impulsado por un resorte más fuerte que su timidez, Josiah se levantó a su vez y, con la agilidad de su juventud, llegó antes hasta Lucy y la tomó del brazo. El gordo protestó. Él la había visto primero, farfulló. Josiah no contestó. Se limitó a mirar con descaro su repugnante cara cubierta de chirlos y a hincar las yemas de los dedos en el brazo de la chica.

Por poco se organiza una pelea. Los amigos del gordo acudieron a ponerse de su lado y lo mismo hicieron los de Josiah. Los que lo tenían pusieron la mano sobre el mango de su revólver, pero en ese momento llegó el matón contratado por el dueño, un antiguo cazarecompensas que ahora se ganaba la vida echando a la calle borrachos y pendencieros, sin casi nunca tener que apretar el gatillo. First come, first served, sentenció el bouncer. Así que la chica era para Josiah. Pero no había que preocuparse, apuntó a

continuación, cada hombre tenía derecho a media hora y la noche era muy larga.

Josiah pagó en la barra del bar y subió por las escaleras con la chica todavía asida firmemente del brazo: parecían la novia y el novio, en procesión hacia el altar. Los amigos de Josiah daban agudos gritos de júbilo, al verle por fin descender a los infiernos. Entraron en la habitación y Lucy se desembarazó de aquel molesto agarre con un tirón y una mueca y fue a sentarse en el borde de la cama. Luego lo pensó mejor y se acomodó en una silla que había junto a la ventana.

La habitación era pequeña. Una cama de hierro, deshecha por los anteriores clientes. Una mesita de noche, desportillada. Un pequeño tocador de madera con espejo ovalado. Un sillón desvencijado y unas puertas adornadas con una celosía de madera, que daban a un pequeño balcón. Josiah permanecía de pie en el centro, sin saber qué hacer. A su mente acudió el juramento hecho a su madre, las voces de sus compañeros, jaleándole al pie de la escalera y las conversaciones obscenas en el granero de la finca, donde había aprendido todo lo que se debe saber y casi todo lo que no se debe saber. Finalmente optó por sentarse en el sillón y cruzar las piernas, mientras sus dedos tamborileaban sobre los reposabrazos.

—What is your name? —preguntó por fin.

Un molesto silencio recibió la pregunta. Lucy, contestó después de casi un minuto, sin atreverse a levantar la vista del suelo. La otra pregunta que se le ocurrió era «qué haces aquí», pero eso era evidente, así que se calló, se hundió más en su sillón y buscó instintivamente su vaso de güisqui, hasta que recordó que lo había dejado abajo, en su mesa. El sonido de la pianola y de los chillidos animalescos se filtraba, como si fuera humo, a través de las tablas del suelo, mientras pasaban los minutos.

—Time's up! —gritó desde fuera una voz amanerada.

Se abrió la puerta de golpe, pero nadie entró. Josiah se levantó como se levanta un niño en clase cuando el profesor le llama a la pizarra. Antes de salir giró la cabeza y miró a Lucy. En sus temerosos ojos Josiah creyó descubrir una súplica impronunciable.

En las escaleras que llevaban al piso inferior Josiah se cruzó con el gordo maloliente, que le saludó con un gesto lujurioso y una risotada. Una vez abajo sus amigos lo rodearon, palmeándole la espalda y exigiéndole un informe pormenorizado de su hazaña. Él se deshizo de ellos y salió. Se sentía mal pero no sabía por qué. Caminó unos minutos por la arena del desierto que cubría la calle, hasta que se vio atraído por una música de guitarra. Trató de orientarse y la siguió hasta el portal de una casa de una sola altura, donde había un grupo de cinco o seis mejicanos envueltos en sus sarapes, con amplios sombreros colgándoles a la espalda. El que tocaba estaba sentado en un taburete bajo y, a su lado, una mujer joven se balanceaba suavemente en una mecedora, mientras sostenía a un niño de unos cinco años que dormía en su regazo, con los brazos alrededor de su cuello. El resto permanecía en cuclillas, apoyados contra las vigas de la casa o con las piernas cruzadas, a lo indio. Aquella escena y aquella música entristecieron profundamente a Josiah, por el contraste tan marcado con la machacona y pegadiza melodía que se repetía una y otra vez en la pianola y los gritos de los vaqueros blancos, ansiosos de olvidar el cansancio de la semana con las cartas, el licor y las mujeres.

Josiah regresó al saloon en el momento en que el gordo maloliente bajaba las escaleras, mientras se abrochaba ostentosamente los pantalones. Josiah evitó su mirada, pagó nuevamente en la barra y subió otra vez al piso superior. Abrió la puerta de la habitación que ya conocía y penetró en la estancia. Lucy estaba sentada en la cama, sobre las sábanas revueltas, en camisa y enaguas. Tenía el peinado deshecho, la cabeza entre las rodillas y sollozaba fuertemente. Josiah cerró la puerta y se quedó allí parado, consciente de que ella no lo había oído entrar. La chica siguió llorando un buen rato hasta que se levantó, avanzó dos pasos y se dio la vuelta buscando a tientas dónde apoyarse. Al verlo a él, dobló el cuerpo hacia adelante y se cruzó las manos delante del pecho. Entonces él levantó las palmas de las manos, como indicando que no le iba a hacer nada. Ella seguía en la misma postura, hasta que él comprendió y se puso de cara a la pared. Detrás de él se oyó el crujido de un vestido.

—Are you done? —preguntó tras un par de minutos.

Lucy no contestó, pero cuando él juzgó que la chica ya debía de

haberse puesto la ropa, se volvió hacia ella. Tenía todo el traje descompuesto y el maquillaje corrido. Parecía aún más niña que antes. Una niña a la que hubieran pillado por sorpresa haciendo algo malo. Ella le miraba de modo interrogante, sin saber qué esperar. Por último, Josiah se sentó de nuevo en el sillón y empezó de nuevo a tamborilear con los dedos en la tela que lo recubría. Entonces la chica se derrumbó en la silla, escondió la cara entre las manos y volvió a llorar con fuerza. Josiah se puso a mirarla y, sin saber la razón, se sintió culpable. ¿Culpable de qué? Él no había hecho nada. Como confirmando sus remordimientos, Lucy calló súbitamente y fijó en él sus ojos de modo acusador, apretando los labios y tragando saliva.

—Time's up! —volvió a oírse desde fuera.

Entonces Josiah se levantó de un bote y sin esperar a que se abriese la puerta, la abrió él. Enfrente estaba el dueño del local, un hombre delgado y bajito, de mediana edad, vestido como un dandy, con un ridículo bigotillo de hombre de mundo. Llevaba entre los labios una larga boquilla de marfil y, sobre el chaleco, una cadena de reloj plateada. Sin mediar palabra Josiah le cogió la mano y puso sobre ella unas monedas. Seguidamente cerró la puerta y se apoyó contra ella, pasándose la mano por la cara, para liberar tensión.

Así continuó toda la noche. Cada vez que avisaban de que el tiempo se había acabado, Josiah pagaba un nuevo turno y, entre tanto, se quedaba sentado en su sillón, mirando de soslayo a Lucy que, a su vez, tenía la vista fija en el suelo y sólo muy de vez en cuando la levantaba para mirarlo a él.

Al amanecer del domingo, cuando los aullidos de abajo se hubieron apagado, entró una anciana mejicana a limpiar y despertó a Josiah y a Lucy, que se habían quedado dormidos cada uno en su asiento. Josiah volvió a ponerse en pie inmediatamente, aunque tuvo que abandonar su pose marcial para estirarse y bostezar. Sus bostezos contagiaron a Lucy, que también se desperezó. Josiah se sonrió y Lucy le devolvió la sonrisa.

Josiah volvió solo al rancho, donde pasó casi todo el día durmiendo. Sus compañeros lo despertaron varias veces para que les contase con pelos y señales las proezas de virilidad que, por

fuerza, tenía que haber realizado aquella noche. Sin embargo, él, simplemente, se daba media vuelta y seguía roncando. La semana siguiente trabajó con la misma intensidad de siempre pero no podía quitarse de la cabeza a Lucy: su fugaz sonrisa y aquella mirada de fiscal que se le había clavado en el estómago. Tampoco concilió mucho el sueño durante esos días, pues veía a Lucy en cada llama de vela, en cada viga del techo: Lucy en el saloon, Lucy arrinconada tras un pilar de madera, Lucy tratando de pasar desapercibida, Lucy atrapada por una bestia inmunda, Lucy llorando.

El siguiente sábado, Josiah llegó al pueblo con los demás, pero no pasó por la oficina bancaria, como acostumbraba, ni por la de correos. Fue directamente al bar, con los bolsillos repletos. Subió al piso de arriba y llamó con decisión a la puerta del dueño. Le abrió la puerta él mismo y pasó al interior, una habitación decorada excesivamente, con pésimo gusto. Le preguntó cuánto costaba estar con una sola chica toda la noche, todas las noches de la semana. El dueño puso cara de extrañeza y Josiah tuvo que explicarse. Dijo que quería a Lucy para él solo durante toda la noche, los siete días de la semana y que, si algún día él no venía, quería que nadie la tocase, pues al fin y al cabo estaba pagando por ella. El dueño no salía de su asombro, pero se sentó detrás de su escritorio, sacó lápiz y papel e hizo los cálculos. Cuando anunció la cantidad, un calambre le recorrió a Josiah por el espinazo: era más de lo que ganaba cada semana. Está bien, anunció. Espere aquí un momento. Josiah bajó corriendo al piso de abajo y allí, en un aparte, pidió la cantidad que faltaba a uno de sus compañeros, que se la dio sin entender de qué iba a aquello, pero sabiendo que Josiah tenía ahorros en el banco.

Josiah volvió arriba y depositó con algo de pedantería el fajo de billetes encima de la mesa de aquel vendedor de carne. Luego fue hasta la habitación en la que había estado la semana anterior y allí se sentó a esperar. Lucy llegó tras unos minutos. Parecía que hubiera envejecido veinte años. Venía fumando con desgana un pequeño cigarro puro, tragándose el humo y expulsándolo luego por la boca y la nariz. Llevaba un vestido distinto al que él conocía, que le venía muy ajustado y que dejaba ver mucho más de lo que Josiah deseaba. Tenía la misma montaña de pelo encima de la cabeza, para tratar de parecer mayor, y el maquillaje acentuaba aún más su profesión.

Josiah se irguió cuando ella hubo entrado, por educación. Ella le miró directamente a la cara. Había desaparecido completamente la inocencia y el temor que creyó distinguir la semana anterior. Josiah volvió a sentarse, decepcionado y confuso. Lucy empezó a pasear por la habitación, mirándose al espejo, tirando ceniza al suelo, colocándose las medias. Luego pareció recuperar la conciencia de que él estaba también en la habitación. Arrojó el cigarro al suelo, lo pisó sobre la alfombra y empezó a hacer poses sensuales y arrumacos estúpidos. Josiah se levantó otra vez, se la sacó de encima y caminó hasta la esquina opuesta. Tras un primer instante de sorpresa, Lucy estalló en una carcajada feroz y desafinada. A continuación, todavía con Josiah vuelto de espaldas, Lucy salió de la habitación, dando un fuerte portazo.

Cinco minutos después, Lucy volvió a entrar, arrastrada por el dueño, después de haberle explicado a gritos el arreglo al que había llegado con Josiah. Lucy resoplaba con fuerza para hacer ver su enfado y a causa del corpiño tan apretado que llevaba puesto. Se llegó hasta la silla donde había estado sentada la primera vez y allí se dejó caer de modo que la silla casi se parte.

Al ver que la chica se tranquilizaba, Josiah volvió a ocupar su sillón y volvió a tamborilear con los dedos sobre los brazos, sin saber qué hacer. Miró a Lucy. Esta había sacado del bolsillo una pequeña lima y se estaba arreglando las uñas. Josiah tuvo una idea.

—Let's go.

—What?

—We're leaving.

Y tomándola del brazo, Josiah la levantó casi en volandas y salieron de la habitación. Bajaron por las escaleras, donde fue saludado con una descarga de silbidos de sus amigos. Él no los miró siquiera y, siempre agarrado del brazo de Lucy, salieron por la puerta.

Alejarse del ruido del saloon tuvo para los dos un efecto balsámico. Allí dentro daba la impresión de que ninguna brutalidad tuviera importancia. Fuera, el frío de la noche parecía recordarles quiénes eran y de dónde venían. Las estrellas se les antojaban testigos de sus

actos y el ruido de sus pasos sobre la arena, el segundero de un reloj.

Sin soltarla, Josiah caminó al lado de Lucy por la silenciosa avenida principal hasta que encontró lo que quería: el rasgueo de la guitarra que había escuchado hacía siete días. Acelerando el paso, Josiah llevó a Lucy hasta allí y, quedándose medio escondidos en la sombra, tras una esquina, se pusieron a escuchar. El guitarrista seguía sentado en su taburete; los mejicanos, arrebujados en sus ponchos, seguían a sus pies y la madre con su hijo seguía meciéndose al compás de la música.

Josiah recuperó poco a poco la paz. Pensó cómo sería la vida de aquellos pobres mejicanos. Atrapados en un país que ya no era el suyo, con patrones que hablaban una lengua que no era la suya. Madrugando para ir a vender la fuerza de sus brazos en las haciendas cercanas. Viviendo al día, con lo justo. Regresando a casa por la noche para comer algo caliente y sentarse a escuchar la guitarra. ¿Valía menos esa vida que la que llevaba él, que la que llevaban las decenas de hombres que había en el saloon, deslomándose también, pero cobrando el quíntuple, para gastarlo después en alcohol y poder olvidar lo penoso de su existencia? Josiah giró distraídamente la cabeza y encontró la de Lucy muy cerca de la suya, casi rozándola. Dos lágrimas gruesas y consoladoras le corrían por las mejillas.

Siguieron escuchando hasta que los mejicanos se recogieron para ir a dormir, despidiéndose unos de otros con abrazos y besos y muchos «vaya-con-Dios». Josiah y Lucy se pusieron a andar, sin tocarse, con la cabeza gacha, pensando cada uno que les gustaría estar en la cama después de haberse bebido un vaso de leche caliente con azúcar o quizá con miel. Llegaron al saloon y, sin prestar atención a la algarabía reinante, subieron a su habitación —su habitación—, que nadie tenía derecho a ocupar a partir de entonces. Se sentaron cada uno en su sitio y, sin ganas de hablar, poco a poco, se fueron quedando dormidos.

A la mañana siguiente volvió a despertarles la misma señora de la limpieza. Josiah estaba en el sillón, donde había adoptado una postura inverosímil. Lucy estaba tumbada en la cama, tapada con la colcha, pues allí se había trasladado, sin darse cuenta, en algún

momento de la noche. Josiah se desperezó, sacudió su sombrero contra las rodillas, como hacía siempre en el rancho, y se despidió con una sola mirada de Lucy, que se había vuelto a sentar y había recuperado en parte la apariencia de adolescente risueña que le correspondía.

La semana transcurrió con la misma monotonía agotadora de siempre, pero Josiah ya no tenía en su cabeza la imagen de Lucy semidesnuda y dolorida sobre la cama, de Lucy arrojándole una mirada de reproche cuando él se iba y la dejaba a merced de lo que viniera. Ahora veía a Lucy llorando tranquila mientras escuchaba una tonadilla que hablaba de amor.

El sábado llegaron al pueblo otra vez todos juntos. Josiah participaba de la alegría del resto, pero por motivos distintos. Pasó por el banco para retirar algo de dinero con el que saldar su deuda y completar lo que costaba comprar a Lucy durante la semana entrante. Subió con ansia las escaleras del saloon y, sin llamar siquiera a la puerta, entró en el despacho del dueño para dejar sobre la mesa la suma convenida. Luego, sintiendo ganas de reír, entró en el cuarto asignado.

Lucy le estaba esperando, sentada en su silla, con las rodillas juntas y los pies girados hacia adentro. Ya no llevaba puesto un vestido de aventurera, sino el propio de una chica de su edad, de procedencia modesta: un vestido gris, bajo el cual se veían unos leotardos de lana y sobre el que se había puesto un mandil blanco e impoluto, como el que llevaría cualquier dependienta a las siete de la mañana. Además, se había recogido el pelo en dos coletas que se unían en la nuca, dándole todavía más el aspecto de colegiala.

Ella se levantó un momento, pero volvió a sentarse cuando lo hizo él. Se sonrieron. Miraron después a su alrededor, distraídamente, al mobiliario que ya les era tan familiar. Seguían sin tener nada que decirse, pero había desaparecido la tirantez de los días pasados. Volvieron a sonreírse. Entonces él hizo el gesto de tocar una guitarra y ella dio una pequeña risita, asintiendo. Salieron del saloon cogidos de la mano y entraron en un ultramarinos, donde él compró un par de empanadas de carne y un par de botellas de tequila. Fueron hasta la casa donde habían visto a los mejicanos la última vez y llamaron a la puerta. Les abrió la mujer que el otro día

llevaba en brazos al niño. Ellos le sonrieron estúpidamente y ella los miró sin comprender. Entonces él, pasándole los paquetes a Lucy, volvió a hacer el gesto de tocar la guitarra. La mujer se rio y los dejó pasar. Estaban a punto de cenar y Josiah puso encima de la mesa las empanadas y las botellas. Los mejicanos dieron un grito de sorpresa y se llevaron las manos al pecho, agradecidos: pocas veces podían añadir algo al puré de maíz que tomaban tres veces al día. Josiah y Lucy se sentaron juntos. Enfrente, el guitarrista y su hijo. La madre, presidiendo el conjunto. La mujer pronunció una bendición mirando a un pequeño crucifijo que tenían colgado de la pared. Luego comieron hasta reventar, la madre regañando continuamente al niño, que comía a dos carrillos, con la boca abierta. Lucy y Josiah se lo pasaron en grande.

Cuando hubieron terminado destaparon una de las botellas de tequila y, poco después, llamaron a la puerta. El padre fue a abrir. Eran los mejicanos de siempre, con sus ponchos. Salieron todos al pequeño porche. La madre insistió en que Lucy ocupara la mecedora, pero ella se negó, así que sacaron una silla más y Josiah se sentó entre los mejicanos abrazándose el cuerpo porque, realmente, hacía frío.

Estuvieron allí hasta bastante después de que el niño se durmiera en brazos de su madre. Luego esta hizo un gesto que todos los mejicanos entendieron y empezaron a ponerse en pie y a despedirse. La madre besó a Lucy y le dijo en español que volvieran siempre que quisieran. Lucy dijo a todo que sí, sin entender una palabra.

Ni Lucy ni Josiah tenían ganas de volver al saloon, así que siguieron caminando lentamente hasta la salida del pueblo. Allí estaba plantada una cerca de madera a la que Josiah ayudó a Lucy a subir, sentándose luego a su lado. Se pusieron a escuchar embobados los sonidos del desierto: un arbusto zarandeado por el viento, un lagarto escondiéndose tras una piedra, el relincho de un caballo soñoliento. Josiah hizo acopio de valor y le preguntó a Lucy de dónde era. En realidad, ella no lo sabía. Sabía que había nacido a cinco días en carreta de allí, hacia el este. Sus padres venían de algún país de Europa que ella no conocía y en casa hablaban su propia lengua, no el inglés. Por eso a Lucy le costaba tanto

expresarse y tenía un aire más taciturno del que hubiera tenido en otro caso. Su padre había ganado un trozo de terreno en una carrera organizada por el Gobierno, pero allí no crecía nada y los cerdos apenas tenían qué comer. No había tenido hermanos y sus padres habían muerto, primero él y luego ella, de agotamiento. Tras enterrar a su madre había hecho un hatillo con su ropa y había caminado dos días hasta el pueblo más próximo, donde se rieron de su escritura de propiedad, que nadie quería ni regalada. Tras estar dos días más sentada, sola, en la estación de tren, decidió entrar en el saloon, donde había oído que necesitaban chicas. Allí, le dijeron, estaban al completo, pero podía ir más al oeste y labrarse su futuro. Eso era todo.

Josiah dejó pasar un par de minutos. A continuación, dijo que él no sabía de dónde venían sus padres. Le parecía que siempre habían vivido todos en una pequeña granja cerca de un río. Eran tres hermanos. Su padre era muy grande y fuerte. Su madre les hacía tartas de manzana y les daba besos. Él nunca había ido a la escuela, pero su madre les había enseñado el abecedario los domingos, usando una pequeña pizarra. Desde que tuvo edad para ello ayudó a su padre en el campo y no lo hacía mal —apuntó, con un deje de jactancia—. Luego su padre empezó a beber. Fue porque durante dos años seguidos la cosecha había sido mucho peor de lo que se esperaban, pero a partir de entonces fue aún peor. Luego el pequeño contrajo la polio y a partir de entonces necesitó muletas. Eso acabó con su padre. El mayor se casó con la hija de unos vecinos y se fue al oeste, desde donde también mandaba algo de dinero. Él no podía atender solo a toda la granja, así que la vendieron y él se fue a trabajar con el hombre con el que estaba ahora. Eso era todo.

Siguieron allí sentados, con el pueblo a sus espaldas, sin que hasta ellos llegara ningún bramido, ninguna blasfemia. Parecía que allí, sobre aquel vallado, no les podía pasar nada malo, pero al fin el frío pudo con ellos y regresaron a su habitación, donde se echaron a dormir: Josiah en el sillón, tapado con una colcha y Lucy en la cama, vestida, arropada con las sábanas.

Durante la semana siguiente, Josiah estuvo muy distraído y le reconvinieron más de una vez. Estaba haciendo planes. Calculaba

cuánto costaría construir una pequeña cabaña al lado del barracón de los trabajadores. Lo habló con su jefe, que al principio dio un no rotundo. Josiah, altanero, se alejó y no dijo nada en un par de días. Luego volvió a la carga, comiéndose su orgullo. Explicó la situación, prometió que aquello no se inmiscuiría en el desempeño de sus deberes y que a partir de entonces trabajaría más aún, si cabe. El capataz terminó por ceder. Al sábado siguiente Josiah sacó de su baúl el traje de ir a la iglesia, que nunca se ponía. Sus compañeros casi se murieron de la risa y se hicieron guiños cómplices unos a otros. Cabalgaron hasta el pueblo, dejándole a él el lugar de honor y pasándole frecuentemente la botella de güisqui.

Ya en el pueblo, pasó por el banco y también por el ultramarinos, donde tenían un armarito con bisutería. Se hizo enseñar todos los anillos que guardaban, hasta quedarse con uno de latón, que a su juicio brillaba lo suficiente. Echándole aliento y limpiándolo con un pañuelo, lo guardó en la pechera. Compró provisiones y subió a la habitación del saloon. Allí estaba Lucy, esperándole de pie, con el mismo vestido de aldeana y un pañuelo en la cabeza. Lucy admiró su traje y Josiah se hinchó como un pavo. Estuvieron un rato contándose tonterías sobre cómo un caballo le había pisado un pie a Josiah el martes y cómo él le había dado una buena patada en el culo, en represalia. Ella le contó que las demás chicas la miraban con envidia.

Cuando calculó que había llegado la hora, Josiah volvió a hacer el gesto de tocar la guitarra y bajaron con los paquetes. La madre mejicana les volvió a recibir con grandes abrazos y les mostró los tamales que tenían esa noche para cenar. Estaban deliciosos, aunque Lucy no había probado nunca nada tan picante, y tras el primer mordisco su cara se ruborizó y tuvo que echar mano del agua, provocando las chanzas de los otros. La música fue igual de bonita y la sensación de desahogo, aún más pronunciada. Cuando se despidieron, Josiah y Lucy volvieron a tomar el camino que llevaba al final del pueblo, instintivamente. Allí se sentaron sobre la misma valla y se quedaron callados. Por fin, Lucy le repitió con monosílabos que hoy iba muy elegante. Josiah, por toda respuesta, sacó el anillo y se lo enseñó. Lucy le echó un vistazo sin mostrar sorpresa, pero no lo cogió. Dejó pasar unos segundos y luego dijo:

—I'm a whore.

—No, you're not —le contestó Josiah, con el brazo todavía estirado, ofreciéndole el anillo.

Lucy lo tomó por fin y lo dejó en la palma de su mano.

—I'm a whore —volvió a decir, Lucy, a punto de llorar.

—No, you're not —volvió a decir Josiah, esta vez tomándola de la muñeca, que apretó mucho con su mano izquierda.

Entonces él la soltó y ella se puso el anillo, recostándose entonces sobre Josiah, que le pasó el brazo por los hombros.

Quedaron en que la boda sería el próximo domingo, en la iglesia del pueblo, que regentaba un predicador cualquiera de una iglesia protestante cualquiera. Él ya no volvería el próximo sábado. Quedarían en la iglesia, donde se casarían con los mismos trajes que llevaban ahora, para ahorrar dinero. Luego él se la llevaría al rancho, donde vivirían juntos. Un último trámite: Josiah tendría que pagar una especie de "rescate" al dueño del saloon, por los gastos empleados en el cuidado y la manutención de Lucy.

El dueño del saloon, además, estuvo quejándose toda la semana, porque las chicas no se concentraban en su trabajo. No dejaban de hacer corrillos alrededor de Lucy, chismorreando acerca de lo que se pondrían en la boda, haciéndole y deshaciéndole a Lucy el moño reglamentario, delante del espejo, dándole a probar pendientes y peinetas, haciendo cábalas sobre el futuro de cada una, que la mayoría pintaba de color de rosa.

***

Ya estaban todos en la iglesia: las prostitutas y los mejicanos. La gente decente había decidido no asistir a un acto tan poco corriente. Lucy no llevaba su sencillo traje de pelar patatas, sino un precioso vestido blanco, cerrado en el cuello, que le había prestado la esposa

del predicador y que ella misma se había puesto en su boda, cuando tenía más o menos la edad de Lucy. Esta nunca se había sentido tan importante, a la puerta del rústico templo, rodeada de sus compañeras, sosteniendo el preceptivo ramo y viendo a los niños perseguirse y lanzarse arena, impacientes, delante de la entrada.

A lo lejos se vio el polvo de una carreta. Ya llegaba el novio y a Lucy comenzó a latirle con fuerza el corazón: tener un marido, volver a tener casa, volver a recibir besos sólo de alguien que te quiere, dormir por la noche y trabajar durante el día… La carreta venía muy deprisa y se detuvo con un fuerte tirón de riendas y un derrape de varios metros. El conductor se apeó de un salto y corrió a la parte de atrás, donde nadie vio lo que estaba haciendo. Luego, con un grito apresurado, mandó a Lucy que se acercase. Lucy tiró el ramo al suelo, se recogió el bajo del traje y echó a correr. Tumbado sobre las tablas del carro, sin una mala manta que lo cubriera, yacía Josiah, que se tapaba con ambas manos el estómago, de donde brotaba mansamente sangre oscura. Josiah levantó un poco la cabeza y le sonrió. Luego apartó la mano derecha, la estiró hacia ella y la abrió a medias. Dentro, flotando en un pequeño charquito de sangre, había dos anillos dorados.

Una borrachera más desenfrenada de lo habitual, celebrando la despedida de soltero. Unas bromas chabacanas dichas a cuenta de la novia a la mañana siguiente, cuando la resaca no te deja pensar. Un duelo improvisado entre un pistolero avezado y un niño que apenas sabía sostener un colt.

Josiah seguía sonriendo y seguía con el brazo levantado. Alguien gritó, llamando a un médico. Una de las compañeras de Lucy empezó a hacer tiras de su refajo y a ponérselas a Josiah sobre la herida. Era como echar papel secante a un río: los trozos de tela se volvían de un rojo negruzco nada más tocar el cuerpo de Josiah. Este no apartaba los ojos de su prometida. Parecía satisfecho de haber aguantado el traqueteo de la carreta desde el rancho y de haber justificado ante ella su ausencia en la boda. Finalmente tomó aire, como si fuera a decir algo y comenzó a echar esputos negros por la boca, primero con fuerza, luego más y más débilmente, hasta que dejó caer la cabeza hacia un lado, sin cerrar los ojos.

Lucy no dijo nada, no había alterado un ápice su inexpresiva cara

durante la agonía. ¿Qué le quedaba ahora? ¿Qué podía hacer?, sólo seguir vendiendo, por dos dólares, lo que Josiah había pagado con su vida.

Tomó en su mano izquierda, sin asco, los anillos ensangrentados y con la derecha cogió el revolver de Josiah, que estaba tirado al lado del cuerpo. Nadie osó detenerla. Arrastrando el vestido de novia por la arena y dejando a su paso pequeñas gotitas de sangre que caían de los anillos, Lucy se dirigió al saloon. Varias parejas se apartaron de su camino al verla pasar, con la cara lívida y los ojos entrecerrados. Desde la iglesia, todos pudieron verla entrar por la puerta principal, que daba al bar. Unos segundos más tarde, súbitamente, la pianola dejó de tocar. Pasado un minuto se oyó un tiro, un disparo seco que procedía del piso superior. Se oyeron después algunos gritos y un nuevo disparo.

Una ráfaga de soledad atravesó el pueblo. Un hombre salió corriendo del saloon, sujetándose el sombrero con la mano. El predicador y su mujer se llevaron a la frente sus libros de salmos y varias madres mejicanas tomaron en sus brazos a los niños que antes estaban jugando, mientras esperaban el comienzo de la ceremonia.

Facones sobre la hierba

«Pegué un brinco y abrí cancha diciéndoles: caballeros, dejen venir ese toro. Solo nací… solo muero».

(José Hernández, Martín Fierro)

Los dos habían nacido en el mismo arrabal de Buenos Aires. Los dos habían tenido por comadrona a la misma vieja verrugosa. Los dos habían aprendido su lengua materna antes que el lunfardo. Sus padres también habían llegado a Argentina en el mismo barco, emigrantes pobres de Silesia que no lograron salir de la miseria en el Nuevo Mundo, malviviendo con diversos oficios y soportando las miradas altivas de los criollos pudientes. En la familia del polaco eran judíos askenazíes, pero, aparte de circuncidar a su hijo, no le habían educado en ninguna de las tradiciones y ritos de la ley mosaica. En la del alemán eran luteranos, pero habían dejado atrás su biblia y su cantoral, sin dar a su hijo más formación que un cierto prejuicio hacia todo aquel que vistiera sotana. Los dos eran amigos del alma, con la amistad que se forja al pasar hambre juntos, al compartir cama y roña y al planear fechorías por las que ambos recibirían un mismo castigo.

No tardaron en destacar entre el grupo de arrapiezos con el que solían juntarse para organizar pedreas contra los pibes de barrios rivales. Insultaban mejor, tenían mejor puntería y estaban más dispuestos a jugarse el tipo ante los fruteros a quienes desvalijaban, para comerse luego sus presas con los pies colgando del malecón. Sin embargo, el polaco tenía un liderazgo natural que el alemán respetaba, aunque, secretamente, sintiera a menudo una punzante envidia. No podía soportar que nadie pusiera en entredicho el mando de su amigo, pero por dentro anhelaba ser como él, tener esa voz ya grave que podía escucharse de un extremo a otro del

muelle, esos puños que habían gustado tantas veces la sangre de la boca, esas piernas con las que podía escapar de cualquier adulto, no importa cuántas veces.

Ambos compartían también dos pasiones iguales, dos mismas obcecaciones: la primera era Rosita, la hija de un tendero acomodado, que ayudaba a su padre detrás del mostrador y que era tres años mayor que ellos. Rosita estaba prácticamente formada como mujer, sin que ellos en su inocencia supieran describir qué era lo que los enloquecía de ella. Tenía el pelo muy negro, casi azul y tremendamente rizado. La cara pálida y los ojos claros, como implorando amparo, o eso era lo que a ellos se les antojaba.

La cortejaban juntos sin haber adquirido todavía la madurez necesaria para entender la monogamia o sentir celos el uno del otro. Así que no había correría de la que no volvieran para pavonearse ante ella y dejarle encima de una repisa alguna prenda o parte del botín: dos naranjas, una cinta para el pelo, un guante huérfano. Rosita les sonreía y se burlaba de ellos y ese medio desprecio formaba parte del misterio de su atractivo.

El otro imán de sus dos almas parejas eran las armas con filo, que les cautivaron desde la primera vez que vieron a un desgraciado sujetándose el vientre que se le iba a chorros; desde la primera vez que presenciaron cómo dos desesperados, con la refulgente cuchilla retrasada y presta, buscaban algún hueco por el que segar una vida; desde la primera vez que sintieron el vértigo del dolor ajeno, gustando el calor de la herida en el mango que se hinca.

Se dejaban seducir por las luchas a muerte entre marineros borrachos y rufianes de taberna, pero también por las de los gauchos venidos de la pampa para vender ganado y que se entretenían visteando. Les fascinaba ese ágil baile de cuerpos en tensión, el vuelo de las hojas rasgando el aire una y otra vez hasta que conseguían encontrar la carne, hasta que uno de los dos pedía clemencia, hasta que llegaba la policía o hasta que al vencido lo tapaban con una sábana y se lo llevaban a la morgue en un carromato descubierto.

Los dos aprendieron a manejar el cuchillo como cualquier otro muchacho, con palos tiznados. Practicaban entre ellos o con otros

rapaces de la banda, aunque para los encontronazos serios siguieron prefiriendo los cantos rodados, al menos durante un tiempo. Llegó a convertirse en una obsesión. Se levantaban, daban un beso a sus padres —o un gruñido— se metían en la boca un trozo de pan duro y salían a la calle sin ninguna intención de ir a la escuela. Acudían más bien a ciertos patios traseros donde sabían que nadie los molestaría. Allí chamuscaban la punta de una rama o listón y se emparejaban para imitar los duelos de los mayores. Se enroscaban en el brazo izquierdo una camisa o una manta vieja y se acechaban saltando hacia delante, hacia atrás, blandiendo sus inofensivas armas e imaginándose que eran combates a vida o muerte, donde perder el honor o la hombría era mucho más grave que perder la vida o el alma. Los dos destacaban en esto como destacaban en todo lo demás, pero el polaco era aún más hábil que el alemán y por ello este lo quería, lo admiraba y, a veces, le hacía llorar.

Los buques llenos de campesinos y obreros venidos de Europa llegaban, vomitaban su carga de esperanza y se marchaban una y otra vez. Los años pasaron y los dos crecieron siempre al borde del peligro, del delito, de la piedra y la navaja. Rosita creció también y la edad sólo pudo hacerla más insoportablemente bella. Lo único que había cambiado es que ellos ya no vestían pantalón corto y que la calidad de sus regalos había aumentado: un frasco de perfume francés de contrabando, un abanico, unas medias de seda. Ella seguía tratándolos como lo que eran: unos niños engatusados que reclamaban su atención.

Una tarde, al entrar ilusionados en su tienda de abastos, llevando en un bolsillo el nuevo tesoro que pensaban ofrendarle, la encontraron atendiendo a un mozo delgado, de bigote puntiagudo y blanco foulard al cuello, que vestía con elegancia un planchadísimo traje de sastre de tercera. Al día siguiente se volvieron a topar con él y al otro y al otro. Venía simplemente a sonreírle, a decirle buenos días, a comprar cordones que no necesitaba para que ella se los envolviera en papel de estraza y así le rozara las palmas de las manos, al darle las vueltas.

Se sintieron príncipes destronados e hicieron indagaciones. Se trataba del hijo de un gallego y era escribiente en una naviera. Desde el primer minuto le juraron odio eterno porque se daban

cuenta de que Rosita, con ellos, era natural, alegre y respondona; con él era tímida, torpe e insegura. Sentían que un rival amenazaba su territorio y no podían soportarlo. Le echaban miradas que hubieran desencadenado una pelea en cualquier otro lugar. Le decían hola y adiós con retintín, como si fuera la más grave de las chanzas, esperando provocarle. Pero él no se sentía aludido. Él sólo tenía ojos y manos y pecho para ella.

El compromiso fue una noticia alegre en el barrio. Para ellos, un mazazo. Todo el mundo quería a Rosita. Pero ellos no querían a Rosita. Ellos idolatraban a Rosita, soñaban con ella, se batían pensando en ella, imaginando que la estaban protegiendo de algún villano, que estaban defendiendo su buen nombre, su virtud, su vida. Se sintieron traicionados. Tiraron a una cloaca los dos últimos regalos que habían afanado para ella y se fueron a sus casas. Pasaron la siguiente semana cada uno por su lado, dando patadas a los gatos, escupiendo en las esquinas y paseando con las manos en los bolsillos hasta que sentían demasiada hambre para continuar en la calle.

Entonces unos pescadores encontraron el cuerpo del gallego en una playa cercana. Faltaban sólo tres días para la boda. Llevaba puestos unos pantalones grises y unos zapatos de charol. Ni chaqueta ni camisa. Y justo encima del ombligo un corte, un solo corte por el que se le habían escapado sus veintidós años. El alemán y el polaco oyeron los gritos de Rosita cuando oyó que habían destripado a su novio. Ya tenía el vestido blanco, ya tenía el ajuar, ya tenían una buhardilla donde pensaban meterse en cuanto pronunciaran los votos. Fueron gritos de hembra a la que han arrebatado su cría, gritos de madre a la que han matado a su hijo, gritos de mujer repudiada a la que han roto el cuento de hadas que se había ido escribiendo.

Durante los días que siguieron, el alemán y el polaco se vigilaron mutuamente sin llegar nunca a encarar el tema directamente, los dos esperando que el otro confesara. La muerte no era algo nuevo para ellos, pero era la primera vez que les tocaba tan de cerca. El alemán siguió mirando al polaco con la admiración acostumbrada, pero el polaco empezó a mirar al alemán con otros ojos, creyendo descubrir en él cualidades antes ocultas.

Todos los días se acercaban por la tienda de Rosita. Lo hacían mecánicamente. Había desaparecido el obstáculo y ya todo podía volver a la normalidad. Pero ambos sabían que ya nada sería igual. La tienda cerró durante una semana y, cuando abrió de nuevo, sólo el padre de Rosita servía a los clientes. Ella ya no estaba allí con su sencillo mandil, sus ojos claros y sus rizos de desvarío. Se había metido en la cama y se negaba a salir, a hablar, a comer.

Fue la madre la que halló el guiñapo tieso colgando del techo. Todos dijeron que se la podía enterrar en sagrado, que Rosita había perdido el juicio desde la desdicha y no había obrado por desesperación sino por demencia. A ellos no les importaban las explicaciones ni dónde estaba ahora Rosita. Su diosa había muerto. Su becerro de oro.

Tras la primera sorpresa tuvieron que buscar un culpable. Lo encontraron ambos inmediatamente y diecisiete años de amistad desaparecieron como por ensalmo, dando paso al deseo de venganza, pero también al deseo de morir, de dar al traste con todo, de terminar rápidamente, de demostrar al mundo que si ella ya no estaba no querían estar ellos tampoco.

Se citaron al atardecer, a las afueras, donde comienzan los campos, como habían oído que se hacía en los duelos de verdad. También trajeron sus testigos, muchachos asustados que no podían creer que ellos dos, precisamente ellos dos, fueran a arrancarse el uno contra el otro. Un chico flaco y pecoso deshizo con cuidado, sobre la hierba, un bulto que había traído bajo el brazo. Dentro había dos facones del mismo tamaño, hermanos gemelos como lo eran ellos en realidad. Cada uno cogió el suyo sin preocuparse de comprobar si las hojas tenían en verdad la misma longitud o anchura. Se envolvieron el brazo libre con una tela basta que habían seleccionado cuidadosamente y empezaron a dar vueltas en torno a un imaginario poste central.

El combate no tuvo emoción, fuera de los instantes iniciales. Una finta con el tronco, un falso ademán de atacar bastó para que el alemán perdiera los nervios y el equilibrio, recibiendo cinco centímetros de acero en el estómago. Se lo llevaron como pudieron entre todos los que se habían congregado, menos el vencedor, que se quedó de pie un buen rato, mirando vagamente en la dirección

del cortejo que trasladaba al herido.

Al polaco sólo lo condenaron a tres años. Lo salvó una ambigua atenuante de crimen pasional. Él no hizo el menor esfuerzo por defenderse. Durante todo el juicio estuvo como ausente y cuando se lo llevaron a la cárcel, a otra provincia, ni siquiera dijo adiós a su madre.

El alemán se recuperó. El acero parecía haber hecho mil giros milagrosos sin llegar a tocar ningún órgano vital. Su familia decidió volver a Alemania, donde aún tenían parientes y donde esperaban que su hijo viviría más tiempo que en aquella tierra donde el vicio casi se lo había llevado a la tumba.

Sus padres debieron haber preferido verlo muerto de una cuchillada antes que sumergido en el país del que ellos habían huido hacía casi dos décadas. Allí, la locura se había apoderado de muchos petimetres y muertos de hambre: el delirio de la nación, de la raza, de los mitos paganos de un pasado que nunca existió. El alemán se dejó arrastrar por todo aquello. Se dejó atrapar por el atrayente sinsentido de un pueblo orgulloso y humillado que se levantaría de nuevo. Una raza que libraría al mundo de esa escoria, de ese cáncer infiltrado que aparentaba vivir como ellos, pensar como ellos, amar la misma tierra que ellos. Recuperó el idioma de su niñez, que casi había olvidado, se vistió con un uniforme pardo y sintió el alivio de no tener que pensar, de abandonarse plácidamente a los aullidos de la sinrazón. Destrozó los cristales de sus ventanas, los persiguió por la calle con bates de hierro y, años más tarde, como premio, fue puesto al frente de un pequeño campo de internamiento. Allí, la etnia maldita se hacinaba en barracones infectos mascando trozos de cinturón, sometidos a una disciplina agotadora, al permanente miedo de ser elegidos para ir a las duchas de las que no se volvía.

El alemán no olvidó a Rosita. Cada sentencia de muerte que impartía le proporcionaba un alivio momentáneo para la pena más grande que todavía sentía. La seguía viendo de pie al lado de su padre, riendo y atusándose el pelo. Todavía oía sus sencillas burlas, que eran como besos calientes en la mejilla.

Un día llegó en tren un convoy de prisioneros más numeroso de lo habitual. Venía del Este. El alemán supervisaba personalmente la

entrada del ganado en su campo y solía apostarse cerca de la entrada, mirando a los ojos a aquellos despojos, piel y huesos empiojados, metidos en un pijama a rayas demasiado holgado. Sentía el poder de su uniforme y de su bandera en aquellas miradas vacías y esquivas que no se atrevían a ponerse al nivel de la suya, que habían perdido las ganas de seguir engañando a la muerte.

Fue como si lo estuviera esperando. No se asombró lo más mínimo al verle, metido dentro de aquel rebaño que caminaba lentamente. Había cambiado mucho, como es natural. Un poco más alto, mucho más flaco, con el pelo completamente rasurado y perdida totalmente la personalidad por efecto de vestir igual que el resto de sus compañeros. El polaco sí que no lo vio a él. Miraba al suelo, demasiado cansado para mantener la cabeza erguida. El alemán no se preguntó cómo había llegado hasta allí desde tan lejos. La última vez que lo vio empuñaba un cuchillo, rebosante de fuerza y lo último que supo de él es que estaba en presidio. Pero había salido y ahora estaba a su merced. No había suplicio que no pudiera practicar sobre su cuerpo. No había dolor que, en ese rincón del mundo, alejados de la cordura, no pudiera infligirle. Sin embargo, ni por un momento se le pasó por la cabeza la idea de usar su inmenso poder sobre el polaco. En lo que pensó fue en la revancha, en continuar aquí, al otro lado del océano, la danza que habían interrumpido cuando le perforó la barriga.

El alemán dejó pasar un día y luego hizo formar a todos los nuevos prisioneros delante de él. Paseó un par de veces entre todos ellos hasta que lo volvió a encontrar. Se puso a su lado y lo miró. El polaco apenas tenía fuerzas para sorprenderse, para mostrar emoción, pero el alemán era sin duda la última persona del mundo a la que esperaba ver en aquel lugar. Y sintió miedo.

El alemán ordenó que lo separaran de los demás y lo llevaran a la celda de castigo, una pequeña casucha en medio del campo, donde se encerraba a los que debían morir de inanición. Su lugarteniente, igual de fanático, sonrió pensando en los pocos días, quizá semanas, en que disfrutaría viendo cómo el nuevo condenado se iba convirtiendo en un espectro.

Por eso se extrañó tanto cuando el alemán ordenó que prepararan una ración completa para el prisionero, pero obedeció. Al

anochecer, el alemán también dijo que le llevaran la cena y una manta. Y al día siguiente fue el desayuno y el almuerzo y otra vez la cena. Rancho de soldado. Aquello continuó durante toda una semana. Al comenzar la siguiente el alemán ordenó que abrieran la puerta y miró dentro. El polaco tenía mejor color, dentro de lo que cabe y dijo que le dieran una ducha y le vistieran ropa nueva, un uniforme como el suyo propio. Siguieron llevándole comida. El alemán añadió varias veces una tableta de chocolate, que arrojaba dentro del cubículo por un ventanuco.

A las tres semanas de aquel régimen privilegiado, el alemán se quitó la guerrera a mediodía y tomó en sus manos, del fondo de su armario, un lienzo que parecía envolver algo. En camisa y frente a todos sus hombres, se dirigió a la celda de castigo. Sobre la hierba abrió el paquete y extrajo los dos facones, uno de los cuales —no sabría decir cuál— lo había llevado él mismo, clavado en el estómago. Pasó la mano por el hueco de la puerta y, sin decir nada, dejó caer una de las armas. Entonces se descolgó del cinturón un manojo de llaves y se dispuso a abrir la puerta. Sin embargo, algo lo retuvo, una idea cruel y sibilina que pudo más que su deseo de desquite. El alemán recogió la tela y su propia arma y se alejó, dejando muy alarmados al lugarteniente y a los soldados de la guardia.

El alemán pasó el resto del día en su despacho, bebiendo de una botella de vodka ruso, hasta que se dio cuenta de que debía permanecer sereno para lo que quería hacer, en caso de que el polaco no tuviera agallas para cortarse el cuello.

A la mañana siguiente, con la cara macilenta por las muchas horas en vela, el alemán llamó a su lugarteniente y le dijo que iba a batirse con el prisionero de la celda de castigo y que, en caso de que fuera él quien resultase muerto, había que dejar marchar al otro. El joven sargento abrió la boca, vencido por el asombro. Aseguró que no entendía la orden y el alemán se la repitió, silabeando con sorna cada palabra. Luego cogió el facón, se quitó de nuevo la guerrera y se apretó los tirantes. Caminó a grandes zancadas por el centro del campo a la vista de los soldados, que holgazaneaban en unos bancos de madera antes de supervisar cómo se servía a los presos el cuenco de agua tibia que recibían como desayuno. Llevaba al cinto el arma

y en la mano el manojo de llaves. Miró por una ranura y comprobó que, efectivamente, el polaco seguía vivo. Abrió la puerta con decisión, tiró las llaves al suelo y se apartó seis o siete pasos. Al cabo de medio minuto el polaco, bien vestido, con camisa blanca, botas negras y pantalones grises, salió de la celda. Había recuperado mucho peso. Sólo la tupida barba y el pelo cortísimo revelaban que no era uno de los torturadores sino de los torturados.

Parecían otra vez los hermanos de leche que habían sido hacía años. Y como antaño volvieron a colocarse frente a un ficticio poste central, alrededor del cual empezaron a dar vueltas. Habían perdido práctica. Los movimientos ya no eran tan elásticos. La agresividad ya no era tan innata. ¡Zis, zas!, brillaron bajo el cielo prusiano los aceros bruñidos. ¡Zis, zas!, el alemán, mejor alimentado al fin, y con el peso de su rango, iba ganando terreno, haciendo retroceder a su oponente y marcando algunos golpes que, de haber llegado a su objetivo, habrían dado un rápido final a la tragedia. Un rayo de sol rebotó en la hoja del alemán, como si un dios nórdico intentara ayudar a su hijo teutón. El rayo cegó al polaco durante un segundo, tiempo más que suficiente para que el alemán le asestara un golpe en el costado, que no le dio de lleno. La camisa blanca del polaco se iba tornando roja por momentos, presagiando una victoria de la raza superior. Entonces, como si los dos se hubieran introducido en una máquina del tiempo, el polaco replicó la finta que le había dado la victoria en aquel primer lance, quince años atrás. El alemán cometió exactamente el mismo error, pero esta vez fueron diez centímetros los que penetraron en su abdomen. Ya está, se ha acabado, pensó.

El alemán cayó de rodillas. Dos pájaros negros levantaron el vuelo desde el tejado de algún barracón.

—Vete, vete de aquí —dijo en español.

El polaco, después de matar a su hermano por segunda vez, había vuelto a ser un prisionero temeroso, había soltado el facón sobre la hierba y miraba en derredor sin saber qué hacer. El sargento dio un grito y corrió hacia el lugar junto con algunos otros soldados que habían presenciado la lucha, estupefactos.

—Vete, te digo que te vayas.

El alemán escupía sangre y, cuando llegó su lugarteniente, alzó una mano débilmente tratando de impedir que prendieran a su contrincante.

—Que se vaya, es una orden.

Logró ponerse en pie y señaló hacia la salida.

—Que abran las puertas.

Un minuto después, las puertas se abrieron. El polaco comenzó a caminar hacia ellas. A cincuenta metros de la entrada comenzaba el bosque, detrás del bosque corría un río caudaloso y, si lo alcanzaba, quizá tuviera una oportunidad. El alemán daba traspiés, no quería morir hasta que el otro hubiera traspasado las puertas de la cerca. Al sargento se le salían los ojos de las órbitas y sólo la inercia le impedía dar él mismo la orden de que abatieran al polaco. Un poco más, sólo un poco más. El vencedor estaba a punto de recoger su premio y de cruzar la valla de su libertad. Cuando lo hizo, echó a correr ante la mirada pasmada de los guardias. El alemán tuvo un último pensamiento para la Señora de su Perdición y cayó de bruces, con la sangre escurriéndosele hasta las botas. En ese momento el sargento dio una voz que todos comprendieron y estallaron las ametralladoras. Una turba cobarde corrió tras el preso fugado, que se desplomó acribillado, a diez metros de la linde del bosque.

La reluciente mañana se tragó el sonido de las balas y sobre la hierba quedaron dos facones argentinos, uno de ellos cubierto de sangre, que ya empezaba a coagularse.

EL NOVIO DE MI HERMANA

Al final supongo que te acostumbrabas. Unos al cabo de semanas, otros de meses. Y si antes del primer permiso no habías llegado a la campanilla con la bocacha del fusil es que ya habías asumido tu situación, porque en esa época no se licenciaba a nadie por perder los nervios. La psiquiatría no había avanzado tanto o la escasez de infantería retrasaba las publicaciones sobre la materia. A quien le estallaban los tímpanos, a ese sí que lo mandaban a casa, pero al recluta medio le parecía injusto: ¿a santo de qué, si los sordos eran los únicos que dormían a gusto? Tanto daba morir sordo que en perfecto estado de revista. Tanto daba morir en silencio que escuchando tu propia muerte, como una fantástica tormenta que te sepultara en sueños. Bien mirado, el sordo que saltara por los aires tendría un final más feliz que el nuestro, cuchicheaban en broma cuando no había mandos a la vista.

Los que así minaban la moral de la tropa no dejaban de tener una miaja de razón. Estallar en mil pedazos era, habitualmente, una muerte rápida y sin solución. Era peor la espera —decían—, y muchos asentían. Era terrible escuchar los burlescos silbidos que cruzaban el aire, sentir cómo temblaba el suelo, cómo crujían las endebles vigas, cómo la ropa se llenaba de arenilla y la garganta de polvo. ¿Cuándo caerá una aquí? ¿Se acercan o se alejan? Se alejan… sí, parece que se alejan. Ese calibre es nuevo. ¿Tú crees? Sí, me lo ha dicho uno, que se lo dijo otro, que se lo oyó a un cabo que le sirvió el café al coronel. Vaya. Sí, vaya.

Pues eso. No cabe duda de que los bombardeos eran lo peor. Mucho más que los asaltos. Mucho más que el cuerpo a cuerpo. Porque todos los veteranos, todos los supervivientes, aseguraban que, si corres doscientos metros y por un milagro no te han puesto como un pan, estás tan borracho de adrenalina que lo mismo te da ensartar a un general que a un niño de pecho. La gente se comía la cabeza preguntándose si serían capaces de matar a otro ser humano, cuando la realidad es que si otro ser humano trata de matarte a ti

cualquier escrúpulo desaparece al instante. Eso contaban, y los novatos respondían con un silencio lleno de sorpresa y de alivio.

Así que las noches no sólo eran largas porque en aquella latitud anocheciera a las tres de la tarde, sino porque nadie en su sano juicio podía dormir. Meses antes, a aquellos chavales se les doblaba el cuello ante sus pupitres o en los bancos del taller. El sueño de los justos. Ahora tan solo se arrebujaban en sus mantas o se acuclillaban contra el talud de tierra, fumando si había de qué, comenzando frases que no terminaban, observando con ilusión infantil las esporádicas bengalas que alguien, en alguna parte, lanzaba hacia el negro firmamento, iluminando fugazmente un borroso paisaje de alambre oxidado, de tumbas sin nombre, de fronteras sin dueño. Y barro. El mundo entero parecía de barro. Barro donde quizá alguna vez hubo hierba, tremendas extensiones de un verde pacífico que se mecía tranquilo al viento, creciendo en primavera, segándose en verano. Una gran sábana de hierba mullida con algunas margaritas coquetas exhibiéndose al sol o una familia de gatos durmiendo amontonados en el sopor de la tarde. Costaba trabajo imaginar eso ahora, viendo los miles, millones de montículos y hondonadas a medio inundar, como una pizza amasada por un loco, como un planeta cubierto de granos, modelado a fuerza de acero con trayectoria parabólica.

Las noches no invitaban al sueño sino a esperar la mañana, a suspirar por esa luz cenicienta que llegaba exhausta, empujando sin ganas a través de nubes de cemento, un elemento más de fortificación dispuesto por el Alto Mando. Al menos la mañana traía el silencio siquiera durante unos minutos y la gente discutía días enteros si aquello se debía al cambio de turno en las baterías, a la necesidad de que los cañones “descansasen” o a que, sencillamente, el enemigo también desayunaba. De todos modos, cuando acababa el desayuno los temblores reanudaban y si cerrabas los ojos podías imaginar que cada nueva explosión era el zapatazo de un gigante ciego caminando a tientas por el horizonte, furioso y asustado.

Pero como dije al principio, supongo que al final te acostumbrabas. Te acostumbrabas al monótono repicar de las bombas o te acostumbrabas a tu miedo y al de los demás, aceptando que con regularidad pasmosa tu vecino de litera sufriría de histeria: un

deseo irrefrenable de escalar el parapeto, de gritar que aquí estaba él, que apuntaran mejor, que regresara la familia de gatos, que alguien le dijera al gigante dónde estaba su casa.

Una nota discordante que no desentonaba en absoluto era el soldado raso Jenkins, propuesto para varias medallas que nunca le concedieron. En Jenkins el valor era desidia, apatía, pues lo mismo le daba correr hacia un nido de ametralladoras que hacer guardia bajo la lluvia. Jenkins no había perdido las ganas de vivir porque no parecía haberlas tenido nunca. Jenkins semejaba a un templado guerrero de hechura fibrosa, por cuyas venas circulara hidrógeno líquido, había dicho un gafotas con primero de físicas acabado.

Sin embargo, Jenkins no era un cínico que se riera de todo, porque nadie lo había visto reír jamás. Tampoco era un patriota cumplidor del deber, porque el deber le traía sin cuidado. Sencillamente, Jenkins veía sin ver y estaba sin estar. Jenkins había decidido que la ignorancia voluntaria, el retraimiento existencial, eran el mejor caparazón, el mejor modo de salir indemne. Instintivamente sabía que la manera de no perder la esperanza era no haberla tenido nunca, no desear que llegara la hora de comer, no desear que le relevaran de la garita, no desear que acabara la guerra, no desear volver a casa, si es que Jenkins tenía casa, sobre lo que se especulaba sin cesar, aun con él delante.

Y sin embargo Jenkins era, con mucho, el soldado más admirado, aunque todos hubieran desistido de dirigirle la palabra. Si le pedías a Jenkins su último cigarrillo te lo daba, porque no dártelo hubiera implicado un apegamiento que lo debilitaba. Si le rogabas a Jenkins que cavara por ti una trinchera, se levantaba y se iba a cavar sin más, porque no hacerlo hubiera implicado que algún día dejaría de haber trincheras que cavar. Si había que asaltar un parapeto Jenkins lo asaltaba, porque no asaltarlo hubiera implicado que quizá había alguna posibilidad remota de salir de allí con vida. Porque a quien acepta su destino no lo posee su miedo. Porque si no amas tampoco puedes odiar. Jenkins era un espectro que todos respetaban y a quien todos habían dejado por imposible. El soldado perfecto. El orgullo inconfesado de la oficialidad.

No obstante, el panorama cambió al llegar Monroe. No es que todo cambiara. Nada cambió, en realidad, pero sí la percepción, la

actitud ante los acontecimientos, ante aquella monotonía de manicomio. O tal vez fuera que, de algún modo, al interminable y espantoso golpear de los bombardeos se le superpuso el interminable y alegre parloteo de Monroe hablando sobre su casa. Sobre su familia. Sobre la pastelería de sus padres. Monroe se pasaba el día deambulando a su aire por el enrevesado complejo de trincheras y túneles, evitando a los sargentos, asegurando con la boca llena que ya había terminado sus quehaceres sin que nadie supiera a ciencia cierta en qué compañía, en qué pelotón estaba destinado.

Monroe no parecía callar nunca. No parecía dejar de comer aquellos bollos aplastados que salían por arte de magia de sus bolsillos, de las húmedas cajas de cartón que le llegaban de intendencia, día sí y día también. Monroe se acuclillaba delante de alguien que yacía en el suelo medio muerto y cubierto de polvo, de orín y de sueño y se ponía a contarle lo del horno nuevo que habían instalado el año anterior. Un horno moderno, con el doble de capacidad, fácil de limpiar, que ahorraba combustible, que horneaba en menos tiempo y con el mismo sabor. Un horno que era la envidia de los otros horneadores. Un horno que era como el de las panaderías de la capital, como el que tenían en palacio, o eso decía Monroe mientras engullía sin masticar y mientras el del suelo no tenía más remedio que enderezarse lo suficiente como para tragar los bollos que Monroe le ofrecía, que ofrecía a quienquiera que pasase por allí, hasta formarse una tertulia de tres de la mañana que sólo interrumpían las carreras de Monroe hasta su camareta, para traer más bollos.

Primero los cabos y luego los sargentos protestaron por la evidente falta de disciplina, por la irreverente espontaneidad con que el recién llegado había roto la siniestra rutina de aguardar la muerte, después de tantos meses sin verdaderos combates, sin asaltos mutuos para reconquistar unos metros que te volverían a arrebatar a continuación. Protestaron porque la moral se veía afectada, porque los soldados se relajaban, porque por ser más inconscientes eran más dichosos, porque aquello no era una pastelería sino el frente de batalla.

Al cabo de dos semanas todo el regimiento se sabía de memoria

cada mínimo detalle de la vida de Monroe y de toda su familia. Una familia que sabía a mermelada y a almendra molida. Una familia inmensa de la que todos especulaban el número exacto de miembros. Una familia de rostros inventados, redondos y sonrientes. Una familia de niños inquietos, de abuelas afanosas y pescozones cariñosos. Una familia con dos patriarcas —el padre y la madre— y una matriarca: la hija mayor, sobre la que recaía el mayor interés y también el mayor halo de misterio. Unos decían que se llamaba Alice y otros que se llamaba Caroline. Unos decían que tenía diecisiete años y otros que veinticinco. Unos decían que era rubia y otros que morena. Y no es que la tropa no hubiera tratado de salir de dudas, pero cada vez que preguntaban a Monroe este tomaba la pregunta como una invitación a explayarse nuevamente sobre las virtudes de su hermana: cómo vestía, cómo trabajaba, las recetas que dominaba, los juegos que inventaba, la maña que se daba con las cuentas, la gracia con que ponía en su sitio a quien le buscara las cosquillas.

—Pero tu hermana tendrá defectos, como todo el mundo —decían.

Pues no, Monroe nunca encontraba en ella la menor falta.

—Pero tu hermana descansará alguna vez, como todo el mundo —decían.

Y Monroe respondía que sí, que de pequeño, él y sus hermanos alguna vez entraban en su cuarto a hurtadillas, en las madrugadas de verano, cuando el sol de junio iluminaba la casa suavemente y se quedaban allí ensimismados, oyéndola respirar, como si aquel ritmo acompasado fuera una canción de cuna. Si alguno agregaba que su hermana se enfadaría alguna vez, como todo el mundo, Monroe recordaba las mil y una barrabasadas que hacían en el pueblo y cómo ella les defendía de los airados vecinos. Luego se los ponía delante y les miraba frunciendo los labios y ellos se echaban a llorar y se limpiaban los mocos en su mandil manchado de harina. Y otra vez a jugar.

La fe es el conocimiento de algo por la confianza que nos merece quien lo cuenta y, verdaderamente, la confianza depositada en el relato de Monroe rayaba lo sobrenatural. Por ejemplo, Monroe nunca mencionó que su hermana fuera guapa, pero todos lo daban

por sentado. Los de la primera sección concluyeron que su rostro era pecoso y que eso le daba un aire gracioso y pueril. Los de la segunda sección aseguraban en cambio que era más bien pálida, pero que su palidez rubicunda la asemejaba a las princesas que ilustran los libros de princesas. Algunos se la imaginaban delgadísima y otros rellenita. Algunos estaban convencidos de que se recogía el pelo en un alto moño y otros que se hacía trenzas. Unas trenzas gruesas y sedosas que le llegaban a la cintura y de las que sus hermanos pequeños tiraban para llamar su atención y luego esconderse riendo tras la puerta, para que ella los persiguiera. Quizá para darse importancia hubo varios que aseguraron haberla visto en persona porque eran oriundos de aquella región y corroboraron todo lo que Monroe decía. Entonces, a espaldas de Monroe a alguien se le ocurrió que quienes la conocían debían describirla a los dos o tres que dibujaban bien. El resultado fue un tráfico clandestino de pretendidos retratos a carboncillo, absolutamente dispares entre sí, pero que se vendían como rosquillas, obsesionando aún más a los soldados, que se pasaban las horas de guardia absortos en la contemplación de la chica más hermosa y buena del universo.

Naturalmente, con malicia y sin ella, la gente le preguntaba a Monroe por los novios de su hermana y Monroe decía con orgullo que los primogénitos de todo el condado estaban loquitos por ella. Que en las verbenas había tortas por bailar con ella y que hasta el hacendado padre de un joven caballero había mandado a este al extranjero, adivinando que le iba a proponer matrimonio. Pero por lo general ella se escabullía y evitaba dar falsas esperanzas o iba a su aire o, en una ocasión, le tiró a un achispado granjero un cubo de agua por la cabeza. Porque la hermana tenía su genio y sabía sacarlo cuando era necesario. En petit comité, Monroe aseguraba que había sido él quien la convenció de que rechazara a todos sus pretendientes, porque a sus ojos ninguno tenía méritos suficientes. Cuando él encontrara a alguien digno de su hermana, entonces habría matrimonio, no antes.

Sin que nadie se diera cuenta, como una infección general e imperceptible, los miembros del regimiento experimentaron una transformación asombrosa. La gente empezó a lavarse. La gente empezó a peinarse, a afeitarse, a cambiarse de ropa interior, cuyo

color ya era indistinguible de la resbalosa arcilla en que vivían sumergidos. La gente empezó a mirarse al espejo, a torcer el gesto, a darse cuenta de lo animales que eran, de lo mal que olían, de lo mucho que habían engordado a pesar de todo, debido al insalubre rancho y la forzosa inactividad. Consciente e inconscientemente, la gente comenzó a competir por la hermana de Monroe, por merecerla, por la ilusión de ser quien durmiera junto a ella en aquella habitación pequeña que en las mañanas de verano se inundaba de luz tenue y de aroma a mantecado recién hecho.

La gente también empezó a hacerse el simpático con Monroe, a escuchar de buen grado sus interminables relatos, a reír sus chistes, a ofrecerle tabaco, a darle palmadas en la espalda, a congraciarse con él. Monroe, que era gordo pero no tonto, comprendió perfectamente la estrategia y la vio como algo natural, a la vista de lo que estaba en juego, pero no cayó en la trampa. Como era un tipo sencillo y directo, una noche junto al fuego, con suficiente gente apiñada a su alrededor cuchereando en sus escudillas, Monroe anunció que, naturalmente, él decidiría con quién se casaría su hermana pero que, lamentándolo mucho, hasta el momento no había visto en el regimiento a nadie que diera la talla. La noticia se extendió como la pólvora y a partir de ese momento la soldadesca se dividió entre quienes, presa de una pequeña crisis, volvieron a abandonarse y a vivir como puercos y aquellos que estaban verdaderamente enamorados o que no se daban fácilmente por vencidos y continuaron tratando de ser aquel hombre excelente y afortunado, el único que alguien como ella podía elegir como esposo.

Entonces vino una nueva oleada de rumores que, al contrario que en otras ocasiones, resultaron ciertos: se avecinaba una ofensiva y esta vez los ofensores serían ellos. El típico mariscal bigotudo, ante una mesa con pesados teléfonos negros y mapas desplegados unos sobre otros, había decidido que todavía no habían tenido suficiente, que todavía podían dar más de sí, que atacando aquí, en vez de allí se podrían romper las defensas en el punto más débil y esto permitiría tomar aquellos puentes y por los puentes pasarían más cañones y los cañones barrerían unos objetivos importantísimos. Una cosa llevaría a la otra y, quién sabe, quizá se recuperaría la Villa de X, que estaba en ruinas, pero era estratégicamente crucial,

por alguna razón que solo podía comprender quien hubiera hecho el curso de Estado Mayor.

Dicho y hecho. Aunque en teoría a nadie se le dijo nada, a riesgo de un consejo de guerra, el secreto pasó de trinchera en trinchera. Algo grande se avecinaba y lo que se avecinaba era que le iban a dar para el pelo a los de enfrente y los de enfrente a ellos, con toda seguridad. Con la mejor intención del mundo, los más optimistas aseguraron que miríadas de reclutas llegarían en flamantes camiones para ayudar en el esfuerzo de guerra. Cientos de bruñidos cañones recién salidos de la fundición se aproximaban en ese momento en velocísimos trenes. El enemigo estaba agotado. Tan agotado como ellos o más. Lo sabían de buena tinta. Por Navidad en casa. Segurísimo. También era seguro que, para muchos, de volver a casa nada. Nadie lo decía, pero se notaba en los carraspeos, en el morderse las uñas, en la tripa suelta.

Por fin el teniente se les acercó un mediodía de primavera, brillante y fresco. Los fue reuniendo por secciones con aire misterioso y comunicó que al alba se iniciaría la operación Diamante, nombre sin sentido que supuestamente evocaba la victoria que les esperaba. El plan genial que los estrategas habían diseñado se reducía a lo de siempre: la artillería bombardearía durante tres horas y a renglón seguido se lanzarían a tumba abierta para recoger las mieles del triunfo en las trincheras opuestas, de las que para entonces todo el mundo seguramente ya habría huido, tras vislumbrar lo que se les venía encima.

En el batallón de Monroe casi todos tenían experiencia y desempolvaron rápidamente el recuerdo de las primeras batallas. En parte porque la visualización del combate te hacía mejor combatiente y en parte para espantar el demonio de lo desconocido. Si la gente dormía poco, esa noche nadie durmió nada. Se apagaron todos los faroles y la tropa, pertrechada con lo imprescindible y los barbuquejos ajustados a la barbilla, se sentó a esperar el comienzo de la fiesta. Entonces alguien murmuró:

—Monroe, háblanos de tu casa.

Y Monroe volvió a hablarles de su horno, de la miel derretida sobre los cruasanes, de las interminables colas de clientes el domingo por

la mañana, de lo mullidita que era su cama, del almidón que su madre ponía en las camisas, de las flores de lavanda en los armarios de sábanas, del diminuto huerto a la espalda de la casa, de los paseos por el bosque, de las piedras planas que rebotaban en la superficie del lago, del vestido que su hermana se ponía para ir a la iglesia.

De repente, cuando ya era noche cerrada, comenzaron a tronar las baterías. Las suyas, en esta ocasión, destrozando supuestamente cualquier resistencia que fueran a encontrar al día siguiente. Fue la única vez, que ellos recordaran, que el sonido de los obuses les pareciera agradable. Una tras otra, las casamatas del otro bando, sus morteros, sus polvorines, iban saltando por los aires en su imaginación y los soldados huían despavoridos abandonando cascos y fusiles, incapaces de oír, bajo el estruendoso bombardeo, las órdenes airadas de los oficiales, conminándoles a resistir.

Una noche impenetrable, iluminada a cada segundo por un fulgor infernal, dio al fin paso a un tímido amanecer que alguien adivinó a lo lejos. Un amanecer lentísimo, como si el mismo sol no se atreviera a asomar la cabeza. Un bello amanecer interrumpido de improviso por los gritos de los mandos, por el chasquido metálico de cientos de bayonetas al calarse y, segundos más tarde, por un estridente pitido que ordenaba escalar el parapeto y comenzar el ataque.

Quien haya disparado alguna vez una ametralladora sabe que sólo un descerebrado correría hacia ella por propia voluntad. Sin embargo, en un asalto clásico de infantería, llega un momento en el avance en que el soldado sabe que, si al frente tiene las ametralladoras, detrás sólo tiene las bombas enemigas que siguen cayendo así que, en realidad, la única salida es seguir corriendo hacia adelante, en oleadas o a saltos.

La expresión bautismo de fuego es diabólica porque el bautismo da la vida, y aquel día el fuego hizo que cientos la perdieran. Fuego, ráfagas de fuego, ríos de fuego que salían de miles de agujeritos a lo lejos, que se hacían más y más grandes a medida que avanzaban. Monroe no estaba en forma, tenía sobrepeso y empezó a jadear desde el principio. El correaje y las cartucheras se le bamboleaban de un lado a otro con cada pequeña carrera. El sudor empezó a

brotarle y sus picantes gotas le nublaban la vista. Casi todos sus compañeros corrían ya metros por delante de él, gritando como posesos. Sin embargo, los gritos empezaron a apagarse, uno por uno. Incomprensiblemente, inexplicablemente, los soldados enemigos habían resistido el bombardeo. Ahora jugaban al tiro al blanco y estaban ganando todos los ositos de peluche. Ellos también gritaban, pero de placer. Alrededor de Monroe silbaban las balas y la gente caía fulminada, si tenían suerte, o se retorcían de dolor durante unos minutos, si no la tenían. Monroe vio que varios se echaban al suelo y él se echó también, por puro gregarismo. No había hecho un solo disparo ni sabía si tenía que hacerlo. Levantó unos centímetros su rostro cubierto de barro y vio que, en realidad, la meta quedaba solo a un tiro de piedra y que una figura alta y delgada ya había llegado y estaba allí, de pie, desafiante, con el fusil al hombro, disparando a derecha e izquierda.

De repente sonó otro pitido y, de boca en boca, fue pasando la voz de retirada. Ahora, en vez de morir con un agujero en el pecho, morirían con uno en la espalda. Monroe se levantó y comenzó a correr de vuelta, al ver que todos hacían lo mismo. Unos segundos más tarde tropezó de nuevo y cayó de bruces a un foso. Alguien cayó encima de él y luego otro y otro más. Monroe se ahogaba por el peso de los tres chicos muertos que tenía encima. Entonces sintió como unos vigorosos brazos lo arrastraban de debajo de los cadáveres, lo sentaban en el suelo y lo despojaban de todo lo que llevaba encima. A continuación, aquellos brazos lo ponían en pie y tiraban de él con fuerza en dirección a sus trincheras, a donde Monroe llegó con los pulmones al rojo. Jenkins estaba de pie delante de él, sin una gota de sudor en la frente, sin una sola palpitación en el cuello, con su perpetua expresión de suprema indiferencia.

La operación había sido un fracaso, pero a quien hubiera sobrevivido eso le daba igual. Jenkins desapareció y Monroe, sin comprender lo que había ocurrido y sin poder dominar sus temblores, consiguió descolgar la cantimplora y la vació a grandes tragos, que le hicieron toser estrepitosamente. Seguían sonando disparos, pero Monroe no los oía. Un cabo se le acercó, lo zarandeó con violencia y le gritó algo que Monroe no escuchó. Se dio cuenta de que lo único que escuchaba era un agudo pitido que se fue

haciendo más y más leve en el oído izquierdo pero que permanecía en el derecho, junto con un dolor extraño, como si alguien le hubiera clavado un lápiz en la oreja. En ese momento Monroe notó que tenía varias uñas rotas y que de debajo salía bastante sangre. Aparte de eso, se notaba ileso. En cambio, conforme recuperaba el oído percibía que a su alrededor todo eran gritos y agitación febril. Llegó otro sargento y prácticamente lo izó hasta el borde del parapeto. Allí ya estaban casi todos los supervivientes, disparando, tratando de repeler el contraataque. Monroe disparó una vez sin apuntar a ningún sitio en particular y echó el cierre hacia atrás sin ganas. El cierre se encasquilló y Monroe se pegó al suelo instintivamente, sin atreverse a ver si los soldados enemigos corrían hacia él, tratando torpemente de desatascar el mecanismo, al que se había adherido mucha tierra, debido al exceso de grasa.

Poco a poco cesaron también los disparos desde su trinchera. Alguien tiró de Monroe hacia atrás por las piernas y cayó sentado en el fondo. Los gritos proseguían. Monroe no quería mirar. Los camilleros corrían de acá para allá y Monroe, sin saber muy bien lo que hacía, se metió dentro de un agujero del talud y se quedó allí, acurrucado, quién sabe cuánto tiempo.

Los pitidos cesaron y los gritos también. Blasfemando, otro sargento sacó a Monroe de su agujero y este, casi a tientas, consiguió llegar a su camareta, donde reconoció a los que seguían con vida. Cayó la noche y llegó un perolo con sopa tibia. La gente se había despojado de sus arreos y sorbía en silencio. Nadie hablaba de los compañeros muertos. Jenkins también estaba allí, sentado entre ellos. Se había lavado la cara y mudado de guerrera. Parecía que acabara de llegar de retaguardia con las inexistentes tropas de refuerzo. Monroe apenas podía tragar y miraba a Jenkins, preguntándose si sabía que era a él a quien había salvado la vida pocas horas antes. Tal vez había salvado a tantos que no se acordaba de nadie en particular. Tal vez no le daba importancia o no quería dársela. La gente también miraba a Jenkins entre cucharada y cucharada y, sin preocuparse de si les oía o no, empezaron a comentar su hazaña. Al parecer había sido el primero en llegar a la posición enemiga e incluso había descendido a su trinchera. Alguien juraba haberlo visto asestando bayonetazos antes de que tocaran a retirada. Las noticias parecieron confirmarse cuando el mismísimo capitán

apareció seguido de varios tenientes y, haciendo señas para que la gente no se cuadrara, miró a Jenkins fijamente y asintió varias veces con la cabeza sin decir nada.

Cuando se acabó la sopa encendieron cigarrillos. Los soldados fumaban despacio, como recuperando de los pitillos todo el oxígeno que habían perdido, sin dejar de mirar a Jenkins como se mira a un toro bravo desde la cerca. Monroe se levantó. Fue a su litera y trajo el remanente de bollos: los frescos, los duros y los mohosos. La gente los aceptó agradecida, pero sin dar las gracias porque esa noche no había nada que agradecer. Entonces, cuando también se hubieron acabado los bollos, Monroe se puso en pie, se apoyó en el hombro de alguien porque casi perdió el equilibrio, carraspeó y con la voz más solemne que pudo encontrar dijo:

—Tengo algo que decir. Jenkins me ha salvado la vida y será él quien se case con mi hermana.

Hubo unos segundos de estupor. Los pocos que estaban hablando se callaron y los que se habían recostado para mejor saborear el tabaco se incorporaron. Todos miraron a Jenkins, que se dignó a mirar a Monroe. Nadie pudo adivinar nada en aquellos ojos sin vida. A continuación, como de consuno, la gente se levantó y empezaron a estrechar tan fuerte las manos de Jenkins que este también tuvo que levantarse. La noticia se supo en pocos minutos y soldados de hasta los puestos más lejanos se fueron acercando para felicitarle. Para decirle que era un tipo con suerte y que se merecía casarse con alguien como la hermana de Monroe, con quien sería muy feliz.

A Jenkins, por supuesto, le tomó por sorpresa su nueva fama de amante guerrero, pero sólo hasta donde algo podía tomar a Jenkins por sorpresa. Si hubiera recibido sin rechistar un tiro en el estómago y una lenta agonía en el fango, la perspectiva del matrimonio tampoco podía asustarle. Jenkins siempre había estado presente cuando Monroe hablaba de su familia y siempre lo había escuchado como quien escucha las bocinas de un atasco. La vida no iba con él, como tampoco iba con él la muerte. Aquel momento, aquel segundo, lo que tuviera entre manos, la siguiente orden, el siguiente saco de tierra, eran lo único que importaba. Sin embargo, desde aquel día ya no pudo creerse fantasma entre un montón de fantasmas que no sabían que lo eran. Nunca imaginó que la gente lo

admirara o lo estimara. Había bloqueado, expulsado de su cerebro tal posibilidad porque al hacerlo también expulsaba la posibilidad de que lo detestaran o lo ignoraran. Quien no ansía ser amado tampoco puede ser humillado.

Poco a poco advirtió que la nueva situación le molestaba profundamente y que lejos de ser inmune a las alabanzas y felicitaciones, desconfiaba de ellas en extremo. Duele mucho más ser despreciado por quien antes te mostraba afecto, y esta enseñanza parecía escrita en su corazón con un punzón de hielo. Jenkins hubiera escapado con gusto, pero parecía de locos desertar cuando ya se había anunciado un sorprendente armisticio. La tensión desapareció, la disciplina se relajó y Jenkins tuvo que soportar a decenas de borrachines con el brazo en cabestrillo que querían brindar a la salud del tipo más valiente y afortunado del regimiento. Como era de esperar, Monroe no se separaba de él y le contaba a todo el mundo cómo se irían juntos a su pueblo, cómo sería la boda y cómo le enseñaría a hacer tartas de cumpleaños. Después de todo, Monroe se daba cuenta de que algo del heroísmo de Jenkins recaía ahora también sobre él, que buena falta tenía de un poco de heroísmo, después de su vergonzoso papel en el pasado ataque. Muchos soldados le hacían a Jenkins regalos de lo más dispares: una camisa medio nueva, una tabaquera, una funda de almohada. Sin saberlo, querían contribuir a su ajuar. Sin saberlo, esa boda les devolvía algo de su pasada vida anodina, cuerda y normal.

Llegó la orden de licenciamiento. Llegaron los camiones y llegó el momento de la despedida en el andén del tren, donde cada uno viajaría a un punto distinto del país. Hubo sinceros abrazos, lágrimas sinceras y, por primera vez, un recuerdo sincero a quienes habían muerto. Quizá debido al shock o al sentimiento de culpa, ellos ya los habían enterrado en su cabeza.

Monroe y Jenkins encontraron su vagón y su compartimento. Algunos civiles lo ocuparon también y saludaron a los dos jóvenes con afecto, conscientes de lo que debían de haber pasado. Monroe se presentó a sí mismo con desparpajo y presentó a Jenkins como su cuñado. Luego guiñó un ojo y dijo que en realidad todavía no, que iban a su pueblo para la boda. Recibieron las preceptivas

felicitaciones y el tren se puso en marcha. Monroe ofreció sus últimos bollos y empezó a mordisquear uno lentamente mientras miraba el paisaje, distraído. Pronto, el agradable traqueteo y una súbita bajada de tensión hicieron que los dos veteranos se durmieran profundamente, observados en silencio por sus acompañantes.

Cuando Jenkins despertó era de noche y Monroe seguía dormido a su lado, con su amplia papada desplegada sobre el pecho. Los demás viajeros habían desparecido. Jenkins se sintió diferente. Como si alguien hubiera conmutado su sentencia de muerte. Como si, de repente, ya no hiciera falta temer por su vida, lo cual era sencillamente la realidad. A su mente acudieron los falsos retratos de la hermana que, de reojo, había visto en manos de los otros soldados, mientras yacían en sus jergones. Jenkins trató de reconstruir la casa que Monroe había descrito tantas veces, la familia de ensueño de la que presumía. Se imaginó levantándose por la mañana y bebiendo café en la cocina en una taza de loza. Se imaginó de pie en la tahona, siguiendo las instrucciones de Monroe en lo que parecía un trabajo fácil y descansado. Se imaginó sentado a la mesa de un sencillo salón, rodeado de personas que lo miraban con dulzura. Se imaginó dando de comer a un niño balbuciente sentado en su regazo. Se imaginó a una chica que le sonreía a él y sólo a él. Se imaginó amado de una valquiria con pechos de hierro y corazón de oro. Se imaginó feliz.

El tren se detuvo al amanecer. Monroe y Jenkins se bajaron y esperaron hasta verlo partir. No tenían prisa o quizá querían asegurarse de que la guerra misma desaparecía con aquel monstruo humeante. Compraron algo de comer en la propia estación y, a pie, tomaron un camino de tierra que atravesaba campos de cultivo y de pasto. Atravesaron el pueblo de Monroe, que todavía no había despertado. Las casas estaban pintadas de un blanco inmaculado y eran de uno o dos pisos, con las vigas a la vista. En los alféizares de las ventanas había profusión de flores, como una conspiración de geranios que los maridos soportaban con tal de que los dejaran en paz. Varios perros vagabundos pero bien alimentados se acercaron a olisquearles, y Monroe les acarició la cabeza sin interrumpir su paso lento y cansado. Monroe sólo se detuvo a saludar al lechero, un hombre de mediana edad que pasaba ruidosamente en bicicleta.

Una casa grande apareció al final de la calle, casi a la salida del pueblo. Jenkins notó que el corazón se le aceleraba, y tan desacostumbrado estaba a esa sensación que por un momento temió desmayarse. Monroe aceleró el paso y Jenkins lo aceleró con él.

—¡Mamá, Mamá! —gritó Monroe empujando la puerta de una cerca.

Monroe abrió la puerta principal y se quedó parado en mitad de la cocina. Jenkins entró tras él. Era una cocina grande, limpia, luminosa, en la que Jenkins creyó haber estado antes. En la casa no se oía ningún ruido. Monroe comenzó a subir las escaleras y Jenkins subió tras él. A lo largo de un pasillo con algunos cuadritos ñoños colgados de la pared se veían las puertas de varias habitaciones. Sólo una estaba abierta. Desde el rellano, Monroe y Jenkins pudieron ver a seis o siete personas rodeando una cama en la que dormía una mujer joven, cuyos rasgos Jenkins no pudo distinguir bien. Junto a ella estaba arrodillada una mujer de unos cincuenta años, llorando, con el rostro escondido entre las sábanas que cubrían el cuerpo de la chica.

—¡Mamá! —gritó Monroe de nuevo.

La mujer se giró y vio a su hijo. Dio un grito y sin levantarse abrió los brazos, que recibieron a Monroe, arrodillado ahora también junto a ella. También él comenzó a llorar con su cara pegada a las mejillas de su hermana. Sólo el padre pareció reparar en Jenkins pero, al cabo de unos segundos, giró la cabeza y continuó su duelo. La dulce herida que se había abierto en el corazón de Jenkins cicatrizó en un instante y se cerró para siempre. Procurando no hacer ruido, Jenkins bajó lentamente las escaleras, abandonó su casa y prosiguió su camino.

EL CABALLERO DEL JERGÓN DE PAJA

Entre antífona y antífona, los oblatos del coro se echaban el aliento en los ateridos puños y daban insistentes pataditas contra el suelo, procurando no hacer ruido. Las manos enguantadas de los lanceros perdían por momentos la sensibilidad y se esforzaban por aferrar la alabarda y el escudo, en el que estaban engastados con cobre las armas del reino. Una luz limpia y brillante, proveniente de un cielo despejado, se colaba a mares por las vidrieras de santos y patriarcas, provocando la engañosa sensación de una temperatura soportable. Aquel excepcional sol de invierno saludaba a los presentes y a los que esperaban fuera, pero los altos, altísimos techos, hacían imposible que el ambiente se templara siquiera un poco.

Junto a las siniestras puertas de madera se situaban, demasiado apretujados para estar cómodos, aquellos burgueses adinerados que habían conseguido una invitación, ya fuera por méritos propios, ya fuera sobornando a algún chambelán deshonesto. Apenas prestaban atención a la ceremonia y tanto hombres como mujeres se distraían mirando de reojo a sus vecinos, tratando de descubrir, por lo lujoso del atavío, el buen estado de sus negocios. A ambos lados de la nave central se arremolinaba sin orden una muchedumbre de nobles orgullosamente arrebujados en sus mantos de piel. Sus ropas eran, con mucho, de peor calidad y menor belleza que las de los plebeyos del fondo. Lo que denotaba su superior estatus era su soberbia pose y las gruesas cadenas de oro que llevaban alrededor de los hombros, bien a la vista, así como las anchas espadas que colgaban de sus cintos. En los rostros, barbudos y gélidos, de muchos de los barones, asomaban finos surcos de color rosa, condecoraciones habituales de pasados choques con enemigos venidos del norte. Los labios de algunos silabeaban extrañas fórmulas en lengua bárbara, pues aún no hacía mucho que el país había abandonado oficialmente el paganismo. Sin embargo, la mayoría contemplaba en ritual silencio a la joven pareja que, en esos momentos, estaba recibiendo las

vaharadas de incienso que salían, como resoplidos de dragón, del rico incensario que el arzobispo balanceaba con ambas manos y destreza de varias décadas.

«Amantes son los que se aman… Esposos, los que han prometido amarse». La princesa miraba fijamente a un punto indeterminado, más allá del altar. Ella también tiritaba, a pesar del cuidado que su aya había puesto en vestirla con lo mejor y más caliente de su ajuar, pero combatía la tiritona apretando más y más los músculos de brazos y piernas, lo que daba a su porte un aire aún más marcial del que ya tenía por su severa educación. «Amantes son los que se aman… Esposos, los que han prometido amarse». La princesa repetía en su interior, como una letanía, una de las últimas enseñanzas que le había transmitido su viejo y querido preceptor, en el ahora lejano palacio de su padre. Estaba dispuesta a pronunciar sus votos y a ser fiel a ellos, a pesar de que apenas hacía un mes que conocía a su futuro marido. Estaba el retrato, es verdad, un pequeño dibujo pintado torpemente sobre un basto trozo de tela. En él se adivinaba a un chico un poco más mayor que ella, de piel muy blanca y cabello de casi el mismo color, con el rostro redondo y ojos pacíficos y luminosos. Más parecía un monje copista que un príncipe heredero. Se lo había traído aquel rudo embajador de acento metálico y modales toscos, que había conducido la negociación de las capitulaciones. Su padre, es verdad, forzado por su esposa, le había preguntado su opinión sobre el enlace, pero esta había sido vaga, habiendo afirmado ella someterse dócilmente a los superiores intereses del Estado. Estos intereses hacían conveniente una alianza entre aquella pequeña pero aguerrida monarquía que servía de frontera entre las tierras heladas y salvajes y el civilizado reino en que se había criado la princesa, de clima suave e historia milenaria, heredera de imperios desaparecidos y héroes venidos del cielo.

«Amantes son los que se aman… Esposos, los que han prometido amarse». El amor llegaría, tarde o temprano, le había dicho su madre, pero de momento lo que sentía era una incertidumbre muy grande, hallándose a varios meses de camino de su hogar, con su escaso séquito, entre nuevas gentes de mirada dura, que no parecían sentir el frío que a ella le atenazaba el corazón y los miembros. Un frío unido a una creciente soledad que la había empujado, varias

noches desde que llegaron, a meterse en la cama de su aya y abrazarla hasta quedarse dormida, como cuando era pequeña.

El aya se adelantó, con reflejos de madre, al sentir que su niña querida se desvanecía. Quizá el humo del incienso se había mezclado con los humores de su estómago vacío. Los señores que estaban más cerca se revolvieron inquietos al darse cuenta, pero fue el príncipe quien, con un gesto rápido de la cabeza y de la mano, hizo que trajeran una silla y un almohadón, en el que se sentó la princesa solemnemente, aunque de mala gana, pues se había prometido a sí misma dar una lección de protocolo que dejara bien alto el pabellón de su familia. Pasados unos segundos el príncipe se inclinó hacia ella para interesarse por su pequeño aturdimiento, pero no pudo más que dirigirle una mirada preocupada, porque ninguno de los dos hablaba el idioma del otro.

El príncipe era nervudo, a pesar de su semblante rubicundo y de ser un poco más alto que ella. Vestía el sencillo uniforme de la guardia —de la que era un miembro más—, junto con la real capa de armiño y el colgante de plata y rubíes correspondientes al hijo primogénito del Rey. El único hijo, por otro lado, y el único consuelo de su padre, cansado ya de tantas guerras y de ser fiel a su esposa muerta, de la que había gozado durante tan poco tiempo.

El príncipe no podía evitar distraerse del largo ceremonial, con frecuentes miradas a la princesa. Todo en ella le llamaba la atención. Su rostro claro, pero no pálido como el de las doncellas de palacio. Su pelo del color del atardecer, que contrastaba con el amarillo lechoso que, invariablemente, tenían todas las mujeres que había visto desde niño. Su talle fino y su delicado busto, en comparación con la figura poderosa y rebosante de salud de aquellas otras valkirias teutonas.

La recitación de las promesas esponsales duró más de lo acostumbrado. La princesa, tomando en sus manos una cartela cosida con hilo dorado, leyó sin esfuerzo las palabras en latín previstas por el misal romano. De todos modos, las conocía de memoria. El príncipe, en cambio, no sabía leer. También él había intentado aprender el juramento, pero los complicados vocablos apenas lograban salir de su boca. El arzobispo, parado delante de él, dudó si darlo por bueno, pero el príncipe le dirigió una mirada tan

implacable, tan conminatoria, que el prelado dio media vuelta y se dirigió al altar para comenzar el ofertorio. Estaba hecho. A los ojos del Dios en el que creían y a los ojos del mundo en el que vivían, ya no eran dos, sino una sola carne. Se acababan de obligar a no pensar más en sí mismos, sino siempre en el otro. Eran marido y mujer, aunque apenas se conocían.

Hacia el final de la Misa se arrodillaron para comulgar bajo las dos especies. Primero dio ella un leve sorbo del enjoyado cáliz que le presentaba el arzobispo. Luego le tocó el turno al príncipe, que experimentó un pequeño escalofrío al poner los labios sobre el lugar por el que había bebido su esposa. Hubo una breve admonición final y a continuación el arzobispo se acercó a la princesa. Suavizó un poco su rostro huesudo y, con una sonrisa de padre, pellizcó a la princesa en la barbilla y le hizo la señal de la cruz en la frente, mientras ella miraba al suelo. Luego señaló al príncipe, para que se acercara. Este obedeció, dio dos pasos y dobló mecánicamente el talle, para ofrecer a su mujer el primer beso de hombre que no fuera su propio padre. Ella no lo miró. Sólo ofreció la mejilla, sobre la que cayeron los labios del príncipe, cuarteados y resecos por muchas horas de cabalgar al viento. Ahora le tocaba el turno a la princesa que, evitando los ojos de su esposo, estiró un poco el cuello, hasta tocar con su velo la cara del príncipe. No hubo más.

Durante el banquete, en la sala más amplia del palacio-fortaleza, el príncipe y la princesa se sentaron juntos. La princesa a la derecha de su nuevo padre, que presidía, y el príncipe a la derecha de ella. En bancos corridos, sin respaldo, se encorvaban los aristócratas y sus mujeres, con los codos clavados en las largas mesas de madera dispuestas en herradura. Criados con cara de preocupación traían y llevaban las bruñidas bandejas, tratando de esquivar los festivos huesos de pollo que de tanto en tanto cruzaban el aire, de mesa a mesa. El centro del espacio formado por los comensales era ocupado por media docena de saltimbanquis que efectuaban sencillas cabriolas y juegos malabares, sin que nadie les hiciera mucho caso. El sobrecogedor silencio de la boda, sólo interrumpido por los cantos y lecturas sagradas, contrastaba ahora fuertemente con el estruendoso guirigay de voces y risas masculinas. Seis o siete piezas de caza giraban lentamente en asadores dispuestos en los huecos de las chimeneas. Gruesos tapices cubrían las paredes y

docenas de antorchas alimentadas con aceite procuraban algo de luz a aquella especie de cueva.

El Rey parecía mantenerse ajeno a la estupenda bulla, que en modo alguno podía considerarse irrespetuosa hacia su persona. Aquel día había cerrado una etapa importante de su vida y de su labor de gobierno —asegurar la continuidad de la estirpe— y, a falta del nacimiento de un nieto varón, se encontraba en paz y dirigía a la princesa, de vez en cuando, miradas de agradecimiento. La princesa tenía el rostro aún más hierático que durante la Misa. Era consciente de que había pasado a ser una señora, e instintivamente procuraba adoptar los aires de su nuevo rango. Sin embargo, su terrible seriedad se debía más bien al deplorable espectáculo que estaba contemplando. ¡Qué contraste con el agradable murmullo de educadas voces durante los banquetes de su propio palacio! Allí a nadie se le ocurría pegar las carrasposas risotadas que esa noche estaba oyendo, a pocos centímetros de su cara. En su casa todos los comensales, nobles, burgueses y clérigos, se esforzaban por dejar cierto protagonismo al delicadísimo conjunto de cámara que siempre actuaba y que creaba una atmósfera de lo más refinado. Se comía con las manos, pero procurando mancharse lo menos posible y utilizando con frecuencia los cuencos de agua y las pequeñas toallas preparadas al efecto. En cambio, ahora casi sentía náuseas al ver con qué firmeza empuñaban aquellos hombres y mujeres los muslos y costillas, dejando que la grasa manchara sus pobladas barbas. Su aya, que permanecía de pie detrás de ella, se daba perfecta cuenta de lo que estaba sufriendo su niña y se acercaba para partirle ella misma la carne con los dedos, o para forzarle a que diera unos sorbos a la gran copa de vino que tenía delante.

¿Y el príncipe? El príncipe había sido monopolizado por sus amigotes de la guardia, invitados para la ocasión, y que se habían hecho fuertes en una esquina. Era el primero del grupo en casarse y, con la familiaridad de ser hermanos en la milicia, le estaban gastando bromas subidas de tono. El príncipe no era un calavera, pero le gustaba divertirse con sus compañeros. No bebía mucho y nunca había sido arrestado por presentarse borracho al servicio. No obstante, por amor a sus amigos, estaba ahora haciendo una excepción y tragando todo el líquido que le ponían delante. Giraba con frecuencia la cabeza con la esperanza de que la princesa le

dirigiera una sonrisa, que nunca llegaba. Mientras, su cabeza se iba nublando conforme avanzaban la noche y los brindis.

La princesa fue la primera en retirarse. Volvió el rostro y pidió al aburrido traductor que se acercara. Este escuchó a la princesa y se inclinó a continuación ante el Rey, comunicándole que la princesa solicitaba permiso para ir a sus aposentos. El Rey lo concedió, levantándose e inclinando profundamente el torso. Al verlo, las doscientas personas congregadas se levantaron también de sopetón, dejando caer sobre la madera o el suelo los trozos de carne que sostenían. Hubo un momento de silencio, interrumpido por los bancos que se cayeron hacia atrás y por el crepitar de la grasa estallando sobre el fuego. El príncipe también se puso en pie de un salto, lo que le hizo perder un poco el equilibrio debido al impulso y al alcohol. La princesa le tendió la mano y él, como pudo, la tomó y la besó, dejando sobre ella algunas gotas de licor de miel.

No estaba bien que el novio hiciera esperar mucho a la novia. Debía permanecer un rato más con sus invitados y luego solicitar él también permiso al Rey, para ir a pasar su primera noche como marido. El cristianismo había traído a aquel rincón del mundo el aprecio por la virginidad y por el misterio de su pérdida, así que en los minutos que precedieron a su marcha, el príncipe y sus amigos se miraron en silencio, con una leve sonrisa traviesa colgada de sus labios.

Definitivamente había bebido demasiado y sólo fue con la disimulada ayuda de un par de íntimos que el príncipe logró recorrer los pasillos y escaleras que llevaban al cuarto que el Rey les había designado. Los dos mozarrones que medio lo llevaban en volandas le pusieron contra la pared y le dieron unas cariñosas bofetadas para que se despejase. Luego llamaron ellos mismos a la puerta del cuarto con dos recios puñetazos. El príncipe, apoyándose siempre sobre los imponentes sillares de la pared, se colocó frente a la puerta, asió con esfuerzo el pomo, dio un gran suspiro para tranquilizarse y entró con poca decisión en la estancia.

La habitación era enteramente de piedra. En el lado más al sur, sin embargo, había varias ventanas de grueso cristal, con contraventanas de madera labrada. Otra puerta daba acceso directo a las almenas. Al este, un gran hueco en la pared señalaba el lugar

de la chimenea, que estaba pobremente encendida y desprendía una luz igualmente escasa y fantasmagórica. El lado oeste estaba cubierto con varios tapices sin apenas encanto, que pretendían retener un poco el calor que hubiera dentro. En el lado norte, la cama. Una cama grande, de madera, con una especie de baldaquino con dosel, adornadas las patas y los costados con runas y pequeñas escenas de monterías.

El príncipe no vio a la princesa en un primer momento. Luego se percató de que esta se había acostado ya, de lo que daba prueba el pequeño bulto en el extremo izquierdo de la cama. El príncipe se acercó un poco. Desde dos o tres metros se fijó en que la princesa llevaba un camisón y un gorro donde había recogido todo su pelo. Procurando no hacer ruido, pero sin saber si la princesa estaba dormida o no, el príncipe fue hasta el baúl de sus pertenencias y comenzó a desabrocharse el jubón y la camisa. Luego, sintiendo algo de vergüenza por la presencia de la princesa, se retiró hasta detrás de una columna, donde él también se puso un largo camisón. Descalzo, de puntillas, fue rápidamente hasta la cama pues el suelo ardía de puro helado. Su lado de la cama también estaba frío, por lo que se revolvió varias veces, intentando que el roce calentara las sábanas. Luego se quedó quieto, mirando al techo. Suspiró de nuevo. Volvió la cabeza hacia donde yacía su mujer. A continuación, giró el tronco y se arrastró unos centímetros. Alargó la mano derecha y la puso sobre el hombro derecho de la princesa, que estaba de costado. Ella no dormía y al sentir aquel primer contacto físico se estremeció involuntariamente y se encogió aún más de lo que estaba. Estaba segura de que su sentido del deber le haría superar la timidez propia de una doncella, pero no había sido así. Estaba aterrada. El príncipe se retiró, asustado también él y volvió a la posición original. Eso no se lo había esperado. En realidad, no sabía qué esperar de ese momento. Sin embargo, se daba cuenta, por todo lo que había pasado durante el día, de que la princesa no iba a caer rendida en sus brazos. Su espíritu caballeresco se impuso. Antes prefería morir que forzarla. Por eso se levantó y fue otra vez hasta su baúl. Allí rebuscó por el fondo y extrajo dos piezas de piel de oso de especial grosor. Volvió a su lado de la cama y extendió una de las pieles sobre el suelo. Se tumbó en ella y se cubrió con la otra.

Aquella noche fue, con mucho, la peor de su vida. No pudo asegurar si consiguió conciliar el sueño en algún instante. Sólo recordaba haber estado dando vueltas y más vueltas, probando todas las posturas posibles y perdiendo calor a cada segundo. Le aguijoneaba la tentación de volver a meterse en su cama, pero su orgullo, más que su amor o su respeto, consiguieron que continuara en el suelo. Saludó el amanecer con un tremendo alivio y, aunque aún quedaba tiempo para la hora habitual de levantarse, se vistió y, echándose por encima una de las pieles, comenzó a pasear por la habitación, tratando de elevar la temperatura de su cuerpo. La princesa seguía dormida. Se había cambiado de lado y probablemente habría notado que había pasado la noche sola en su tálamo nupcial. Cuando despertó, se incorporó bruscamente en la cama, aunque volvió a meterse bajo las mantas, al ver al príncipe mirándola fijamente. Este se dio cuenta de que su presencia la incomodaba, así que salió a la muralla por la puerta interior. Paseó durante un rato, saludando a los compañeros que habían pasado la noche de guardia, probablemente más calientes que él, metido en aquella nevera de piedra. Alguno le preguntó que qué tal, pero él se limitó a dar respuestas vagas o inaudibles. Cuando volvió, la princesa ya estaba vestida y sentada ante una mesa de madera, donde algún mayordomo había dejado dos trozos de pan, un cuenco con frutos secos, una jarra de leche y dos vasos de barro. La princesa apenas comió unas cuantas nueces. El príncipe, desfallecido por la prueba, se comió tanto lo suyo como lo de ella.

El Rey le había concedido un par de días de permiso antes de reincorporarse a la guardia, así que, por señas, el príncipe dijo a la princesa que se echara algo sobre los hombros y lo siguiera. Quería enseñarle el castillo. El secretario del Rey ya había guiado a la princesa por la parte noble de la fortificación, pero el príncipe había nacido allí, había crecido correteando entre sus muros y, con las lecciones de esgrima y equitación como únicas obligaciones académicas, había tenido tiempo más que suficiente para recorrer hasta los más oscuros pasadizos. Sin embargo, el príncipe se equivocó al pensar que las oscuras mazmorras del castillo despertarían el interés de la princesa, que estaba espeluznada y no se separaba del príncipe por miedo a perderse entre aquel laberinto de malolientes paredes e infestado de ratas. Tres horas más tarde el príncipe apagó sonriente la antorcha de la que se había servido y

pudo observar, desilusionado, la palidez de la cara de la princesa, provocada por el miedo que los tétricos calabozos le habían producido. Fracaso total, pensó el príncipe.

Almorzaron con el Rey y con los miembros de su curia regia. La princesa se mantuvo igualmente silenciosa y el Rey lo advirtió. Al finalizar la comida, también a base de caza y cerveza, aconsejó a su hijo que la llevara a cabalgar. Así, al menos, le daría el aire.

Los alrededores del castillo no eran idílicos, precisamente. Estaba situado en lo alto de una colina. A sus pies, a media hora de camino, se extendía la ciudad más importante del reino, gracias a su puerto, comercial y de pesca. Por el otro lado la colina descendía suavemente hasta la playa y allí fue donde se encaminaron los recién casados. Ella era buena amazona y los caballos, soberbios. Cuando llegaron a las dunas que bordeaban la playa se detuvieron y, sin mirarse, se pusieron a contemplar el triste horizonte. El cielo estaba gris oscuro, casi negro. No tardaría en descargar la lluvia. A derecha e izquierda, durante kilómetros, no se veía ni un hombre, ni una casa, ni una brizna de hierba. El fuerte viento provocaba remolinos en la arena de vez en cuando y las olas del mar se acercaban violentas y amenazadoras, asegurando la muerte a quien osara acercarse demasiado. Anochecía muy pronto en aquellas latitudes y el sol estaba ausente, aprisionado detrás de las nubes. La cabalgada, efectivamente, la había despejado, y le había hecho recordar sus juegos de antaño, con sus damas de compañía.

En su casa, al sur del continente, el sol se ponía muy tarde en verano, y era más bello aún en los minutos antes de que desapareciera. No hacía falta llevar nada encima del vestido, y las ráfagas de viento refrescaban la frente y el cuello, mientras se oían las risas de los escuderos. La princesa tuvo un súbito acceso de nostalgia y no pudo evitar que unas lágrimas le corrieran por las mejillas. El príncipe lo notó y se volvió a maldecir: por segunda vez había tratado de procurar algún divertimento a la princesa y por segunda vez la había fastidiado. Era mejor volver al castillo.

Después de la cena, igual de monótona que la comida, el príncipe y la princesa se retiraron a sus aposentos. El príncipe, escarmentado, había ordenado que se hiciera un buen fuego y se dejara una gran cesta con abundante provisión de leña. La habitación, por eso,

parecía más alegre, y las sombras de las llamas remedaban a duendes que bailaran un aquelarre en las paredes y en los tapices que las cubrían. La princesa se puso a bordar, pasatiempo al que la había acostumbrado su haya, sentada en un escalón, a modo de asiento, construido bajo las ventanas. El príncipe se sentó a dos metros de ella, mirando sus hábiles manos, pero, por supuesto, sin poder dirigirle la palabra.

Al cabo de diez minutos el príncipe, aburrido, fue a su arcón y sacó su flauta, la que un viejo mozo de cuadras le había fabricado y enseñado a tocar de pequeño. Se la puso en los labios y empezó a desgranar una canción tradicional cuya letra hablaba de la vuelta a casa de unos pescadores, de cómo han cogido muchos peces y sus mujeres están contentas. De cómo se sientan a la mesa y empiezan a beber sopa. De cómo sus hijos les abrazan las piernas y luego se van a dormir, para volver a madrugar al día siguiente y poder salir a la mar. La princesa dejó de bordar y sólo escuchaba el sonido de la flauta. La melodía le recordó el desolado paisaje que había visto durante la excursión, pero también la alegría de encontrar la chimenea encendida y la cara satisfecha del príncipe cuando alargó hacia ella sus manos.

Al cabo de un buen rato la princesa empezó a bostezar. Era tarde. Sin embargo, ninguno de los dos hacía ningún ademán de irse a acostar. El príncipe entendió lo que ocurría y se levantó, fue hasta su baúl y volvió a sacar de él las dos pieles. Sin embargo, mientras lo hacía, recordó con horror la pasada noche de tortura y, mirando alternativamente a la princesa y a la cómoda cama, con el carísimo edredón de plumas que les había regalado el Rey, tomó una decisión. Salió de la estancia, momento que la princesa aprovechó para desvestirse, y regresó a los veinte minutos. Traía dos enormes sacos de harina, que se había encargado de rellenar con varios kilos de paja, tomados de las caballerizas. Con una sonrisa de triunfo en la boca saludó a la princesa y descargó en el suelo su nuevo lecho. Se acabó el pasar frío, pensó. Se desnudó y se puso su camisón detrás de uno de los tapices, a modo de biombo. Luego alimentó la chimenea con varios troncos más y se tumbó sobre los sacos, arropándose con ambas pieles.

Al principio la cosa pareció funcionar. Sentía calor por encima de sí,

gracias a las pieles y a las llamas del fuego. Sin embargo, a la media hora empezó a sentir que la paja daba de sí y que se hundía cada vez más, acercándose peligrosamente a las gélidas losas del suelo. De nuevo comenzó la lucha contra el frío. De nuevo el príncipe tuvo que girarse mil veces de uno a otro lado, buscando la postura menos dolorosa. No obstante, durante algunos ratos cuya duración no pudo precisar, el príncipe consiguió dormirse y soñar que le hacían capitán de la guardia y que defendía exitosamente el castillo contra una enorme banda de salvajes que lo habían rodeado.

A la mañana siguiente el príncipe se levantó con un terrible dolor de espalda. Apenas pudo sentarse a desayunar. Doblar el espinazo le costaba muchísimo. Tanto, que la princesa, movida a compasión, le señaló la cama, aconsejándole que se acostara. El príncipe pudo, por fin, dormir a sus anchas durante varias horas mientras la princesa cosía bajo la cenicienta luz matutina que entraba por las cristaleras.

El permiso se acababa y esa misma noche el príncipe entraba de servicio. Aun dolorido se puso el uniforme y se marchó a su torreta de simple soldado, junto al muro exterior. La princesa pidió cenar sola, en su cuarto, tras lo cual cogió uno de los pocos libros que había traído y se puso a leer bajo una antorcha, colocada justo entre dos ventanas. Tras un rato de lectura la princesa llamó para que un paje echara unos cuantos troncos en la chimenea —era una noche especialmente fría— y volvió a sentarse. Distraída, se fijó en que, a través del cristal, se podía ver a un hombre, de pie, en la parte de la muralla que hacía de balcón del cuarto. El hombre giró la cabeza y entonces la princesa reconoció al príncipe, al que el azar de las rotaciones había llevado hasta allí. ¿Cuánto tiempo habría estado ahí parado, soportando la noche, mientras ella estaba dentro, calentita? Sin meditarlo mucho se puso su elegante capa y cogió bajo el brazo una de las pieles. Salió a la muralla por la puerta interior y se acercó a su marido. Este tenía las mejillas rojas y apenas hizo ningún gesto cuando vio acercarse a su esposa. Además, estaba prohibido hablar con “civiles” durante la guardia. La princesa desplegó la pesada piel, dando a entender que quería que se la pusiese. El príncipe, después de pensárselo, dejó un instante la lanza y el escudo apoyados contra la almena y se envolvió en la piel. Sonrió. La princesa también sonrió. El príncipe, en vez de retomar la lanza y el escudo, alzó la mano derecha, señalando al

cielo. La princesa siguió la dirección de su brazo y encontró una estrella muy brillante. A continuación, el príncipe empezó a hablarle en su lengua de las diferentes constelaciones, indicando dónde estaban las estrellas que las formaban, y contando las historias que correspondían a cada una de las figuras mitológicas: los dos carneros peleando por el último brote de pasto, el árbol cuyos frutos daban la inmortalidad, el cíclope raptando a la ninfa de la que se había enamorado… De repente, un leve carraspeo despertó a los dos de su ensimismamiento. Era el relevo. Un sargento con cara de pocos amigos venía con un binomio de soldados que apenas podían contener la risa. El sargento, con dos gruñidos, le dijo al príncipe que su turno había acabado, que recogiera del suelo sus armas y se retirase. El príncipe, muerto de vergüenza, obedeció y entró en su habitación, seguido de la princesa.

Más calmado, el príncipe volvió a discurrir sobre el problema que se le presentaba: dormir. La princesa aún permanecía de pie, en medio de la habitación, sin saber muy bien qué hacer. El príncipe tuvo una idea y salió de la habitación. La princesa aprovechó otra vez para desvestirse rápidamente, tras lo cual el príncipe regresó con una amplia sonrisa y dos anchos tablones. Volvió a salir y volvió a regresar con otros dos más. Los había birlado del taller de carpintería. Los colocó en el suelo a modo de catre improvisado y encima puso los dos sacos de paja. Orgulloso, puso el pie encima, como invitando a la princesa a que probara su comodidad. La princesa se metió en la cama y él volvió a cambiarse detrás de la columna.

La noche fue sensiblemente mejor, pero distaba de ser una solución definitiva. Por fortuna, el príncipe se levantó sin ninguna molestia en la espalda y desayunó de buen humor. La vista de los tres o cuatro libros que la princesa había dejado encima de la mesa la noche anterior le había dado una idea. Tenía la mañana libre porque su guardia era vespertina así que, siempre por señas, le dijo a la princesa que se pusiera de nuevo su capa y, tomándola de la mano, medio la arrastró hacia las cuadras. Allí cogieron sus caballos y partieron al galope.

Una hora más tarde llegaron a un monasterio de anchos muros y

esbeltos arbotantes, con un campanario que sobresalía bastante del resto de la construcción. El príncipe, resoplando, ayudó a la princesa a descabalgar y se dirigió corriendo a la puerta principal, que aporreó con fuerza, como si ya hubiera estado allí antes. Les abrió un frailecillo bajito y encorvado, con la cabeza rasurada y una barba de chivo. Mirándole como se mira a un niño travieso, les dejó pasar. Antes, el príncipe había tenido buen cuidado de poner a la princesa una amplia capucha que ocultara sus rasgos femeninos, pues estaban entrando en una clausura.

La portería era una habitación minúscula que daba paso a varios pasillos. Estos rodeaban un patio de considerable amplitud, con un pozo en medio, manzanos, perales y varias lápidas de hermanos fallecidos en años anteriores. Algunos monjes con la capucha bajada paseaban por él, sumidos en meditación. Cuando hubieron avanzado unos metros, un monje joven les salió al paso y, sin ninguna ceremonia, abrazó al príncipe. Era un antiguo compañero de juegos y de la guardia, que había decidido ser célibe en cumplimiento de una promesa: la Virgen había salvado a su hermana pequeña de morir de fiebres. El príncipe y él intercambiaron unas palabras en voz alta y sólo bajaron el tono de voz cuando un monje más mayor vino para reconvenirles. El príncipe, a continuación, dijo algo en tono de interrogación, señalando a la princesa. El monje joven asintió y se llevó la mano al cinturón de cuerdas, de donde colgaban unas cuantas llaves.

El monje joven les guio por oscuros y fríos corredores hasta llegar a una puerta de madera, en cuya cerradura introdujo una de las llaves. Con un espantoso chirriar, la puerta se abrió y los tres entraron en la biblioteca del monasterio. Dos pisos llenos de libros y pergaminos, fruto de siglos de recopilación y de muchos años de copia y miniado. La princesa puso los ojos como platos. Ni siquiera en el palacio de su padre había visto nunca tantos libros juntos. Dejando atrás a sus acompañantes avanzó sola por entre las mesas y anaqueles, acercándose a las estanterías, descifrando los títulos de las obras, casi todas en latín o en griego. La princesa alargó la mano para coger uno, pero se reprimió y miró primero al monje joven, que con una sonrisa la invitó a proseguir. El príncipe miró al joven monje, agradecido, y le susurró algo al oído. El monje se puso serio de repente, pero terminó por ceder a lo que le había pedido el

príncipe. Entonces este se acercó a la princesa y, tomando uno de los libros, lo introdujo en un imaginario bolsillo, mientras hacía el número tres con los dedos de una mano. La princesa lo entendió y se le iluminó la cara. Localizó tres libros de mediano tamaño y se los dio al príncipe, que los metió en una bolsa de cuero. Estaba absolutamente prohibido sustraer libros de la biblioteca, bajo pena de censura, pero el príncipe estaba decidido a agradar a su joven esposa.

El camino a casa fue muy alegre. El príncipe y la princesa se miraban y se sonreían continuamente. No obstante, el cielo comenzó a ennegrecerse, prometiendo un buen chaparrón y ninguno de los dos iba bien protegido. Comenzó a llover a mares, siendo acompañada la lluvia de espectaculares relámpagos y terribles truenos. El príncipe y la princesa estaban empapados, y de nada sirvió que el príncipe pusiera su propia capa de piel sobre la fina capa de la princesa, que chorreaba agua.

A lo lejos, el príncipe divisó una cabaña de pastores, de cuya chimenea escapaba un hilillo de humo. Agarrando de las riendas el caballo de la princesa tomó esa dirección. Una vez allí desmontó, tomó en sus brazos a la princesa, que prácticamente estaba desmayada, y entró en la cabaña, abriendo la puerta con la pierna. La familia que allí estaba se asustó bastante al ver entrar a un hombre con ropas de caballero. El príncipe, con un par de voces, se identificó y pidió una cama y algo caliente para la princesa. La familia señaló a un camastro de piel de oveja, donde solían dormir los padres.

La princesa no conseguía abrir los ojos y su frente se iba poniendo más y más caliente. El príncipe, furioso, se paseaba de un lado a otro de la modestísima habitación, mordiéndose las uñas.

Dejó de llover poco antes de que se pusiera el sol. El príncipe volvió a tomar en volandas a la princesa y, con ayuda del padre, montó en el caballo con ella encima. Tuvieron que ir muy despacio y, a medio camino, volvió a ponerse a llover. Llegaron ya anochecido. El príncipe entró en el castillo llamando a gritos a los médicos, que acudieron a su habitación a los pocos minutos. Eran tres hombres ancianos, dos cristianos y un judío, que no tenían unos conocimientos excesivos sobre el cuerpo humano. Palparon la frente

de la princesa y prepararon una infusión, de la que hicieron tragar unos sorbos a la enferma, a la que habían metido en la cama. Aparte de eso, aconsejaron gasas frías en la cabeza hasta que la fiebre desapareciera. Los tres se fueron turnando durante toda la noche, con el príncipe y el aya de pie, en un segundo plano, sin saber qué hacer.

Al mediodía siguiente, los tres médicos se mostraron unánimes: la fiebre era demasiado alta y la princesa no viviría para ver el próximo día. El rey, que había realizado frecuentes visitas a la habitación de su hijo, abrazó a este, apretándolo mucho, como hacía cuando era niño. El aya lanzó un sonoro sollozo, pues había entendido el mensaje, y se arrodilló al borde de la cama, agarrándose desesperadamente al edredón.

Una vez los médicos hubieron abandonado la habitación, quedándose únicamente el aya y el príncipe, este salió cabizbajo a la parte de la muralla adyacente con la habitación. Allí, contemplando el triste atardecer, pensó en su amigo el monje: ¿se atrevería él a ofrecer su vida a cambio de la de la princesa? ¿Podía uno entrar en religión después de haberse casado? ¿Sería fiel a sus votos, sabiendo que su mujer lo esperaba en algún lugar? ¿Y el Reino?, ¿quién sucedería a su padre en el trono?, ¿el imbécil de su primo, el que no sabía mantenerse encima de una silla de montar, aunque lo amarraran a ella? Sin tomar ninguna decisión, el príncipe volvió dentro, puso en pie al aya y, con gestos apresurados, le dijo que trajera todas las mantas que pudiera, así como más agua fría y trapos para empaparlos en ella. Así se hizo y el príncipe y el aya fueron turnándose durante varias horas aquella noche, cambiando los trapos de la frente de la princesa en cuanto se volvían tibios.

El brillo en los ojos de la enferma fue apagándose conforme se apagaba la hoguera de la chimenea. Su cara dejó de estar meramente pálida y se tornó de un color cercano al verde mortecino. Su sudor ya no estaba ardiente sino desesperadamente frío. En algún momento de la madrugada la princesa dejó de respirar. El aya, derrengada, yacía medio sentada, medio echada sobre la mesa de la habitación. El príncipe, derrotado, se maldijo mil veces por no haber tenido el valor de hacer la promesa que quizá habría devuelto la vida a su amada. Los rojos rescoldos que

quedaban en la chimenea le trajeron a la mente una sola palabra: infierno. Pensó que a esas horas sería imposible encontrar un capellán que dijera un responso y, sin desvestirse siquiera, se metió en el jergón que había ido fabricándose noche tras noche. Se quedó dormido enseguida.

Soñó que se encontraba en un bosque. Caminaba despacio mientras tocaba la flauta. Delante de él caminaba la princesa, dándole la espalda. Se suponía que cuanto mejor tocara, más se acercaría a él la princesa, pero en vez de eso la princesa se alejaba cada vez más. El príncipe soplaba y soplaba mientras interpretaba una y otra vez la misma canción, pero la princesa seguía caminando, hasta que la perdía de vista tras las ramas de los árboles.

Cuando abrió los ojos, la claridad de la habitación le confirmó que hacía varias horas que había amanecido. Alzó un poco el cuello y pudo ver que el aya seguía dormida, recostada sobre la mesa. Le vinieron a la cabeza los últimos momentos de la noche precedente. Trató de imaginar cómo sería su vida a partir de entonces. Se había hecho ilusiones de que la princesa, por fin, le permitiera besarla. Pensó en su padre, en las largas tardes de invierno en que él le había visto sentado ante el fuego, hundido, recordando a su madre fallecida. Se preguntó si el mismo destino le aguardaba a él.

Sin embargo, algo estaba fuera de lugar. El príncipe se dio la vuelta hacia el otro lado y allí, acurrucada en su catre como una niña de diez años, estaba la princesa. Tenía la cara vuelta hacia él, los ojos cerrados y la boca medio abierta, por la que exhalaba un suavísimo ronquido. Al príncipe le pareció que el corazón le estallaba de alegría y, para confirmar sus sospechas, acercó su cara a la de la princesa. Besó su frente y la encontró tibia, no ardiente, como la noche anterior. Murmuró una oración de agradecimiento y, con todo el cuidado del que fue capaz, atrajo hacia sí una de las manos de la princesa, poniéndola sobre su pecho. Luego, juntos de veras por primera vez, el príncipe se volvió a dormir.

SERENATA

Caminaban descalzos y abrazados sobre la bien lijada superficie del nuevo puerto deportivo. Ella lo agarraba de la cintura y él no sabía dónde poner las manos. De ese modo apenas avanzaban, ya que por cada diez segundos de marcha se detenían cinco para volver a besarse. Había sido una noche perfecta —barbacoa en la playa, barra libre, bailoteo— y querían que terminara de modo igualmente perfecto. No les apetecía regresar al hotel o simplemente no podían esperar, así que decidieron pasearse entre los yates amarrados, a ver si conseguían subir a uno de tapadillo.

Encontraron un elegante barco a motor de mediano tamaño y que parecía abierto. Se cercioraron de que no había nadie cerca y subieron por una escalerilla que estaba desplegada. Comprobaron que, efectivamente, la puerta que daba al interior no tenía echada la llave y de que dentro había una amplia y limpia cabina, con un ancho sofá y blandos cojines.

Llevarían una media hora allí cuando notaron que la embarcación se movía. El chico se incorporó de un salto y corrió desnudo hacia la puerta, pero el miedo o el pudor le impidieron salir y protestar. Después de todo eran ellos los que se habían colado. No habían oído llegar a los dueños ni desatar las amarras, así que se encontraban en un aprieto.

Cuando regresó al interior, la chica ya había comenzado a vestirse y el chico la imitó.

—¿Qué hacemos? —preguntó ella medio asustada.

—No sé —dijo el chico mientras se ponía las bermudas—, quizá lo mejor sea que salgamos y les digamos la verdad. Puede que se enrollen o puede que nos caiga una bronca de muerte, pero es que no sabemos a dónde van, así que…

Ya decentes, el chico y la chica caminaron de puntillas y todo lo agachados que pudieron, a través de la penumbra, hasta la puerta que daba a la cubierta trasera, por donde habían entrado. Cuando el chico ya había puesto la mano en el picaporte algo grande se precipitó de repente desde la cubierta que tenían encima, donde debían de encontrarse en esos momentos los desconocidos tripulantes. El chico trató de fijarse mejor. El bulto que podía ver a través de la ventana de la cabina parecía un hombre. La intensa luz de la luna, casi llena, permitía ver las piernas y los brazos de aquel tipo alto y grueso que acababa de caer a plomo desde metro y medio de altura y que permanecía inmóvil boca abajo.

—¿Qué ha sido eso? —susurró la chica, sobresaltada.

—No sé, no sé, cállate.

Oyeron pasos metálicos. Alguien estaba descendiendo por una escalerilla desde la parte de arriba.

—¡Atrás!, ¡atrás! ¡escóndete! —dijo el chico, tratando de no dejarse llevar por el pánico.

Los dos retrocedieron a trompicones y se echaron al suelo detrás del sofá en el que habían estado tumbados minutos antes, apartando unos paquetes puestos allí, unos encima de otros. Definitivamente, algo no iba bien. El chico levantó la cabeza y, por encima del brazo del sofá, pudo ver que otras dos figuras corpulentas se situaban alrededor del cuerpo que él había visto caer y lo agarraban por manos y piernas. Con aparente esfuerzo, sin levantarlo apenas del suelo, lo acarrearon hasta la borda. Allí lo izaron un poco más y, sin ninguna ceremonia, lo dejaron caer al mar, en cuyas aguas se hundió sin apenas chapoteo.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué pasa? —preguntó la chica, agarrando con fuerza al chico por detrás.

—¡No sé, no sé! —respondió, a pesar de que estaba seguro de lo que había visto—. ¡Tú cállate y no te muevas… por favor no digas nada!

El chico se aplastó aún más contra la delgada pared de la cabina, rodeando a la chica con sus brazos y tratando de que escondiera la

cabeza entre los suyos. Se oyeron de nuevo los pasos tranquilos de los hombres, que volvían a subir por la escalerilla.

El tiempo pasa muy lentamente en la oscuridad y ninguno de los dos llevaba reloj. ¿Quién lo necesitaba en una noche de juerga? Con la chica pegada a su costado, el chico estaba cada vez más asustado. Además, se sentía responsable de lo que pasara, ya que había sido él quien había insistido para que se metieran en el barco. Total, los dueños debían de estar emborrachándose en alguna discoteca —había pensado—, como casi todo el mundo a esas horas.

—¡No, dime qué pasa y por qué nos tenemos que esconder! —exigió la chica.

El chico dejó pasar unos segundos antes de responder:

—…Creo que han tirado a alguien al mar.

La chica entonces guardó silencio y se recostó contra él todavía más.

Desde donde estaban se podían oír pisadas en el piso superior. También voces hablando en tono normal, pero el chico no pudo determinar de cuántas personas se trataba ni lo que estaban diciendo.

Echándole valor, el chico se levantó sin decir nada, pero poniéndose el dedo en la boca, para exigir silencio a la chica. Llegó hasta la puerta y volvió a agarrar el picaporte. Comprobó que chirriaba un poco, pero se imaginó que, con el ruido del motor y de las olas, los de arriba no oirían nada. Entreabrió la puerta y sacó un poco la cabeza, tratando de ver si había alguien inmediatamente por encima de él. Como parecía que todos los tripulantes estaban en el extremo delantero del barco, el chico se decidió y salió al aire libre.

La noche era muy agradable. Hacía calor, pero la brisa de la madrugada refrescaba el ambiente. Un sabroso gusto a sal impregnaba el aire, y la luz de la luna, reflejada en la espuma del agua, daba a esta un precioso tono esmeralda.

El chico trató de mirar a lo lejos, tratando de distinguir las luces de

la costa, sin conseguirlo. Luego dio un par de pasos y su zapatilla tropezó con algo que había en el suelo. En la oscuridad pudo distinguir un bulto del tamaño de una caja de cereales. Se agachó y lo palpó. Era un paquete envuelto cuidadosamente en plástico. Dedujo que el hombre que había caído al suelo lo había tenido entre sus manos y que había caído con él. Paseó su mano por toda su superficie y descubrió un agujero, una raja, más bien, como hecha con algún objeto afilado. Metió los dedos y comprobó que el paquete estaba lleno de una especie de polvo apelmazado.

El chico recordó los pequeños fardos junto a los que estaban sentados, en el interior de la cabina. Se dijo con desesperación que, con toda seguridad, los dueños vendrían a recogerlos más pronto o más tarde y que entonces los encontrarían a ellos.

Dejó el paquete en el suelo con mucho cuidado, mirando hacia atrás por encima de su hombro. Apenas se oía ningún ruido proveniente de arriba. Los hombres casi no se movían y, cuando hablaban, lo hacían en voz baja. El chico volvió a abrir la puerta y, muy despacio, recuperó su lugar en el escondite, donde se cercioró de que los paquetes que tenían a su lado eran del mismo tamaño y consistencia que el que él había encontrado fuera.

—¿Has visto algo? ¿Quiénes son? —preguntó la chica, ahora ya realmente aterrada.

El chico dudó si decirle la verdad, pero al final respondió:

—Creo que son traficantes de droga.

El chico notó cómo la chica, abrazada a él, se ponía tensa de repente, así que no le dijo que ellos mismos estaban sentados encima de la droga, casi con total seguridad. Además, en la completa oscuridad que les rodeaba era inútil buscar otro escondrijo y, si lo hacían, se arriesgaban a hacer ruido y que los descubrieran. Se dijo que lo único que podían hacer era esperar. Era también lo más cómodo. Dejarse atrapar sin lucha. Así evitaban que les hicieran más daño del necesario.

El chico se revolvió en su sitio y, a pesar de la postura tan incómoda, consiguió sacar el móvil del bolsillo del pantalón.

Imaginaba que, a la distancia que debían de estar de tierra firme, no habría cobertura, pero así consiguió saber que eran cerca de las cuatro de la madrugada. Trató de imaginarse hacia dónde se dirigían, repasando mentalmente la geografía del lugar, pero no fue capaz ni de hacer un cálculo aproximado.

Luego las cosas pasaron del modo más natural posible. Seguían acurrucados en el suelo, bien despiertos, porque el miedo no permite dormir, cuando volvieron a oír los pasos metálicos de antes. La sombra de un hombre pasó delante de la puerta. Oyeron cómo giraba el picaporte, cómo entraba en la cabina y cómo encendía una linterna que parecía una espada láser que estuviera blandiendo con su mano. La luz no les dio en la cara porque estaban bien escondidos, pero vieron cómo daba varias vueltas por la habitación y cómo el rayo se quedaba parado encima de ellos.

El hombre se dirigió con paso tranquilo hacia donde estaban, sin ponerse nervioso, apartando algunas cosas en su camino. Cuando llegó a la esquina del sofá la chica escondió aún más la cara en el hombro del chico y este entrecerró los ojos porque la luz le hacía daño, después de haber estado a oscuras tanto rato. El hombre permaneció así durante unos instantes, iluminándoles sin decir nada, con su cara en un tenebroso contraluz. Luego dio media vuelta y se dirigió hacia la puerta con igual parsimonia. Salió y dijo algunas palabras en voz alta, en una lengua que el chico no reconoció. Luego regresó junto al sofá y volvió a dirigir la linterna hacia su cara.

Medio minuto más tarde, otros dos hombres se unieron al de la linterna. El chico tampoco pudo ver sus caras, pero sí distinguió que los tres eran altos, que dos de ellos eran relativamente corpulentos y que uno era bastante más delgado que los otros dos. El delgado dijo algo a media voz y los tres quedaron en silencio durante unos instantes. Luego la sombra delgada volvió a decir algo, esta vez más breve pero con tono imperioso, y a continuación el primer hombre le pasó a él la linterna, se agachó y agarró al chico por los brazos, tirando de él hacia arriba.

El chico sólo opuso una mínima resistencia, dejando que el hombre tuviera que izar todo su peso; es decir, sin poner nada de su parte para levantarse. La chica, en cambio, se revolvió un poco, forcejeó

con los brazos y emitió un par de chillidos histéricos, hasta que el otro hombre le tapó la boca con la mano, desde atrás.

Salieron a la cubierta inferior. El chico volvió a sentir la temperatura ideal y el recuerdo de la sal que lo envolvía todo. En seguida, alguien encendió un foco que iluminó bastante lo que había alrededor y el chico pudo comprobar que en la popa había un pequeño mástil con la bandera de España y un salvavidas colgado de un gancho, con una cuerda enrollada en forma de ocho. Siempre sin resistirse, el chico dejó que el primer hombre lo arrastrara hacia la borda, donde lo empujó por los hombros hacia abajo, hasta quedar arrodillado.

A la luz del foco el chico vio cómo la chica también era colocada de rodillas a su lado. Era sorprendente lo bien que los dos se lo estaban tomando, pensó el chico. Probablemente sólo les quedaran unos segundos de vida y, sin embargo, no estaba realmente asustado. Les habían pillado como a dos niños malos, haciendo lo que no debían hacer, en un lugar donde no debían estar. E iban a recibir un castigo. Siempre había un castigo. Él sólo deseaba que el mal trago pasase pronto. A continuación, el chico oyó un súbito chasquido metálico en dos tiempos.

Entonces el otro hombre corpulento habló y todos quedaron en silencio. El hombre delgado —el chico reconoció su voz— preguntó algo y el primero le respondió. Se entabló un diálogo entre los tres en el que el hombre delgado seguía llevando la voz cantante. Él preguntaba y los otros respondían. El diálogo prosiguió durante un rato hasta que el chico creyó oír cómo alguien encendía un mechero y daba una profunda calada a un cigarrillo, cuyo desagradable olor se esparció entre ellos, dado que el barco se había detenido y ya no corría el ligero vientecillo que el chico había notado con anterioridad.

Entonces el hombre delgado dijo algo más y el segundo hombre volvió a entrar en la bodega —o eso le pareció al chico—, para salir minutos después. El chico notó que le ponían las manos a la espalda y que se las envolvían con lo que debía de ser cinta aislante o cinta americana, ancha y resistente. Sin embargo, no le taparon la boca. Hicieron lo mismo con la chica y a continuación les pusieron de pie. Les empujaron aún más hacia la popa y allí les obligaron a sentarse

con la espalda apoyada en la barandilla, mirándoles fijamente, aunque ellos no podían ver nada, ya que les cegaba el foco colocado en la cubierta superior. La chica empezó a llorar sin apenas hacer ruido.

Uno de los dos hombres corpulentos se quedó con ellos mientras el delgado y el otro subían al puente por la escalerilla. El barco se puso en marcha de nuevo. Desde donde estaban, el chico pudo oír como los dos hombres seguían conversando. Estarían hablando de ellos, decidiendo qué hacer. Por la modulación de la voz, el chico pensó que el hombre corpulento se estaba poniendo cada vez más nervioso, a pesar del tono conciliador del delgado. Por último, el primer hombre corpulento gritó algo y el hombre delgado calló. Pasados unos treinta segundos el hombre delgado y el corpulento volvieron a bajar por la escalerilla. El barco se había vuelto a detener.

El chico, sin querer levantar la mirada, pudo ver cómo el hombre delgado se aproximaba a él. Volvió a oír el mismo ruido metálico. Por segunda vez se dispuso a morir, pero, así como la primera lo había aceptado fácilmente, ahora experimentó verdadero pavor y, cuando sintió la punta de la pistola en la parte alta de su frente, entornó los ojos y empezó a decir en voz baja:

—No, no, por favor, no, no….

Entonces la punta del cañón se despegó de su cabeza y el chico pudo oír la voz del hombre delgado que le hablaba en castellano, con un fuerte acento nasal:

—¿No?… ¿Pvor ké no?… ¿Tzenías pensado hacer algo importante en esta vfida… aparte de pfollarte a esa tía en mi vfarco?

El chico entendió perfectamente la pregunta, pero, como es natural, no supo qué contestar. Tampoco pudo determinar si la pregunta iba en serio. Simplemente no se atrevía a hablar, como un alumno al que el profesor reta para que le presente una excusa creíble, sabiendo que no tiene ninguna.

—¿Eres un gran zsientífiko que va a enkontrar la vakuna kontra la malaria?

El chico mantuvo la mirada baja.

—¿Eres un polítiko que vfa a llevfar la pasz a muchosz paíszes en guerra?

El chico siguió callado.

—¿Eres una monja pfieja que da de kgomer a los pobres?… ¿No?… ¿Entonces pfor ké no te puedo matar?

El chico notó que le volvían a colocar la pistola delante. Una pistola grande y nuevecita que refulgía a la luz del foco. A continuación, el hombre delgado se desplazó un poco hacia su derecha. Por el rabillo del ojo, el chico vio cómo tomaba del pelo a la chica y le ponía la pistola en la sien mientras ella emitía más gritos asustados.

—No, no, por favor, no… —se atrevió a interceder el chico con voz temblorosa.

—¿No? ¿Pvor ké? —el hombre delgado volvió de un salto a su lado y le apretó los dos carrillos con la mano—. ¡Dime pvor ké no, joder!

Se lo estaba preguntando de veras, decidió el chico. Agitadísimo, el chico trataba de encontrar una buena respuesta, una razón por la que aquel tipo no debiera volarles los sesos.

—Porqueeee…, porque está embarazada… —dijo al fin, sin mirarle a los ojos.

El hombre delgado se incorporó y, de entrada, no dijo nada. Le soltó, se irguió y dio unos pasos hacia delante y hacia atrás, como queriendo recuperar el equilibrio. Luego se acercó a la chica:

—¿Esz vferdad?… ¿Es vferdad? ¿Esztás embarazsada?

La chica y el chico se miraron. Luego la chica levantó la cabeza y dijo suavemente:

—Sí…

El hombre delgado volvió a dar unos pasitos nerviosos arriba y

abajo. Seguidamente estalló en una sonora carcajada. Los hombres corpulentos se retiraron un poco de donde estaban y se acercaron al que parecía ser su jefe. Los ojos del chico se estaban acostumbrando a la potente luz del foco y ahora ya podía ver claramente quiénes formaban la tripulación del barco.

Efectivamente, dos de ellos eran unos gigantones. El tercero era mucho más delgado y un poco más bajo. Uno de los corpulentos era definitivamente gordo y lucía una camiseta de tirantes que dejaba ver sus brazos, así como una generosa porción de su velludo pecho. El otro llevaba una camiseta de manga corta que le estaba muy prieta y que permitía apreciar unos musculosos pectorales. Los dos llevaban pantalones vaqueros y el pelo muy corto, casi rapado. El delgado destacaba no sólo por su escasa envergadura sino porque iba vestido de forma totalmente distinta. Los otros recordaban a estibadores de puerto —quizá lo fueran— pero el delgado parecía salido de una fiesta tropical. Llevaba unos pantalones de tergal fino con la raya muy planchada, zapatos negros de rejilla y una camisa ancha de manga larga, con estampado de fantasía, también abierta hasta el pecho. Su pelo, de color claro, era largo y le caía hasta la nuca por detrás. El flequillo le caía también, por delante, hasta casi taparle los ojos. Las caras de los tres estaban muy rojas, como corresponde a gente de tez pálida que no sabe tomar el sol. Además, en aquellas partes de su piel que llevaban descubiertas se podían apreciar diversos tatuajes: símbolos parecidos a los del zodiaco, nombres escritos en alfabeto cirílico, estrellas con muchas puntas, cruces ortodoxas, etc.

El hombre delgado farfulló algo entre risas, ante las miradas interrogantes de sus compañeros. Al concluir, uno de los fornidos también se rio y el otro esbozó una amplia sonrisa.

—¿Y es ninyo o ninya? —preguntó el hombre delgado.

—No… no lo sabemos todavía —afirmó el chico sin apenas levantar la cara.

El hombre delgado, siempre con la pistola en su mano derecha, se desplazó otra vez a donde estaba la chica. La agarró por el pelo, tirando de su cabeza hacia atrás. Con la mano de la pistola asió su camiseta y se la levantó. A continuación, comenzó a acariciar su

bronceado vientre mientras gritaba algo a los otros, que seguían riéndose con ganas.

—*¿Kuánto tiempo? —le preguntó el hombre delgado al chico.*

—¿Qué?

—Ke kuánto tiempo, koño, ¿kuánto tiempo tiene ninyo?

—Cccreo que… dos meses, más o menos.

El hombre delgado seguía dando palmaditas en el estómago a la aterrorizada chica, mientras soltaba carcajadas nerviosas.

—*¡Fotos!, ¡kiero vfer fotos de boda!, ¡dame fotos! —le gritó al chico.*

El chico pensó que con las manos atadas ni siquiera podría sacar el móvil del bolsillo, pero, evidentemente, en él no había fotos de ninguna boda. Pasados unos segundos el chico estuvo por admitir que no, que había mentido, porque no se le ocurría nada más.

—No…, no estamos… no estamos casados…

Algo le decía que una mentira es más creíble cuanto más ajustada sea a la realidad. El hombre delgado calló de repente, se irguió y tradujo para los dos gigantones. A los tres pareció desconcertarles el que aquellos dos chavales se hubieran puesto a procrear sin estar unidos en santo matrimonio. Tras la primera sorpresa, el hombre delgado empezó a reír de nuevo y dijo algo a los otros, que también volvieron a partirse el bazo de risa.

—*¡Vfoda!, ¡vfamos a hazser vfoda! —anunció el delgado mirando al chico.*

Los dos grandullones dieron media vuelta y se metieron en la bodega, encendieron la luz y empezaron a revolver en varios baúles y en un armario empotrado.

—Tener hihjo sin estar kasados no está bfien… no está bfien —dijo el hombre delgado desternillándose—, vfamos a hazser bfonita vfoda.

Los dos tipos corpulentos salieron de la bodega. Uno llevaba una especie de sábana en la mano. El otro agarraba una botella con un líquido transparente y algunos vasos, en los que tenía metidos los dedos sin ningún reparo. El hombre delgado dijo algo en su idioma y el que llevaba aquella especie de sábana la dejó caer al suelo, sacó una navaja del bolsillo, la abrió, se acercó al chico y a la chica y cortó sus ligaduras. Ni el chico ni la chica se atrevieron a moverse, así que continuaron arrodillados, acariciándose las muñecas. Al cabo de unos segundos el tipo grande levantó en vilo a la chica y la puso de pie. Luego tomó la sábana, que resultó ser un amplísimo vestido blanco de mujer y se lo arrojó a la cara a la chica, para luego caer a sus pies.

—Póntelo… —dijo el hombre delgado—, ¡ke te lo pongas, zsorra!

La chica recogió el vestido del suelo. Rebuscó en él la parte de abajo y se lo introdujo por la cabeza. Una vez se lo hubo puesto se atusó instintivamente el pelo recogiéndoselo en la parte de atrás, y echó un vistazo al vuelo del vestido y al desproporcionado escote, que de todos modos no servía para nada, porque la chica seguía llevando debajo la camiseta de algodón con la que había ido a la fiesta, en la que se podían ver varios artísticos lamparones de vino. El chico pensó que, efectivamente, con algo de imaginación, la chica parecía una novia, en una boda mediterránea.

—Ponte de pie… ¡ke te pongas de pie! —le gritó ahora al chico.

Este obedeció y se colocó involuntariamente al lado de la chica, cogiéndola de la mano. A continuación, el hombre delgado los contempló a los dos durante unos segundos, orgulloso de su obra. Luego pareció recordar algo y entró él también en la bodega, de la que salió al poco llevando una chaqueta azul marino y un libro pequeño y grueso, de tapas oscuras, con los cantos de las hojas de color dorado. Le tiró la chaqueta al chico, que se la puso sin hacer preguntas, ante la mirada aprobadora del hombre delgado. Este se metió la enorme pistola en su ancho cinturón y abrió el libro que tenía en la otra mano. Pasó unas cuantas páginas nerviosamente, sujetando el libro con la mano izquierda mientras, con la derecha, cambiaba de lugar hábilmente unas cintas de colores que salían del lomo. Cuando pareció haber encontrado el pasaje que buscaba dio un pequeño gritito, miró a sus compañeros y, los tres a la vez, como

si lo hubieran ensayado, se santiguaron a la manera ortodoxa. Luego se quedaron mirando a la pareja:

—Ahora tú, gilipoiass… —le espetó el hombre delgado al chico.

—¿Qué?

—¡Que te hagaszs la señal de la krusz!… ¡y tú, zsorra, tambfién!

El chico y la chica separaron sus manos y se santiguaron por primera vez, desde hacía muchos años. A continuación, el hombre delgado empezó a recitar, de aquel extraño libro, una especie de letanía a la que respondían a intervalos los otros dos hombres. Luego el hombre delgado se detuvo, se quedó pensativo y le dijo algo al hombre gordo. Este se metió de nuevo en la bodega y salió poco después llevando las manos llenas de chapas de cerveza doradas, que emitían alegres destellos a la luz del foco. El gordo le puso las chapas en las dos manos al chico, que se quedó mirando, sin saber qué hacer.

—Dáselas a eia…, ¡ke se las des a eia!

El chico obedeció y le hizo a la chica la ofrenda de su montón de chapas doradas, que esta aceptó mirando al suelo. Luego el hombre delgado siguió con su monótona lectura durante un par de minutos.

El chico, allí de pie, empezó a sentir algo de modorra, mientras intuía en el horizonte los primeros indicios de un amanecer que se anunciaba precioso. Entonces el hombre delgado se detuvo repentinamente, mirándole de nuevo. El hombre delgado cerró el libro de sopetón, lo depositó con cuidado sobre una tumbona y se acercó al chico. Lo sujetó por la garganta y metió su pulgar y su índice en el bolsillo del chico, cogiendo algo que sobresalía. El hombre delgado se dio media vuelta y enseñó a sus compañeros lo que acababa de pescar: una ristra de preservativos. Estos se rieron, pero el hombre delgado no, sino que se dio la vuelta y, acercando mucho su cara a la del chico, le dijo con tono amenazador:

—Eia no stá embarazsada… eia no stá embarazsada… ¡Tú jhodes con condones…! ¡Tu manguera no riega ningún jardín!

A continuación, el hombre delgado volvió a tomar la pistola que tenía en el cinturón, se separó medio metro y le cruzó la cara con el arma al chico, que cayó al suelo de rodillas y empezó a escupir sangre sobre el suelo del barco. Seguidamente, el hombre delgado fue donde la chica, la puso de rodillas otra vez, se colocó a su espalda, volvió a cargar el arma y le apuntó con ella. El chico, envalentonado con el sabor de su propia sangre, se levantó de un salto, pero los dos hombres se echaron sobre él, le dieron un fuerte puñetazo en el estómago y lo sujetaron con los dos brazos a la espalda.

—¡Dime pvor ké no!…, dime pvor ké no la puedo matar…, ¡dime la verdad…! —gritó el hombre delgado.

El chico, pese al creciente dolor que le producían los varios dientes que el hombre delgado le había roto, se dio cuenta de que estaba más sereno de lo que nunca había estado desde que comenzó aquella pesadilla. Cada vez había más luz a su alrededor y la temperatura estaba bajando considerablemente, haciendo que fueran desapareciendo los vapores de tanto alcohol como había consumido.

—Porque la quiero…, no la puedes matar porque la quiero.

El hombre delgado bajó el arma, pero no se movió de donde estaba. Sólo se oía el agua del mar, que golpeaba rítmicamente contra los costados del barco.

—Es mentira… —dijo el hombre delgado con rabia, volviendo a encañonar a la chica—, es una puta mentira…. Tú no la kieres…, tú no la kieres… ¡Tienes miedo de hazserle un ninyo!, ¡a kuántos se habrá follado eia antes ke tú…!, ¡a kuántas te has follado tú antes que a eia!

El chico seguía en pie, agarrado por aquellos dos mastodontes, mirando fijamente a la chica, que sollozaba mirando al suelo, sin seguir el diálogo que estaba teniendo lugar a su costa.

—Sí que la quiero… ¡Sí que la quiero!… —dijo el chico sin que le temblara la voz.

El hombre delgado volvió a meter la pistola entre su camisa y el cinturón y, en dos pasos largos y rápidos, regresó a la bodega, de donde volvió con lo que parecía una simple bolsa de plástico. Se acercó de nuevo a la cara del chico y dijo en voz alta, volviendo de vez en cuando la cabeza, para que la chica también pudiera oírle:

—Muy bien… vfamos a vfer kién kiere más al otro… Me habéis jhodido esta noche… me habéis jhodido mucho, así que a uno de los dos me lo vfoy a kargar, pero vfosotros decidiréis a kién…

Seguidamente, el hombre delgado gritó algo más y los dos hombres pusieron de rodillas al chico. El hombre delgado le puso la bolsa de plástico por la cabeza y se la cerró, agarrándole por el cuello.

El aire de la bolsa se acabó en uno o dos segundos y el plástico se ciñó a la cara del chico. No había tenido tiempo para hinchar sus pulmones y empezó a sentir que estos le ardían. Pataleó cuanto pudo y el hombre delgado le retiró la bolsa de la cabeza.

—Ya veo…, puesss si tú no kieres morir, ahora le toka a eia…, veamos kuánto te kiere…

Los dos hombres corpulentos siguieron agarrando al chico. El hombre delgado fue donde la chica, le ató de nuevo las manos a la espalda con la cinta aislante y le puso la bolsa en la cabeza, cerrándosela por el cuello. La chica dio un gritito mientras el plástico se le pegaba a la cara y esta enrojecía súbitamente. También ella empezó a patalear a los pocos segundos y, entonces, el hombre delgado le arrancó la bolsa súbitamente.

—¿Habéis komprendido ghilipollass?…, vosotros decidís kién vfivfe y kién muere…

El hombre delgado la emprendió de nuevo con el chico que, esta vez, pudo llenar de aire sus pulmones y aguantó bastante más. Sin embargo, cuando tuvo por segunda vez la dolorosa sensación de que todo su tórax estaba en llamas, volvió a patalear pidiendo que aquella tortura se acabara.

El hombre delgado le retiró la bolsa y, con los labios fuertemente apretados y el pelo cubriéndole los ojos casi por completo, caminó

hacia donde yacía la chica, a la que levantó violentamente del suelo. Esta vez la chica resistió medio minuto, pero al cabo de ese tiempo volvió a dar fuertes patadas contra el suelo, suplicando. De nuevo llegó el turno del chico, que trató con desesperación de morder el plástico de la bolsa por dentro, logrando sólo gastar más rápidamente el poco oxígeno de que disponía. Luego se dejó caer y también él hizo señas para que le quitaran la bolsa. Cuando el hombre delgado lo hubo hecho se dirigió por tercera vez donde estaba la chica, pero el chico alcanzó a decirle débilmente:

—No…, no…, a mí, pónmela a mí…

El hombre delgado se detuvo, miró al chico y volvió sobre sus pasos. Le colocó la bolsa cuidadosamente, como quien prepara un experimento delicado y se la cerró por el cuello. Esta vez el chico había tomado mucho más aire y resistió más tiempo, hasta que sintió que el pecho y la cabeza le iban a explotar. Sin embargo, el chico trató de no hacer fuerza con los brazos. Trató de no patalear y de concentrar todos sus sentidos en algún punto luminoso que creía ver a través de sus párpados cerrados…

Cuando el chico despertó, sintió el olor a madera húmeda debajo de su cara y el sabor de la sal marina en los labios. Estaba tumbado sobre la cubierta. Se había desmayado y le habían rociado la cabeza con agua.

—¿Te despiertas ia, kapuyo? —dijo el hombre delgado—, ¿o sigo ahora con la chika?

La chica, al otro extremo de la cubierta, sollozaba espasmódicamente con las manos atadas a la espalda, doblada por la mitad y vestida con aquel vestido blanco que le quedaba tan grande.

El chico cerró los ojos y apretó los dientes. Apoyó la frente sobre los listones de madera para hacer fuerza y se puso poco a poco de rodillas, invitando a que el juego de la bolsa prosiguiera. Así sucedió, pero esta vez el desmayo sobrevino enseguida.

Al volver en sí era casi de día. El sol había subido mucho y no había ni una nube en el cielo. Iba a ser otra calurosa jornada. Al chico le

dolía la cabeza y tenía ganas de seguir allí tumbado, durmiendo. Recordó a los tres hombres y recordó la sensación de que sus pulmones iban a salírsele por la boca. Sin embargo, hizo un esfuerzo y se incorporó. Sentado en un taburete, frente a él, estaba el gigantón musculoso, mirándole cansadamente.

Se estaban acercando a tierra. A no más de cien metros se veía una playa preciosa, bordeada de altas dunas. No se veían ni casas ni chiringuitos a lo largo de la costa. A la chica tampoco se la veía por ningún lado.

El barco se dirigió a algo que se asemejaba a un pequeño embarcadero improvisado con tablas, cerca de un grupo de rocas. Cuando llegaron, el hombre delgado bajó por la escalerilla y le dijo al chico:

—Dame la chaketa.

El chico obedeció y se quitó la chaqueta.

—…No nos dimos kuenta. Debió de saltar al agua kuando tú estabass a punto de desmaiarte otra vez. Tenía las manoszs atadas a la espalda…

El hombre delgado hablaba con tono compungido. Casi se diría que estaba pidiendo disculpas.

El chico no sintió nada, aunque comprendió perfectamente lo que había ocurrido. También él estaba cansado. También él tenía sueño. El hombre delgado, sin mirarle a la cara, dio un profundo suspiro y añadió:

—Esa chika te kería… aunke tú no lo supieras…

El barco atracó con un suave choque contra las maderas colocadas en la orilla. Ya se había hecho completamente de día. El chico tomó la mano que le ofreció el grandullón para ayudarle a pasar por encima de la borda. Trepó torpemente por los tablones, saltó a la arena y se quedó de pie, mirando cómo el barco volvía a dirigirse a mar abierto. Cuando el barco se hubo alejado unos cien metros él se dio la vuelta y comenzó a caminar hacia arriba, en dirección a las

dunas.

LA REINA DE LA FIESTA

—El sospechoso está de pie y camina continuamente de un extremo a otro de la habitación. Aparentemente está desarmado… No veo a la chica, la cortina está medio corrida… No…, un momento, parece que está tumbada sobre la cama, puede que atada al cabezal… Solicito instrucciones.

Era el último año de instituto y, probablemente, Jill y Eddy eran los dos únicos de su clase que permanecían vírgenes. Jill, porque era fea y retraída. Eddy, porque era evangélico. Jill se había acostumbrado a entrar en el aula mirando al suelo, a comer sola en la cantina, a que la dejaran de lado en las salidas al lago los viernes por la noche. Por eso se sorprendió cuando Eddy le pidió ir con él al baile de graduación. Daba por descontado que iría sola o que simplemente no iría, para ahorrarse la humillación. Pero allí estaba Eddy, con su extraña manera de mirar directamente a los ojos, sin pestañear, como si te estuviera viendo por dentro.

A decir verdad, Eddy era alto y guapo, pero parecía hacer todo lo posible por ir hecho una facha. Se peinaba con la raya en medio y llevaba el pelo muy corto, cuando la moda era ir cuidadosamente despeinado o con un flequillo que impidiera ver con normalidad. Además, nunca llevaba camiseta. En vez de eso, se ponía todos los días el mismo tipo de camisa de algodón a cuadros, muy amplia, de manga corta, abrochada hasta el cuello y cerrilmente metida dentro de unos vaqueros inmaculados, sin rotos artificiales ni parches de ningún tipo. Unas zapatillas de deporte blancas, de lona, baratas y cómodas y, alrededor de la cintura, una riñonera con el bolso siempre por delante. En ella llevaba, como todos sabían, una pequeña biblia, con viejas letras doradas en la portada, esquinas dobladas y una mancha oscura en el canto de las hojas, provocada por el continuo roce de sus dedos.

Eddy no parecía necesitar a nadie. Llegaba en autobús de línea.

Almorzaba con los dos o tres evangélicos que había en otros cursos. En clase no destacaba en ninguna asignatura, pero tampoco solía suspender. Respondía cuando le preguntaban, si sabía la respuesta, y no armaba follón. Las chicas se mantenían apartadas de él, por su aspecto y por sus convicciones. Los tíos no le hablaban, pero tampoco le hacían la vida imposible. Era uno de los mejores componentes del equipo de lucha libre y en aquel lugar perdido del Medio Oeste, destacar en deportes era ganarse el respeto de todos.

Jill miró a su alrededor, estaban en medio del pasillo y acababa de sonar la campana que señalaba el fin de las clases. Mucha gente pasaba a su lado, rápido, riéndose, pero nadie se fijaba en aquella extraña pareja. Dijo que sí, que iría con él, y a continuación se sorprendió de haberlo dicho. Eddy le preguntó si sus padres podrían llevarlos al polideportivo, porque él no tenía coche y su abuela alcohólica ya no conducía. Jill balbució que lo preguntaría. En realidad, estaba deseando que aquella conversación terminara, porque se había fijado en varias chicas del grupo de Lara Thompson que los estaban mirando.

Lara Thompson era, sencillamente, la dueña del instituto. Atractiva, más que guapa, lo sabía todo de todos y usaba la información para enfrentar a unos con otros, siendo ella el árbitro que mantenía un precario equilibrio de ambiciones. Elegía a sus consortes como premio a algún servicio prestado o como castigo a alguna de sus vasallas. De todos modos, compartir el novio con Lara era algo a lo que la mayoría estaban resignadas. Conocía perfectamente la inmadura psicología de aquellos palurdos adolescentes, que vivían para imitar lo que veían en televisión. Tenía trazado un completísimo mapa de las diferentes tribus de blancos, negros, chicanos, pijos y frikis que constituían sus súbditos, fueran o no conscientes de ello. Por eso le sorprendió bastante enterarse de que Eddy había estado hablando con Jill en el pasillo, de lo que fue notificada puntualmente apenas cinco minutos después de que la conversación tuviera lugar.

Aún le sorprendió más ver a los dos adefesios que entraron por la puerta de la cancha cubierta de baloncesto, al viernes siguiente, cuando el baile ya había comenzado. Eddy lucía un traje blanco que debía de haber pertenecido a su padre —ambos habían fallecido— y

que le venía un poco grande, aunque era muy de su estilo: ropa amplia, que no impidiera ningún movimiento, aunque él no hacía nada bruscamente. Unas puñetas de fantasía le colgaban de las mangas y prácticamente le tapaban las manos. Una faja igualmente blanca le ceñía la cintura y la fila de botones del pecho estaba cubierta por una especie de volantes, a juego con los puños. Era evidente que los zapatos de rejilla le molestaban, y una pajarita color crema terminaba de dar al conjunto un inconfundible aire disco.

Jill llamaba algo menos la atención, como era habitual en ella. Su madre se había apresurado a comprarle un típico vestido de fiesta, barato y cursi, ligeramente escotado, en un outlet de los grandes almacenes. Sabía que su hija no era muy popular y casi batió palmas cuando Jill le dijo que un chico la había invitado. La ilusión decayó bastante cuando se enteró de que el príncipe azul era uno de esos fanáticos que permanecían noches enteras, con velas encendidas, ante las clínicas de ginecología.

Ninguno de los dos sabía bailar. Cuando el grupo local que el director había contratado tocaba piezas de rock, ellos se limitaban a dar un par de pasos de derecha a izquierda y de izquierda a derecha, con los brazos flexionados ante el pecho. Cuando la megafonía emitía piezas lentas y todas las parejas aprovechaban para estrecharse lo más posible, ellos se tomaban del talle y se limitaban a dar vueltas, lentamente, procurando no chocar con los vecinos.

Eddy no era tímido ni era cobarde. Era solamente silencioso. Tan cerca el uno del otro, Jill mantenía la mirada baja o procuraba desviarla hacia las chicas de alrededor, pero no conseguía fijar sus ojos en los de Eddy que, por el contrario, la miraba fijamente.

—¿Qué tal lo estás pasando? —dijo él, por fin.

—… Bien, muy bien.

—¿Habías bailado alguna vez?

—No, nunca.

—¿Habías salido antes con algún chico?

—… No, nunca.

—Yo tampoco… Quiero decir que tampoco había salido antes con ninguna chica. Pero he ido a muchos campamentos que organiza nuestro pastor, con chicos y chicas… en las montañas.

Entonces Eddy le contó, a bocajarro, cómo se enciende fuego con yesca, pedernal y hojas secas; cómo se asan patatas envueltas en papel de plata, escondiéndolas en las brasas de la hoguera, mientras alguien cuenta una historia de miedo. Le contó que se podían ver ciervos cada mañana, muy cerca de las tiendas y que una vez uno le comió en la mano. Tenía el hocico muy suave. Le contó cómo se trenza una honda usando cuerda de cáñamo y que el mejor momento del día era cuando cantaban salmos a la puesta del sol. Le contó que una vez se perdió con otro chico por el bosque, buscando ranas, y cómo les encontraron de madrugada, abrazados el uno al otro, muertos de frío. Le contó que, si te caes al agua en invierno, lo mejor es quitarte la ropa y caminar en círculos, dando patadas al suelo, para entrar en calor. Le contó que las flores más bonitas están junto a los riachuelos, pero que es mejor no arrancarlas, porque se marchitan enseguida.

Y se lo dijo como lo decía todo: mirando tranquilamente a su interlocutora, sin prisa, sin preguntarse una sola vez si la estaría aburriendo, con la sencillez de un niño que relata lo que ha hecho ese día en la escuela.

Hacia el final de la noche, Lara fue elegida reina de la fiesta. Fue una pura formalidad, porque su corte en pleno había estado conspirando durante el último mes para que dicho resultado estuviese asegurado. Lara no lo consideraba un triunfo en absoluto, pero era necesario reafirmar su dominio de vez en cuando. Desde el improvisado escenario, tocada con la falsa diadema de brillantes y con el cetro de plástico, recibió las felicitaciones de su novio de turno, de pie a su lado, que a su vez había sido elegido rey de la fiesta. Con esfuerzo, logró que un par de lágrimas le asomaran en los ojos. Al limpiárselas, con cuidado de no estropear el rímel, oyó cómo redoblaban los aplausos de su pueblo, allá abajo, orgullosos de ser los borregos de una pastorcita tan encantadora.

No obstante, Lara también advirtió que dos personas no aplaudían. En una esquina, junto a la mesa del ponche, Jill permanecía embobada escuchando a Eddy, que sorbía un vaso de limonada mientras describía con calma pasmosa lo chulo que era bajar el río en piragua durante el mes de agosto.

Las semanas siguientes todos habrían podido ver a Jill y Eddy entrando y saliendo juntos del instituto, sentándose juntos en las clases de las asignaturas que compartían, comiendo juntos a la hora del almuerzo. Todos habrían podido verlo, pero nadie lo hizo, porque Jill y Eddy seguían siendo tan invisibles, tan insignificantes como antes. Lara sí que lo notó. Algo le decía que esa naciente relación podía escapar a su control, y decidió actuar.

Poco después, para sorpresa de su cortejo, Lara se acercó a Jill mientras esta ordenaba su taquilla y le dijo con la más hipócrita de sus sonrisas que le había gustado mucho el vestido que había llevado al baile. Jill no contestó. Musitó un gracias y bajó los ojos, herida por las caras de asco y asombro de las acólitas. Al día siguiente, también a la vista de todos, Lara la invitó a ir de compras con ellas. Jill tampoco dijo nada, pero se sobreentendía que aceptaba la graciosa invitación.

A la salida del instituto, Lara, Jill y otras tres leales montaron en el descapotable de los padres de la primera. Lara conducía, y el sitio de honor, en el asiento del copiloto, lo ocupó Jill. Visitaron las únicas tres o cuatro tiendas que, según ellas, merecían la pena en aquel muermo de pueblo. Lara hizo a Jill probarse un vestido tras otro, un top tras otro, alabando los más sensuales y atrevidos.

Jill llegó a su casa mareada. Se sentó en su cama y sacó de la preciosa bolsa de papel un elegante estuche con el pañuelo que había comprado. Lo desplegó, lo puso sobre su cara y se echó hacia atrás sobre el colchón. La suavidad de aquel tejido, que imitaba a la seda, le hizo recorrer de nuevo aquellos pasillos llenos de espejos, de maniquíes delgadísimos, de bolsos de imitación de piel, de cinturones de colores, de zapatos con afiladísimos tacones con los que ella no habría podido caminar ni medio metro.

Y Lara había estado a su lado todo el rato, ¡la mismísima Lara!, susurrándole el nombre de diseñadores, modelos y festivales de

moda. ¿Podía ser verdad que Lara quisiera ser su amiga? Jill prefirió quitarse enseguida esa pregunta de la cabeza. Lara la había invitado a una fiesta en la casona de sus padres, justo al día siguiente, y había insistido en que llevara también a Eddy. Eso era lo único que importaba.

Eddy no dijo que no, pero le sorprendió la insistencia de Jill. Fueron andando, sin apenas cruzar palabra, y llegaron demasiado pronto: la poca costumbre les había traicionado, pues todo el mundo sabía que no se debía acudir a un guateque a la hora señalada. Les abrió la propia Lara, que tenía detrás otro mastodonte distinto al del baile. Lara se rio por dentro de la torpeza de Jill y Eddy, pero no hay mal que por bien no venga, pensó. Ordenó al mastodonte que se quedara con Eddy en el sofá de la sala de estar y subió con Jill a su propio cuarto. Allí la sentó en su tocador, ante una batería de cremas, pintalabios y pincelitos. Le puso las manos sobre los hombros y, acercando mucho su cara a la suya, le dijo que ese día moría Jill y nacía una estrella.

En el piso de abajo el mastodonte pensaba que Eddy le estaba vacilando. Sentado sobre el mullido sofá, con la espalda recta y el trasero encajado en ángulo recto, Eddy no profería palabra. Se limitó a mirar, primero al guardaespaldas y luego al resto de la pretenciosa habitación. Miró con evidente desprecio la enorme pantalla plana que presidía aquel santuario del mal gusto; miró los cuatro amplificadores que colgaban del techo y miró las horteras figuras de cristal que parecían brotar encima de cada mueble.

Empezaron a llegar los invitados. Se puso música y se sirvió alcohol, mucho alcohol. Al lado de Eddy se sentó una chica que había sido enviada expresamente por Lara para que se lo camelara, como segunda parte del plan. Eddy sintió náuseas de la mezcla de perfume y potingues que aquella chica llevaba encima. Ella lo invitó a bailar. Él pronunció un “no” que sonó a amenaza de muerte y a la chica se le borró de los labios su cautivadora sonrisa.

La chica se fue y Eddy siguió sentado, sin haberse movido un ápice desde su llegada. La música había subido de volumen y las voces también. Las botellas vacías se empezaban a amontonar sobre las mesas y varias parejas subieron dando carcajadas a las habitaciones del segundo piso. En esos momentos hicieron su aparición Jill y la

anfitriona, por la que la gente llevaba una hora preguntando. Jill era otra persona. Llevaba ropa de Lara, ceñida y abierta y, hasta donde el maquillaje puede mentir, parecía guapa.

Nada más verla Eddy se levantó y se marchó, sin mediar palabra. Nadie notó su ausencia pues se había comportado como si fuera un cojín más. Tampoco lo advirtió Jill, que respiraba profundamente, obnubilada después de verse ante el espejo, transformada por obra de su nueva amiga. Lara no la dejó sola ni un instante. Fue presentándola a todos los invitados, muchos de los cuales eran compañeros de clase que nunca le habían dirigido la palabra, pero que ahora parecían viejos conocidos. Fue una noche inolvidable en la que, realmente, nació una nueva Jill.

A partir de aquel día Jill se convirtió en otra de las mascotas de Lara, siguiéndola dócilmente a todas partes. Gastó sus ahorros en ropa de marca y aprendió a maquillarse sola. Eddy, a duras penas, conseguía robársela unos minutos, aquí y allá. Jill se estaba hartando de él por momentos porque ahora ella jugaba en otra liga, o eso pensaba. Sin embargo, Jill no sabía aún cómo romper con un novio, porque sólo había tenido uno, y esperaba secretamente que Eddy la dejara en paz por voluntad propia.

Un día Eddy medio obligó a Jill a almorzar en el comedor del instituto. Se sentaron uno frente al otro con las tristes bandejas de aluminio. Eddy se había terminado lo suyo en un santiamén, como era su costumbre, y miraba a Jill mientras acariciaba su biblia, que había dejado encima de la mesa. Jill, con la cabeza gacha, hurgaba con el tenedor en su plato de ensalada, único alimento que su nueva condición le permitía. Tenía la mano izquierda sobre las rodillas y con ella sostenía una pobre rosa roja que Eddy acababa de darle, concentrando en ese acto casi toda la emotividad de que era capaz. En ese momento Lara se acercó a su mesa, con otras dos íntimas.

—Hola Jill, tengo un plan que seguro que te gusta. Hemos conocido a unos chicos de segundo año en la universidad estatal y pensamos ir a la cabaña que tiene uno de ellos, cerca del lago, este fin de semana. ¿Te apuntas? ¡Lo pasaremos bomba!… Eddy también puede venir, por supuesto.

Jill se disponía a agradecer servilmente la invitación, cuando Eddy

terció bruscamente:

—Nosotros no vamos.

—… Bueno, si a ti no te apetece puede venir Jill sola.

—Ella tampoco va.

No había asomo de enfado en su voz. Eddy estaba simplemente constatando un hecho y miraba a Lara sin desafiarla.

—Bueno, yo os dejo para que lo resolváis entre vosotros… Ciao, Jill, ya me dirás.

Lara se fue, acompañada de un coro de risitas. Jill se sentía humillada, muy humillada. Unas semanas antes se habría resignado, pero ahora se creía bella, popular, fuerte.

—Pero ¿quién te crees que eres? ¡Tú no me mandas…!

—Lara no es buena —dijo Eddy, pareciéndole suficiente esa explicación.

—Vete al cuerno, ¿me oyes? No quiero saber nada más de ti.

Cogió su bandeja y se levantó, dejando caer al suelo la rosa y algunas hojas de lechuga. Eddy no hizo ademán de seguirla, ni de continuar la discusión. Se limitó a recoger la rosa, mirarla durante unos instantes y guardársela en la riñonera.

Quedaron a la salida del pueblo, donde una furgoneta iba a recogerles. Las cuatro estaban emocionadísimas. Un fin de semana a solas con unos chicos de la universidad… todas sabían lo que eso significaba y Jill mejor que nadie, aunque se lo negara a sí misma una y otra vez.

La furgoneta llegó y bajaron de ella cuatro mozos musculosos y bronceados, varios de ellos con latas de cerveza en la mano. Hubo un intercambio de besos y empezaron a cargar las bolsas en la parte de atrás. Entonces Lara vio que alguien se aproximaba. Iba vestido con un holgado chándal de cantante de rap, las manos en los

bolsillos delanteros, en la cabeza una gorra de béisbol. Caminaba con pausa, pero decididamente, mirando al suelo, por lo que no era posible verle la cara. Cuando llegó a la furgoneta, Eddy dijo:

—Jill no va.

La verdad es que se quedaron de piedra. Lara y las otras miraron a Jill, pues le correspondía a ella hacer algo.

—…Tú no eres quién para decirme lo que tengo que hacer… —Jill estaba desconocida—, así que ya te puedes volver por donde has venido.

Como única respuesta, Eddy se dirigió al maletero, lo abrió y sacó la bolsa de Jill, volviendo a cerrar la puerta con fuerza. Esto molestó a los chicarrones.

—Oye, pringado, me parece que te estás pasando.

Aquel imbécil con barniz de Platón había puesto su dedo justo debajo de la nariz de Eddy. Este lo abrazó por la cintura sin inmutarse, se giró sobre sus riñones y lo arrojó dos metros más allá. Los otros tres imbéciles dieron un paso adelante, dispuestos a reducir a aquel niñato, pero Eddy se echó la mano bajo el chándal y sacó una pistola automática con la que apuntó a sus cabezas. Todos retrocedieron, asustados.

—Marchaos ya, ahora mismo —dijo Eddy, sin alterar ni un ápice el tono de voz.

Jill se echó a llorar, cubriéndose la cara con las manos. Lara se acercó a ella de un salto, la abrazó y le dijo al oído:

—Coge el autobús que lleva a la capital. Bájate tras cuatro paradas. Estaremos allí y te recogeremos.

La furgoneta partió. Jill seguía llorando. Eddy había guardado la pistola y se había quitado la gorra. Se aproximó a Jill y trató de ponerle la mano sobre el hombro.

—¡Déjame en paz! —gritó, apartándole de un manotazo—. ¡Vete a rezar con tus amigos! —recogió su bolsa del suelo y se marchó,

dando grandes zancadas enfadadas. Eddy se quedó clavado donde estaba, mirándola con la misma expresión serena.

La cola era larga y el autobús salía en cinco minutos. Tenía el dinero justo y la bolsa de la ropa le molestaba. Por fin le tocó el turno. Dijo su destino al de la ventanilla y contó atropelladamente los billetes y las monedas. En ese momento alguien la agarró del brazo.

—Tú no vas.

Era una orden.

Jill se dio la vuelta, tratando de liberarse, pero Eddy la tenía bien sujeta.

—¡Déjame…! ¡Estás loco!

Eddy no la soltaba, ni endurecía tampoco la expresión tranquila de su rostro.

—¡Socorro!

Casi todo el mundo permanecía indiferente, sin mirar a la extraña pareja por miedo a meterse en camisa de once varas. No obstante, un gigantón barbudo y barrigón se acercó, con el aplomo de sus ciento veinte kilos.

—Oye, chaval, ¿no la estás oyendo? Déjala, y tengamos la fiesta en paz.

El gigantón se había acercado demasiado. Eddy volvió a sacar la pistola. El gordo retrocedió, pero cuando parecía que Eddy miraba hacia otro lado, le cogió de la mano, tratando de dirigir el cañón hacia el suelo. Eddy soltó a Jill y forcejeó un poco. Se oyó un tiro y aquel troll cayó hacia atrás como un saco de patatas, gimiendo y agarrándose el pie. La gente se arrojó al suelo y Eddy se quedó paralizado, mirando al grandullón. Luego volvió a tomar a Jill del brazo y se dirigió a la salida sin que ella opusiera resistencia. Estaba demasiado asustada.

Le dijo que se metiera en un amplio Ford allí aparcado. Ella

obedeció. También le dijo que se pusiera el cinturón. Jill no preguntó de dónde había sacado él el coche. Eddy condujo al azar por las calles de la pequeña ciudad, sin saber qué hacer. Al cabo de unos minutos tomó una salida y entró en una carretera comarcal. A las tres horas ya había oscurecido y habían salido del estado. Se detuvieron en un motel de pequeños apartamentos adosados, con un porche corrido. Eddy dejó a Jill en el coche, que cerró con llave, y pidió una habitación en la recepción. Cuando le dieron las llaves volvió al coche y fue con Jill de la mano hasta la puerta indicada, sin encontrar resistencia. Habían sido demasiadas emociones: la primera vez que le gritaba a alguien, la primera vez que la forzaban físicamente a hacer algo, la primera vez que iba a salir con amigas a una aventura con chicos.

Eddy cerró la puerta por dentro y echó un vistazo a la habitación. Había una cama, una mesa con su silla, un armario, un sillón y una cómoda sobre la que descansaba un televisor. Se sentó en el sillón y hundió la cabeza entre las manos. Jill seguía de pie, en medio de aquel pequeño cubículo. De repente, Eddy se puso de pie, salió al porche y volvió a cerrar. A los dos minutos regresó, cerró con llave, sacó la pistola y la metió en un cajón mientras miraba a Jill. Ella se había sentado en el borde de la cama, con la espalda encorvada, las rodillas tocándose entre sí y las manos bajo los muslos. Eddy volvió a hundirse en el sillón. Era viernes por la noche. Necesitaba aguantar hasta el lunes por la mañana. Después ya todo daba igual.

Jill durmió en la cama, vestida, tapada únicamente con una fina colcha deslucida. Eddy, sobre la moqueta, a los pies del sillón, envuelto en un edredón que había sacado del armario. Jill se despertó primero y vio a Eddy allí tumbado, acurrucado de la misma forma en que debió haberlo hecho cuando se perdió en el bosque. Pensó en la pistola, pero no se decidió a cogerla. ¿Qué iba a hacer? ¿Dispararle si le impedía salir?

Cuando Eddy amaneció, su primera reacción fue de susto, al verse en la misma estancia con una chica. Luego recordó por qué estaba allí. Se desperezó y se lavó la cara. Salió y cerró con llave. Jill oyó cómo se encendía el motor del coche y cómo se alejaba. A la media hora Eddy regresó. Traía varias bolsas de papel llenas de comida, sobre todo pastelitos y golosinas. Ella había pasado casi todo el

tiempo tumbada, viendo la televisión. No había gritado, ni había aporreado las puertas o las paredes.

Comieron en silencio, escuchando los crujidos que hacían las cajas de donuts al abrirlas con las manos. La televisión seguía encendida. Había dibujos animados. Cuando acabó de comer, Jill preguntó si podía ir al cuarto de baño. Eddy respondió encogiéndose de hombros. De regreso, Jill volvió a tumbarse en la cama.

Eddy se acercó a la cómoda y abrió varios cajones, hasta que encontró una biblia de los Gedeones. Se puso a leerla en su sillón, buscando los pasajes que más le gustaban: batallas en las que unos pocos y débiles vencían a muchos y fuertes. De vez en cuando miraba a Jill y esta, de vez en cuando, lo miraba a él.

Comieron de nuevo cuando les entró hambre y, en la sobremesa, Eddy acercó el sillón a la cama para ver él también la televisión. Así transcurrió la tarde y parte de la noche. Volvieron a dormirse, ella en la cama y él sobre el suelo. Al despertar tomaron más bollitos de crema y de chocolate. Esta vez Eddy acompañó a Jill a ver los dibujos animados, e incluso se rio en alguna que otra escena divertida. Luego se acordó de que era domingo y retomó la lectura de la Biblia.

Prácticamente no quedaba nada para cenar y menos para el desayuno del día siguiente.

El lunes amaneció muy soleado. Eddy llevaba varias horas despierto cuando Jill abrió los ojos, aunque no se levantó, sino que permaneció tumbada boca arriba. Eddy estaba recorriendo la habitación a grandes pasos, sosteniendo la biblia con las manos, murmurando en voz baja.

Entonces estalló una voz metálica que venía desde más allá del porche:

—¡Eddy, sal con las manos sobre la nuca y arrodíllate frente a la puerta!

Eddy se sobresaltó, pero sólo un poco. Quizá lo estaba esperando. Dejó la biblia sobre la cómoda y se acercó a la ventana. Descorrió

levemente la cortina y vio no menos de cinco coches de policía, más una furgoneta de SWAT. Las puertas de los coches estaban abiertas y detrás se parapetaban hombres con sombrero vaquero, gafas de sol y pistola o rifle. Eddy volvió a la cómoda y sacó la pistola del cajón. Se dirigió a la puerta y la abrió. Antes, se volvió hacia Jill y le dijo:

—Lara no es buena.

Cuando salió, levantó los brazos. En una de las manos llevaba la pistola, cogida por el cañón. La voz metálica sonó de nuevo:

—¡Eddy, suelta la pistola y ponte de rodillas!

Eddy soltó la pistola. Cuando esta cayó al suelo se oyó un disparo y la ventana frontal de uno de los coches saltó en pedazos. Entonces se oyó otro disparo y Eddy cayó de rodillas, agarrándose el estómago.

—¡No disparéis, maldita sea! —gritó el sheriff, desgañitándose.

Cinco o seis personas uniformadas salieron de detrás de los coches, corriendo, con las armas apuntando hacia delante. Dos de ellos empujaron a Eddy, que cayó de bruces, y le pusieron las esposas.

—¡Una ambulancia! ¡Llamad a una ambulancia!

Otros dos ayudantes del sheriff entraron en la habitación. Al oír los disparos, Jill se había metido bajo la cama y se había hecho un ovillo.

—¡No está en el baño!

Un hombre joven, con abundante bigote, se quitó las gafas de sol y se arrodilló.

—Puedes salir, ya ha pasado todo.

Jill salió de la habitación, envuelta en una manta. Eddy seguía sentado en el suelo, cubierto de polvo, con las manos esposadas a la espalda y la parte delantera del chándal ensangrentada. Respiraba con fuerza y su cara denotaba un intenso dolor, pero aún tuvo

fuerzas para cruzar con ella su mirada por última vez.

Al día siguiente, martes, todos los periódicos de la pequeña ciudad informaban de la tragedia en grandes titulares. Los cuatro veinteañeros habían regresado el lunes por la mañana y en un puesto de socorro habían contado que las tres chicas que los acompañaban se habían ahogado en el lago la noche anterior. Habían pasado la noche buscándolas, pero sin resultado. La policía los detuvo de inmediato y el interrogatorio se prolongó varias horas. Finalmente, entre lágrimas, uno confesó que el asunto se les había ido de las manos y que habían abandonado a las chicas en el bosque. ¿Vivas? No lo sabía.

El delator aceptó guiarles hasta el lugar. Las encontraron al borde del lago, en una especie de marisma, metidas en grandes bolsas de basura. Dos estaban ya muertas. Sin necesidad de autopsia, constataron que presentaban señales evidentes de coma etílico, y numerosas contusiones por todo el cuerpo. Lara seguía viva y fue internada inmediatamente. Días más tarde, un médico del hospital declaró que se recuperaría, pero que ya no podría tener hijos.

Los padres de Jill no entendieron a su hija cuando decidió visitar a Eddy en el hospital. Ya no vestía con la indumentaria de los últimos días. Al entrar en la habitación del St Mary's, las dos personas allí sentadas levantaron la cabeza. Eran un chico y una chica desconocidos, de su misma edad. Él vestía como Eddy, con camisa de manga corta abrochada hasta el cuello. Ella, con blusa lisa y falda hasta los tobillos. Eddy estaba en la cama. Un tubo le salía de la boca y varios más de los brazos, conectados a bolsitas que colgaban de un perchero de aluminio. La ambulancia había tardado demasiado y había perdido mucha sangre, por lo que sufrió un infarto el mismo día de su detención. Había entrado en coma poco antes de llegar al hospital.

La pareja se presentó: eran de la misma congregación que Eddy. Luego la dejaron sola. Jill se limitó a quedarse de pie, junto a la cama, no supo cuánto rato. Luego salió, dio las gracias a los dos acompañantes y se fue.

Cuando llegó a su casa encontró un paquete dirigido a ella, sin

remitente, sobre la mesa de la cocina. Rasgó el papel. Se trataba de la pequeña biblia de Eddy y, dentro, un sobre. Lo abrió y comprobó que contenía muchos pétalos de rosa, ya secos, pero bien conservados. El sobre hacía de marcador de una página, en la que alguien había subrayado unas líneas con rotulador fosforescente:

Me robaste el corazón,

hermana mía, esposa,

me robaste el corazón,

con uno sólo de tus ojos,

con una sola sarta de tus collares.

¡Qué hermosos son tus amores,

hermana mía, esposa!

¡Cuánto más deliciosos que

el vino, tus amores!

¡Cuánto más la fragancia

de tus ungüentos

que todos los aromas!

Panal que destila son tus

labios, esposa,

miel y leche hay en tu lengua;

la fragancia de tus vestidos

es como el aroma del Líbano.